Un héroe en Nueva York
Nora Roberts



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1

Zark inhaló trabajosamente una bocanada de aire, sabiendo que tal vez fuera la última. Casi no quedaba oxígeno en el barco, y el tiempo se le agotaba. En cuestión de segundos, una vida entera podía pasar ante los ojos. Se alegraba de estar solo para que nadie fuera testigo de su alegría y de sus miserias.

Leilah, siempre Leilah. Con cada áspera vaharada la veía: los ojos azul claro, el pelo rubio de su único amor. Mientras la sirena de alarma aullaba en el interior de la cabina, Zark oía la risa de Leilah. Tierna, dulce. Y, al fin, burlona.

-Bajo el sol rojo, qué felices éramos... -musitó en medio de jadeos entrecortados mientras se arrastraba hacia la consola de mandos-. Socios, amigos y amantes...

Le dolían cada vez más los pulmones. El dolor lo atravesaba como mil dardos envenenados de los pantanos de Argenham. No podía malgastar aire en palabras inútiles. Pero podía malgastar pensamientos. Y sus pensamientos seguían fijos en Leilah.

¡Y pensar que ella, la única mujer a la que había amado, tuviera que ser la causa de su muerte! De su muerte, y de la del mundo según lo conocían. ¿Qué funesto giro del destino había causado el accidente que la había transformado de devota científica en una fuerza del odio y la maldad?

Se había convertido en su enemiga. La mujer que en otro tiempo fuera su esposa. Que seguía siéndolo, se dijo mientras se levantaba con gran esfuerzo hacia la consola. Si vivía y conseguía desbaratar su último plan para asolar la civilización en Perth, tendría que ir tras ella. Tendría que destruida. Si es que tenía fuerzas.

El Comandante Zark, Defensor del Universo, Líder de Perth, marido y héroe, apretó el botón con dedo tembloroso...

¡CONTINUARÁ EN EL SIGUIENTE NÚMERO!

-Maldita sea -masculló Radley Wallace, y se apresuró a mirar a su alrededor para cerciorarse de que su madre no lo había oído. Llevaba unos seis meses mascullando juramentos, casi siempre en susurros, y no quería que ella se enterara. Se le pondría esa expresión en la cara.

Pero su madre estaba ocupada revisando las primeras cajas que habían llevado los hombres de la mudanza. Él tenía que estar sacando sus libros, pero había decidido darse un descanso. Y cuando más le gustaba descansar era en los descansos que incluían a los cómics de la Universal y al Comandante Zark. Su madre quería que leyera libros de verdad, pero casi no tenían dibujos. En su opinión, el Comandante Zark estaba muy por encima de John Silver el Largo y de Huck Finn.

Tumbado de espaldas, Radley observó el techo recién pintado de su nuevo cuarto. El apartamento estaba bien. Sobre todo, le gustaba la vista sobre el parque, y tener ascensor también molaba. Lo que no le apetecía nada era empezar en un cole nuevo el lunes.

Su madre le decía que no se preocupara, que haría amigos nuevos y podría ir a ver a los de antes. Eso se le daba muy bien a su madre: le acariciaba el pelo y le sonreía de ese modo que le hacía sentir que todo iba a la perfección. Pero su madre no estaría allí cuando todos los niños de su clase lo miraran como al nuevo. Él no pensaba ponerse ese

jersey nuevo, ni aunque mamá dijera que el color le iba con los ojos. Quería ponerse una de sus sudaderas viejas para que así, por lo menos, algo le resultara familiar. Imaginaba que ella lo entendería, porque su madre siempre lo entendía todo.

Sin embargo, todavía parecía triste a veces. Radley se apoyó en la almohada, con el cómic en la mano. Deseaba que su madre no se sintiera tan mal porque su padre se hubiera marchado. Ya hacía mucho tiempo, y él tenía que concentrarse mucho para recordar una imagen de su padre. Nunca los visitaba, y solo telefoneaba un par de veces al año. Pero daba igual. Radley deseaba poder decide a su madre que no importaba, pero temía que se disgustara y empezara a llorar.

El no necesitaba un padre, teniéndola a ella. Se lo había dicho una vez, y ella lo abrazó tan fuerte que se le cortó la respiración. Luego, esa noche, la oyó llorar en su habitación. Así que no había vuelto a decírselo.

Los mayores eran muy raros, pensó Radley con la sensatez de sus casi diez años. Pero su madre era la mejor. Casi nunca le gritaba y, cuando lo hacía, siempre se arrepentía. Y, además, era guapísima. Radley sonrió mientras empezaba a quedarse dormido. Seguro que su madre era tan guapa como la Princesa Leilah. Aunque su pelo era castaño, en vez de rubio, y sus ojos grises, en vez de azul cobalto.

Le había prometido que cenarían pizza para celebrar el traslado al apartamento nuevo. A él lo que más le gustaba, aparte del Comandante Zark, era la pizza.

Se sumió en el sueño de tal modo que él, con la ayuda de Zark, salvaría el universo...

Poco después, cuando Hester se asomó, vio que su hijo, su universo, se había quedado dormido con un cómic de la Universal en la mano. La mayoría de sus libros, algunos de los cuales hojeaba de tarde en tarde, seguían embalados en las cajas. En otras circunstancias, le habría echado al despertar un pequeño sermón acerca de la responsabilidad, pero ese día no tuvo valor. Radley se estaba tomando tan bien la mudanza, aquel nuevo cataclismo en su vida...

-Este será bueno para ti, cariño -olvidándose de la montaña de cajas que le quedaban por desembalar, se sentó al borde de la cama para mirarlo.

Se parecía tanto a su padre... el cabello castaño claro, los ojos negros, la testaruda barbilla... Ella rara vez pensaba en el hombre que había sido su marido al mirar a su hijo. Pero ese día era distinto. Ese día significaba un nuevo comienzo para ellos, y los comienzos le hacían pensar en los finales.

Iba a hacer seis años, pensó, un tanto asombrada por cómo pasaba el tiempo. Radley era muy pequeño cuando Allan los abandonó, cansado de las deudas, de la familia y, sobre todo, cansado de ella. El dolor se había disipado, aunque el proceso había sido largo y lento. Pero nunca perdonaría a Allan por haber abandonado a su hijo sin miramientos.

A veces le preocupaba que a Radley pareciera importarle tan poco. Egoístamente, la alegraba que no hubiera formado un vínculo estrecho y duradero con el hombre que los había abandonado, pero a menudo, de noche, cuando todo estaba en silencio, se preguntaba si su hijito no guardaba algo dentro de sí.

Pero, en ese momento, al mirarlo, no le pareció posible.

Hester le acarició el pelo y se volvió para contemplar la vista de Central Park. Radley era extravertido, alegre y generoso. Ella se había esforzado mucho porque lo fuera. Nunca le hablaba mal de su padre, a pesar de que a veces, sobre todo los primeros años, tenía la amargura y el rencor a flor de piel. Había procurado ser un padre y una madre para él, y creía haberlo conseguido casi sIempre.

Había leído libros sobre béisbol para ayudar a Radley a entrenarse. Había corrido tras él, pegada al asiento de su primera bici. Y, al llegar el momento de soltarlo, había

contenido el deseo de seguir agarrándolo y se había regocijado al vedo bajar haciendo eses por el carril bici.

Hasta conocía al Comandante Zark. Sonriendo, le quitó el cómic arrugado de la mano. El pobre y heroico Zark y su descarriada esposa Leilah. Sí, Hester conocía al dedillo las tribulaciones y azares políticos del planeta Perth. No era fácil desenganchar a Radley de Zark y aficionarlo a Dickens o a Twain, pero tampoco lo era criar a un hijo sola.

-Ya habrá tiempo -murmuró tendiéndose junto a su hijo. Tiempo de sobra para los libros y la vida de verdad-. Ay, Rad, espero no haberme equivocado -cerró los ojos, deseando tener alguien con quien hablar, alguien que pudiera aconsejarla o tomar decisiones, certeras o equivocadas, a pesar de que con el tiempo había aprendido a evitar aquel deseo.

Después, con el brazo sobre la cintura de su hijo, ella también se quedó dormida.

La habitación estaba en penumbra cuando se despertó, aturdida y desorientada. Enseguida se dio cuenta de que Radley no estaba a su lado. Una punzada de pánico disipó su aturdimiento, pese a que sabía que era absurdo tener miedo. Radley no saldría del apartamento solo. No la obedecía a ciegas, pero al menos respetaba sus diez reglas básicas.

-Hola, mamá -estaba en la cocina, adonde su instinto doméstico la llevó primero. Tenía entre las manos un sándwich pringoso de mantequilla y mermelada.

-Creía que querías pizza -dijo, viendo en la encimera el gran frasco de mermelada y el paquete de pan aún por cerrar.

-Y sigo queriendo -le dio un buen mordisco al sándwich y sonrió-. Pero me apetecía comer algo ahora.

-No hables con la boca llena, Rad -dijo ella automáticamente mientras se inclinaba para besarlo-. Podías haberme despertado, si tenías hambre.

-Da igual. Pero no he encontrado los vasos.

Hester miró a su alrededor y notó que, en su búsqueda, había vaciado dos cajas. Se dijo que debería haber organizado la cocina antes que nada.

-Bueno, enseguida nos ocuparemos de eso.

-Estaba nevando cuando me desperté.

-¿De veras? -Hester se apartó el pelo de los ojos y se irguió para mirar por la ventana-. Ah, sí, todavía está nevando.

-A lo mejor el lunes hay dos metros de nieve y no puedo ir al cole -Radley se subió a un taburete junto a la encimera.

Ni ella al trabajo nuevo, pensó Hester, permitiéndose soñar un poco despierta. Nada de presiones, ni de responsabilidades nuevas.

-Me parece improbable -mientras lavaba los vasos, miró hacia atrás-. ¿De verdad te preocupa, Rad?

-Más o menos -se encogió de hombros. Aún quedaba un día para el lunes. Podía pasar cualquier cosa. Terremotos, ventiscas, un ataque del espacio exterior...

Pensó en esto último. Él, el Capitán Radley Wallace de las Fuerzas Especiales de la Tierra, lucharía sin descanso, hasta la muerte, para proteger y salvar a...

-Puedo ir contigo, si quieres.

-Pero, mamá, los chicos se reirían de mí -le dio otro mordisco al sándwich. La mermelada de uva chorreó por los lados-. No será para tanto. Por lo menos en ese colegio no estará la tonta de Angela Wiseberry.

Hester no se atrevió a decirle que en todo colegio había una Angela Wiseberry.

-¿Sabes qué? El lunes iremos los dos a nuestra nueva misión y nos encontraremos aquí a las cuatro cero cero para informar.

La cara de Radley se iluminó al instante. No había nada que le gustara más que una operación militar.

-Señor, sí, señor.

-Bien. Ahora voy a pedir una pizza y, mientras llega, iremos sacando los platos.

-Que lo hagan los prisioneros.

-Se han escapado. Todos.

-Rodarán cabezas por esto -masculló Radley, metiéndose el último pedazo de sándwich en la boca.

Mitchell Dempsey II permanecía sentado ante su mesa de dibujo, sin una sola idea en la cabeza. Bebía café frío, confiando en que estimulara su imaginación, pero su mente seguía tan en blanco como el papel que tenía delante. Sabía que los bloqueos existían, pero él rara vez los sufría. Sobre todo, teniendo el plazo de entrega encima. Y, naturalmente, iba muy retrasado.

Mitch peló otro cacahuete y arrojó la cáscara hacia el cuenco. Golpeó en un lado y cayó al suelo, donde ya había unas cuantas. Por lo general, primero se le ocurría el guión y, más tarde, las ilustraciones. Pero como no había tenido suerte de ese modo, había cambiado de chip, con la esperanza de que, con el cambio de rutina, se le ocurriera alguna idea.

Pero aquel método tampoco estaba funcionando, lo mismo que él.

Cerró los ojos y procuró concentrarse para tener una experiencia extracorpórea. De la radio llegaba una vieja canción de Slim Whitman, pero él no la oía. Estaba viajando a años luz de distancia. Había pasado un siglo. El segundo milenio, pensó con una sonrisa. Había nacido demasiado pronto. Aunque no creía que pudiera culpar a sus padres por haberlo tenido con un siglo de antelación.

Nada. Ni soluciones, ni inspiración. Abrió los ojos de nuevo y miró la página en blanco. Con un editor como Rick Skinner, no podía permitirse ínfulas artísticas. El hambre y la miseria estaban siempre a un paso. Molesto, Mitch tomó otro cacahuete.

Lo que necesitaba era un cambio de escenario, una distracción. Su vida se estaba volviendo demasiado monótona, demasiado vulgar y, a pesar de su bloqueo temporal, demasiado fácil. Necesitaba algún desafío. Tirando las cáscaras, se levantó y empezó a pasearse por la habitación.

Era alto, fibroso y fuerte, gracias a las horas que dedicaba cada semana a levantar pesas. De niño había sido disparatadamente flaco, a pesar de que siempre había comido como un caballo. Las burlas no le importaron mucho hasta que descubrió a las chicas. Entonces, con la silenciosa determinación que lo caracterizaba, había cambiado cuanto podía cambiar. Le había costado un par de años y mucho sudor desarrollar el cuerpo, pero lo había conseguido. Aún no daba por sentado su físico, y procuraba ejercitar el cuerpo tanto como ejercitaba la mente.

Su despacho estaba lleno de libros, todos ellos leídos y releídos. Le dieron ganas de sacar uno al azar y zambullirse en él. Pero tenía un plazo de entrega. El gran perro marrón tumbado en el suelo se giró sobre la panza y lo miró.

Mitch le había puesto de nombre Tas, por el Diablo de Tasmania de los dibujos de la Warner, pero Tas no era precisamente un torbellino de energía.

El perro bostezó y se restregó lánguidamente el lomo contra la alfombra. Mitch le gustaba. Mitch nunca le pedía que hiciera tonterías, y casi nunca se quejaba si había pelo en los muebles o si hacía de vez en cuando una incursión en el cubo de la basura.

Además, Mitch tenía una voz agradable, baja y paciente. Lo que más le gustaba a Tas era que Mitch se sentara en el sueño con él y le acariciara el denso pelaje marrón mientras le contaba sus ideas. Tas miraba su cara fina y angulosa como si comprendiera cada palabra.

A Tas también le gustaba la cara de Mitch. Era amable y fuerte, y la boca casi nunca se curvaba con reproche. Sus ojos eran claros y soñadores. Sus manos anchas y recias conocían los mejores sitios para rascar. Tas era un perro muy feliz. Bostezó y volvió a dormirse.

Cuando sonó el timbre,e1 perro se movió lo justo para tensar la cola y gruñir un poco.

-No, no estoy esperando a nadie. ¿Y tú? -respondió Micth-. Iré a ver -pisó las cáscaras de los cacahuetes con los pies descalzos, y lanzó una maldición, pero no se molestó en agacharse a recogerlas. Esquivó un montón de periódicos y una bolsa de ropa sucia que tenía que llevar a la lavandería. Tas se había dejado un hueso en la alfombra Aubusson. Mitch lo mandó a un rincón de una patada y abrió la puerta.

-Su pizza.

Un chico huesudo de unos dieciocho años sostenía una caja que olía a gloria. Mitch respiró hondo, disfrutando su aroma codiciosamente.

-Yo no la he pedido.

-¿Este es el 406?

-Sí, pero yo no he pedido pizza -husmeó otra vez-. Ojalá la hubiera pedido.

-¿No es usted Wallace?

-No, soy Dempsey.

-Demonios.

Wallace, pensó Mitch mientras el chico cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro. Wallace acababa de mudarse al 604, el apartamento de Henley. Se rascó la barbilla, pensativo. Si Wallace era la morena de largas piernas a la que había visto subiendo cajas esa mañana, merecía la pena investigar.

-Conozco a los Wallace -dijo, y sacó unos billetes arrugados del bolsillo-. Yo se la subiré.

-No sé, no debería...

-Bah, no te preocupes por nada -dijo Mitch, y añadió otro billete. La pizza y la vecina nueva tal vez fueran la distracción que necesitaba.

El chico consideró la propina.

-Está bien, gracias -a lo peor, los Wallace no eran ni la mitad de generosos.

Con la caja en equilibro sobre la mano, Mitch se dispuso a salir. Entonces se acordó de las llaves. Se paró un momento a rebuscar en los bolsillos de sus vaqueros descoloridos y entonces recordó que las había dejado en la mesilla de la entrada al llegar la noche anterior. Las encontró debajo de la mesa, se las guardó en un bolsillo, notó que tenía un agujero y se las metió en el otro. Esperaba que la pizza llevara pepperoni.

-Será la pizza -dijo Hester, pero agarró a Radley antes de que el chico saliera corriendo hacia la puerta-. Deja que abra yo. ¿Recuerdas las normas?

-No abras la puerta a no ser que sepas quién es -recitó Radley, haciendo girar los ojos a espaldas de su madre.

Hester puso la mano sobre el picaporte, pero miró por la mirilla antes de abrir. Frunció un poco el ceño al ver aquella cara. Habría jurado que aquel hombre la miraba fijamente con unos ojos azules muy claros y risueños. Tenía el pelo negro y revuelto,

como si hiciera mucho tiempo que no se peinaba ni iba al peluquero. Pero su rostro era cautivador: fino, huesudo, sin afeitar...

-Mamá, ¿ vas a abrir o no?

-¿Qué? -Hester retrocedió al notar que llevaba más tiempo del necesario observando al repartidor.

-Me muero de hambre -le recordó Radley.ç

-Perdona -Hester abrió la puerta y descubrió que aquella cara fascinante iba a acompañada de un cuerpo alto y atlético. Y que aquel hombre iba descalzo.

-¿Ha pedido una pizza?

-Sí -pero fuera estaba nevando. ¿Qué estaba haciendo descalzo?

-Bien -antes de que Hester se diera cuenta de lo que pretendía, Mitch entró en el apartamento.

-Démela a mí -dijo ella rápidamente-. Llévate esto a la cocina, Radley -tapó a su hijo con su cuerpo y se preguntó si necesitaría un arma.

-Bonito piso -Mitch miró relajadamente los bultos y las cajas abiertas.

-Le traeré el dinero.

-Invita la casa -Mitch sonrió.

Hester se preguntó si se acordaría de las clases de autodefensa que había tomado durante dos años.

-Radley, llévate eso a la cocina mientras yo le pago al repartidor.

-Vecino -la corrigió Mitch-. Vivo en el 406... ya sabe, dos pisos más abajo. Llevaron la pizza por error a mi apartamento.

-Entiendo -pero, por alguna razón, aquello no la tranquilizó-. Lamento las molestias -Hester tomó su bolso.

-Ya está pagada -Mitch no sabía si iba a agredido o a huir, pero de lo que estaba seguro era de que, en efecto, la investigación merecía la pena. Era alta, más o menos de la estatura de una modelo, pensó, y con ese mismo cuerpo discreto y elegante. Llevaba el pelo, castaño y bonito, apartado de la cara en forma de diamante, dominada por unos grandes ojos grises y una boca un ápice demasiado grande.

-¿Por qué no considera la pizza mi versión del comité de bienvenida?

-Es usted muy amable, pero no puedo...

-¿Va a rehusar la amabilidad de un vecino? -como le parecía excesivamente fría y desconfiada para su gusto, Mitch miró al niño-. Hola, soy Mitch -esta vez, su sonrisa obtuvo respuesta.

-Yo soy Rad. Acabamos de mudamos.

-Ya lo veo. ¿De fuera de la ciudad?

-Ajá. Nos hemos cambiado de piso porque mamá tiene un trabajo nuevo y el otro era muy pequeño. Desde mi ventana se ve el parque.

-Desde la mía también.

-Disculpe, señor...

-Mitch -repitió él, mirando a Hester.

-Sí, bueno, es muy amable por habemos subido la pizza -y también muy raro, pensó-. Pero no quisiera abusar de su tiempo.

-Puede comerse una porción -dijo Radley-. Nosotros nunca nos la acabamos.

-Rad, estoy segura de que el señor... Mitch tendrá cosas que hacer.

-No, qué va -no era un maleducado, le habían enseñado buenos modales hasta el hartazgo. En otra ocasión, tal vez los hubiera utilizado y se habría marchado haciendo una leve inclinación de cabeza, pero algo en la reserva de aquella mujer y en la cálida bienvenida del chico lo hacía obstinarse-. ¿Tiene una cerveza?

-No, lo siento, yo...

-Tenemos refrescos -dijo Radley-. Mamá a veces me deja tomar uno -a Radley no había nada que le gustara más que la compañía. Le lanzó a Mitch una sonrisa ingenua-. ¿Quiere ver la cocina?

-Me encantaría -Mitch siguió al chico, viendo que Hester hacía una mueca parecida a una sonrisa.

Ella se quedó en el centro de la habitación un momento, con los brazos en jarras, sin saber si irritarse o ponerse furiosa. Después de pasarse el día cargando cajas, no le apetecía tener compañía. Y menos la de un extraño. Lo único que podía hacer era darle una porción de la dichosa pizza y quedar en paz con él.

-Tenemos un triturador de basuras. Hace un ruido muy raro.

-Apuesto a que sí -Mitch se inclinó obedientemente sobre el fregadero mientras Radley apretaba el interruptor.

-Rad, no lo pongas en marcha sin nada dentro. Como verá, todavía estamos un poco desorganizados -Hester se acercó a un armario recién colocado y sacó unos platos.

-Yo llevo aquí cinco años, y todavía no me he organizado.

-Vamos a tener un gatito -Radley se subió a un taburete y tomó las servilletas que su madre había puesto en un cestillo de mimbre-. En la otra casa no permitían animales, pero aquí sí podemos tener uno, ¿verdad, mamá?

-En cuanto nos organicemos, Rad. ¿Sin azúcar o normal? -le preguntó a Mitch.

-Una normal vale. Parece que le ha cundido el día.

La cocina estaba limpia como una patena. Junto a la única ventana, de una redecilla de macramé, colgaba un próspero helecho. La señora Wallace tenía menos espacio que él, lo cual le parecía una pena. Ella sin duda le sacaría mayor partido que él a la cocina. Echó otro vistazo a su alrededor antes de sentarse junto a la encimera. Pegado a la nevera había un dibujo de buen tamaño, hecho con ceras, que representaba una nave espacial.

-¿Lo has hecho tú? -le preguntó a Rad.

-Sí -el niño tomó la ración de pizza que su madre le había puesto en el plato y le dio un buen mordisco.

-Es bueno.

-Se supone que es Segundo Milenio, la nave del Comandante Zark.

-Lo sé -Mitch le dio un bocado a su porción-. Te ha salido muy bien.

Radley, que engullía la pizza a toda velocidad, dio por sentado que Mitch reconocía el nombre de Zark y su medio de transporte. Según él, todo el mundo estaba al corriente de esas cosas.

-Estoy intentando hacer el Desafío, la nave de Leilah, pero es más difícil. Y, además, de todos modos creo que el Comandante Zark la va a hacer estallar en el próximo número.

-¿Tú crees? -Mitch le lanzó a Hester una sonrisa desenfadada cuando ella se sentó a la encimera-. No sé, no sé. Ahora mismo está metido en un buen lío.

-Sí, pero no le pasará nada.

-¿Le gustan a usted" los cómics? –preguntó Hester. Al sentarse, reparó en lo grandes que eran sus manos. Iba vestido con descuido, pero tenía las manos limpias y un cierto aire de competencia desenfadada y mundana.

-Sí, mucho.

-Yo tengo más cómic s que todos mis amigos. Mamá me regaló la primera edición de Comandante Zark en Navidad. Tiene diez años. Entonces Zark era solo capitán. ¿Quiere verlo?

El niño era una auténtica joya, pensó Mitch: dulce, inteligente y espontáneo. Respecto a la madre, se reservaba el juicio de momento.

-Sí, claro, me encantaría.

Antes de que Hester pudiera decide que se acabara la cena, Radley saltó del taburete y echó a correr. Ella se quedó callada un momento, preguntándose qué clase de hombre leía cómics. Sí, ella los hojeaba de cuando en cuando para saber qué clase de lecturas hacía su hijo, pero ¿leerlos? ¿Una persona adulta?

-Es un chico estupendo.

-Sí, lo es. Es usted muy amable por... hacerle caso cuando habla de cómics.

-Los cómics son mi vida -dijo Mitch, muy serio.

Ella lo miró con cierto asombro. Aclarándose la garganta, volvió a concentrarse en su cena.

-Entiendo.

Mitch se mordió la lengua para no echarse a reír. Aquella mujer era un hueso duro de roer, desde luego. Aunque fuera su primer encuentro, no veía razón para no seguir pinchándola un poco.

-Imagino que usted no.

-¿Que no qué?

-Que no lee cómics.

-No, yo, eh, no tengo tiempo para leer esas cosas -hizo girar los ojos, sin darse cuenta de que Radley le había copiado aquella costumbre-. ¿Quiere otro trozo?

-Sí -él se sirvió sin esperar a que lo hiciera ella-. Pues debería sacar tiempo, ¿sabe? Los cómics pueden ser muy instructivos. ¿En qué trabaja?

-Oh, trabajo en banca. Soy responsable de préstamos del National Trust.

Mitch dejó escapar un silbido de admiración.

-Menudo trabajo para alguien de su edad.

Ella se tensó automáticamente.

-Llevo trabajando en banca desde los dieciséis.

También era suspicaz, pensó él mientras se lamía la salsa del pulgar.

-Eso pretendía ser un cumplido. Pero me da la sensación de que a usted no le gustan mucho los cumplidos -era dura aquella mujer, pensó, aunque, por otro lado, tal vez no le quedara más remedio. No llevaba anillo de casada. Ni siquiera tenía una marca blanca que probara que se lo había quitado hacía poco-. Yo también he hecho algunos negocios en banca. Ya sabes, ingresos, reintegros, cheques devueltos, esas cosas.

Ella se removió, incómoda, preguntándose por qué Radley tardaba tanto. Estar sola con aquel hombre la ponía nerviosa. Nunca le costaba trabajo mirar a los ojos de la gente, pero con Mitch, sí. Él no apartaba la mirada.

-No quería ser brusca.

-No, no lo ha sido. Si quisiera pedir un préstamo en el National Trust, ¿por quién tendría que preguntar?

-Por la señora Wallace.

Definitivamente, un hueso duro de roer.

-¿Señora es su nombre de pila?

-No, me llamo Hester -dijo ella, sin comprender por qué le costaba tanto decírselo.

-Hester, entonces -Mitch le ofreció la mano-. Encantado de conocerte.

Ella esbozó una débil sonrisa. Era una sonrisa cauta, pensó Mitch, pero algo era algo.

-Lamento haber sido antipática, pero ha sido un día muy largo. Una semana, en realidad.

-Yo odio las mudanzas -dijo él cuando ella le estrechó la mano. La de Hester era fresca y tan esbelta como toda ella-. ¿Tienes alguien que te ayude?

-No -apartó la mano, azorada-. Pero nos las apañamos bien.

-Ya lo veo.

«No se necesita ayuda». Parecía llevar aquel letrero en grandes letradas enmarcado en la cara. Mitch conocía a unas cuantas mujeres como ella, tan ferozmente independientes, tan desconfiadas de los hombres en general que no solo llevaba un escudo protector: llevaban un arsenal entero de dardos envenenados tras él. Un hombre sensato debía mantenerse apartado de ellas. Lástima, porque ella era una preciosidad, y el crío era un encanto.

-No me acordaba de dónde lo había guardado -Radley regresó colorado por el esfuerzo-. Es un clásico. Hasta el vendedor se lo dijo a mamá.

Y además le había cobrado un riñón y parte del otro por él, pensó Hester. Pero a Radley le había gustado más que el resto de sus regalos.

-Está en muy buen estado -Mitch pasó la primera página con el cuidado de un joyero puliendo un diamante.

-Siempre me lavo las manos antes de leerlo.

-Buena idea -era asombroso que, después de tanto tiempo, siguiera sintiendo tanto orgullo. Y aquel estallido de satisfacción.

Allí estaba, en la primera página. Guión y dibujos de Mitch Dempsey. El Comandante Zark era su hijo, y a lo largo de diez años se habían hecho grandes amigos.

-Es una historia fantástica. Explica por qué el Comandante Zark dedicó su vida a defender el universo contra la maldad y la corrupción.

-Porque su familia había sido aniquilada por el malvado Flecha Roja en su ambición por alcanzar el poder.

-Sí -a Radley se le iluminó la cara-. Pero al final se venga de Flecha Roja.

-En el número 73.

Hester apoyó la barbilla sobre una mano y se quedó mirándolos. Se dio cuenta de que el desconocido no solo intentaba complacer a Radley: estaba hablando en serio. Estaba tan obsesionado por los cómics como un niño de nueve años.

Lo más curioso era que parecía bastante normal. Hasta hablaba bien. En realidad, estar sentada a su lado la turbaba porque era un hombre extremadamente viril, con su cuerpo fibroso y recio, su rostro anguloso y sus grandes manos. Hester ahuyentó rápidamente aquella idea. N o quería empezar a pensar así de un vecino, y menos aún de uno cuyo nivel intelectual se había quedado en la adolescencia.

Mitch pasó un par de páginas. Sus ilustraciones habían mejorado a lo largo de una década, lo cual era tranquilizador. Sin embargo, había logrado mantener la misma pureza de trazo, las mismas imágenes directas y nítidas que se le habían ocurrido diez años antes, cuando trataba penosamente de salir adelante haciendo retratos.

-¿Es tu preferido? -Mitch señaló con la punta del dedo un dibujo de Zark.

-Sí, claro. Tres Caras me gusta, y el Diamante Negro mola, pero el Comandante Zark es mi favorito.

-El mío también -Mitch le revolvió el pelo. Al llevarles la pizza, no sabía que allí encontraría la inspiración que llevaba buscando toda la tarde.

-Si quieres, puedes leerlo algún día. Te lo prestaría, pero...

-Lo comprendo -cerró el cómic cuidadosamente y se lo devolvió-. No puedes prestar una pieza de coleccionista.

-Será mejor que lo guarde.

-Antes de que os deis cuenta, estaréis intercambiando números -Hester se levantó y empezó a recoger los platos.

-Lo cual a ti te divierte, ¿no?

Su tono hizo que Hester se volviera para mirado rápidamente. No había sonado áspero, y sus ojos seguían teniendo una expresión clara y suave, y sin embargo... algo le advertía que tuviera cuidado.

-No quería insultarte. Pero me resulta un tanto extraño que un adulto tenga-por costumbre leer cómics -metió los platos en el lavavajillas-. Siempre he pensado que era algo que los chicos abandonaban a cierta edad, pero supongo que también podría considerarse, ¿qué? ¿Una afición?

Él alzó las cejas.

Ella había vuelto a mirarlo cara a cara, con aquella media sonrisa en los labios. Obviamente, intentaba enmendarse. Pero a él no le apetecía que se saliera con la suya tan fácilmente.

-Los cómics no son una simple afición para mí, señora Hester Wallace. No solo los leo. También los escribo.

-¡Madre mía! ¿De verdad? -Radley se quedó mirándolo como si fuera un rey coronado-. ¿Lo dices de verdad? ¿En serio? ¡Ay va! ¿Tú eres Mitch Dempsey? ¿El verdadero Mitch Dempsey?

-En carne y hueso -le dio un suave tirón de la oreja mientras Hester lo miraba como si acabara de llegar de otro planeta.

-¡Hala, Mitch Dempsey está aquí! Mamá, es el Comandante Zark. Mis amigos no van a creérselo. ¿Tú te lo crees, mamá? ¡El Comandante Zark en nuestra cocina!

-No -murmuró Hester sin dejar de mirarlo-. No me lo puedo creer.

CAPÍTULO 2

Hester deseó poder ser una cobarde. Sería tan fácil regresar a casa, arroparse la cabeza con las mantas y esconderse hasta que Radley volviera de la escuela... Nadie que la viera sospecharía que tenía un nudo en el estómago y que le sudaban las manos, a pesar del viento gélido que soplaba por las escaleras del metro a medida que subía en medio de una multitud de oficinistas de Manhattan.

Si alguien se hubiera molestado en mirar más atentamente, habría visto a una mujer seria, levemente preocupada, con un abrigo largo de color rojo y una bufanda blanca. Por suerte para ella, el túnel de viento que formaban los rascacielos laceraba sus mejillas mortalmente pálidas, sonrojándolas un poco. Mientras recorría a pie la media manzana que la separaba del National Trust, se concentró en no mordisquearse los labios pintados. Era su primer día de trabajo.

Solo tardaría diez minutos en volver a casa, encerrarse y llamar a la oficina con cualquier pretexto. Que estaba enferma, que había habido una muerte en la familia..., preferiblemente, la suya. O que le habían robado.

Hester apretó con fuerza su maletín y siguió andando. Qué fácil era hablar, se dijo. Esa mañana, al llevar a Radley al colegio, no había dejado de decide alegremente lo emocionante que era empezar de nuevo y lo divertido que era emprender una nueva aventura. Tonterías, pensó. Pero confiaba en que Radley no estuviera ni la mitad de asustado que ella.

Se había ganado aquel empleo a pulso, se dijo. Estaba cualificada, era competente y tenía un bagaje de doce años de experiencia. Sin embargo, estaba muerta de miedo.

Respiró hondo y entró en el National Trust. Laurence Rosen, el director del banco, miró su reloj, asintió, satisfecho, y se acercó a saludarla. Llevaba un traje azul oscuro, bien cortado y conservador. Una mujer podría haberse empolvado la nariz con el reflejo de sus relucientes zapatos negros.

-Justo a tiempo, señora Wallace. Un excelente comienzo. Yo me precio de que mi personal sabe sacarle el mayor rendimiento al tiempo -señaló su despacho, al fondo de la sucursal.

-Estoy deseando empezar, señor Rosen -dijo, y sintió cierto alivio porque fuera verdad. Siempre le había gustado el ambiente de un banco antes de que abriera sus puertas al público. Aquel silencio catedralicio, aquella expectación semejante a la que antecede a un lance deportivo.

-Bien, bien, haremos lo posible por mantenerla ocupada -notó, frunciendo ligeramente el ceño, que dos secretarias aún no habían llegado. En un gesto habitual, se pasó la mano por el pelo-. Su secretaria llegará en cualquier momento. Cuando esté instalada, señora Wallace, espero que vigile de cerca sus idas y venidas. La eficacia de usted depende en grado sumo de la de ella.

-Por supuesto.

Su despacho era pequeño y oscuro. Procuró no desear uno más ventilado..., ni notar que Rosen era insoportablemente estirado. El aumento de ingresos que suponía aquel trabajo mejoraría la vida de Radley. Eso, como siempre, era lo importante. Todo saldría bien, se dijo quitándose el abrigo. Ella haría que todo saliera bien.

A Rosen pareció gustarle su sobrio traje negro y sus sencillas joyas. En el negocio bancario no había lugar para la ropa ni para el comportamiento llamativos.

-Confío en que habrá revisado los archivos que le di.

-Me he familiarizado con ellos a lo largo del fin de semana -se colocó tras la mesa-. Creo entender la política y los procedimientos administrativos del National Trust.

-Excelente, excelente. Bien, entonces la dejaré para que se organice. Su primera cita es a... -pasó las páginas del calendario que había sobre la mesa-. A las nueve y cuarto. Si tiene algún problema, avíseme. Siempre estoy por aquí.

«No lo dudo», pensó ella.

-Estoy segura de que no tendré ningún problema, señor Rosen. Gracias.

Rosen asintió una vez más y se marchó. La puerta se cerró tras él con un suave dic. Ya sola, Hester se derrumbó en la silla. Había superado el primer escollo, se dijo. Rosen la creía competente y eficaz. Ahora, lo único que tenía que hacer era serlo. Lo sería, pues muchas cosas dependían de ello. Y su orgullo no era la menos importante de ellas. Odiaba ponerse en ridículo. Y ya lo había hecho sobradamente la noche anterior, delante de su vecino.

A pesar de las horas que habían pasado, se puso colorada al recordarlo. No pretendía insultar a aquel hombre, aunque aún no conseguía hacerse a la idea de que los cómic s fueran realmente su profesión. Ciertamente, no pretendía hacer comentarios sarcásticos que pudieran ofenderlo. El problema era que había bajado la guardia. Aquel hombre la había descolocado invitándose a su casa, cenando con ellos y encandilando a Radley, todo ello en cuestión de minutos. No estaba acostumbrada a que la gente irrumpiera en su vida así, por las buenas. Y no le gustaba.

A Radley, en cambio, le encantaba. Hester tomó un lápiz afilado con el logotipo del banco impreso en un lateral. Su hijo prácticamente resplandecía de emoción y, tras la marcha de Mitch Dempsey, no había hablado de otra cosa.

De algo podía alegrarse: la visita de Dempser había conseguido que Radley se olvidara del colegio nuevo. Su hijo tenía facilidad para hacer amigos, y si aquel tal Mitch estaba dispuesto a hacerle un poco de caso, ella no tenía por qué oponerse. En cualquiera caso, aquel hombre parecía bastante inofensivo. Hester se negaba a admitir que, al estrechar su mano, había experimentado una sensación turbadora. ¿Qué mal podía hacerle un hombre que se ganaba la vida haciendo cómics? Se sorprendió mordisqueándose los labios al hacerse aquella pregunta.

-Buenos días, señora Wallace. Soy Kay Lorimar, su secretaria. ¿Recuerda? Nos vimos unos minutos hace un par de semanas.

-Sí, buenos días, Kay -su ayudante era como Hester siempre había deseado ser: menuda, de líneas redondeadas, rubia y con un rostro de rasgos finos y delicados. Cruzó las manos sobre la mesa y procuró no parecer autoritaria.

-Siento llegar tarde -Kay sonrió. No parecía sentirlo en absoluto-. Los lunes, siempre se retrasa una. Aunque me haga a la idea de que es martes no me sirve de nada. No sé por qué. ¿Quiere que le traiga un café?

-No, gracias, tengo una cita dentro de unos minutos.

-Llámeme si cambia de idea -Kay se detuvo en la puerta-. A este sitio le vendría bien un poco de color. Es oscuro como una mazmorra. Al señor Blowfield, al que usted sustituye, le gustaban las cosas grises... Iban con él, ¿sabe? -su sonrisa era franca, pero Hester dudó en contestar. No era buena idea cosechar fama de cotilla el primer día de trabajo-.

Bueno, si decide redecorarlo un poco, dígamelo. Mi compañero de piso es decorador. Un auténtico artista.

-Gracias -¿cómo se suponía que iba a dirigir la oficina con aquella pizpireta animadora de fútbol como secretaria?, se preguntaba Hester. En fin, cada cosa a su tiempo-. Dígales al señor y la señora Browning que pasen en cuanto lleguen, Kay.

-Sí, señora -sin duda tenía una cara más agradable que la del señor Blowfield, pensó Kay. Pero parecía tener el mismo espíritu-. Los impresos de solicitud de préstamo están en el cajón de abajo de la izquierda, ordenados por tipos. Los cuadernos, a la derecha. La lista de los tipos de interés vigentes, en el cajón del medio. Los Browning vienen a pedir un préstamo para remodelar su casa porque están esperando un hijo. Él se dedica a la electrónica y ella trabaja a tiempo parcial en Bloomingdale's. Ya se les avisó de qué papeles tenían que traer. Haré fotocopias cuando lleguen.

Hester alzó una ceja.

-Gracias, Kay -dijo, medio divertida, medio impresionada.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Hester se recostó en la silla y sonrió. Tal Vez el despacho fuera oscuro, pero, si la mañana seguía así, sería lo único oscuro en el National Trust.

A Mitch le gustaba que su ventana diera aja fachada del edificio. Así, cada vez que se tomaba un descanso, podía observar las idas y venidas de sus vecinos. Después de cinco años, creía conocer a todos los inquilinos de vista y a la mitad de ellos por su nombre. Cuando se estancaba o, mejor dicho, cuando se bloqueaba, dejaba pasar el tiempo haciendo caricaturas de los que le parecían más interesantes. Si el bloqueo se prolongaba, acompañaba las caras con breve diálogo.

Consideraba aquel entretenimiento una práctica excelente, pues le divertía. De vez en cuando surgía una cara lo bastante interesante como para dedicarle una atención especial. A veces era un taxista, o un repartidor. Mitch había aprendido a mirar con atención y celeridad y a dibujar a partir de las impresiones que quedaban impresas en su memoria. Años antes, se ganaba la vida pobremente haciendo caricaturas. Ahora las hacía por matar el tiempo, y era mucho más satisfactorio.

Vio a Hester y a su hijo cuando estaban aún a una manzana de distancia. El abrigo rojo que llevaba ella saltaba a la vista como una boya.

Ciertamente, parecía una advertencia, pensó Mitch recogiendo su lápiz. Se preguntaba si la fría y distante señora Wallace se daba cuenta de las señales que emitía. Seguramente, no.

No necesitaba ver su cara para dibujarla. Ya había media docena de bocetos de su rostro tirados sobre la mesa de su taller. Unos rasgos interesantes, se dijo mientras el lápiz empezaba a volar sobre la hoja del cuaderno. Cualquier artista sentiría deseos de plasmarlos.

El niño caminaba a su lado con la cara prácticamente tapada por la bufanda y el gorro. Pese a la distancia, Mitch se dio cuenta de que iba charlando sin parar. Tenía la cabeza alzada hacia su madre. De vez en cuando, ella bajaba la mirada como si hiciera algún comentario. Luego, el chico empezaba a hablar otra vez. A unos metros del edificio, ella se detuvo de pronto. Mitch vio que el viento jugaba con su pelo cuando, echando la cabeza hacia atrás, se echó a reír. Sus dedos se quedaron flojos sobre el lápiz. Se inclinó un poco más hacia la ventana. Deseaba estar más cerca. Lo bastante cerca como para oír su risa y ver si sus ojos se encendían. Imaginaba que sí, pero ¿de qué forma? Aquel sutil gris de sus pupílas, ¿se volvería plateado o neblinoso?

Ella continuó andando y, al cabo de unos segundos, entró en el edificio y se perdió de vista.

Mitch miró su cuaderno de dibujo. Apenas había hechos unos trazos. No podía acabarlo, pensó, dejando el lápiz. Ya solo podía veda reír, y para plasmar su risa sobre el papel necesitaba verla más de cerca.

Recogió las llaves Y jugueteó con ellas. Había pasado casi una semana. L_ distante señora Wallace tal vez considerara que otra visita estaba fuera de lugar. Pero él no. Además, le gustaba el crío. Hacía días que quería subir a vedo, pero había estado muy ocupado acabando la historieta. Eso también se lo debía al niño, pensó. Su pequeña visita del fin de semana no solo había disipado su bloqueo, sino que además le había dado suficientes ideas como para completar tres números. Sí, se lo debía al crío.

Se guardó las llaves en el bolsillo y entró en el taller. Tas estaba allí, con un hueso entre las patas, roncando.

-No te levantes -le dijo Mitch suavemente-. Voy a salir un rato -mientras hablaba, se puso a rebuscar entre sus papeles. Tas entreabrió los ojos y gruñó-. No sé cuánto voy a tardar.

Tras revisar su calamitoso archivo, al fin encontró el boceto. El Comandante Zark vestido de militar de los pies a la cabeza, la expresión sobria, la mirada melancólica, la reluciente nave a su espalda. Bajo el dibujo se leía: *MISIÓN: Capturar a la Princesa Leilah... ¡o DESTRUIRLA!*

Mitch deseó por un instante tener tiempo para coloreado, pero pensó que al niño le gustaría así. Lo firmó cuidadosamente y la enrolló.

-No me esperes para cenar -le dijo a Tas.

-¡Ya voy yo! -exclamó Radley, corriendo a la puerta. Era viernes, y el colegio quedaba a años luz de distancia.

-Pregunta quién es.

Radley puso la mano en el picaporte y sacudió la cabeza.

-¿Quién es?

-Soy Mitch.

-¡Es Mitch! -gritó Radley, entusiasmado.

En el dormitorio, Hester frunció el ceño y se puso la sudadera.

-Hola --casi sin aliento por la emoción, Radley abrió la puerta a su héroe.

-Hola, Rad, ¿qué tal te va?

-Bien. No tengo deberes para el fin de semana -extendió un brazo, indicándole que pasara-. Quería bajar a verte, pero mamá me dijo que no por si estabas trabajando y eso.

-Y eso -murmuró Mitch-. Mira, no me importa que bajes. A la hora que quieras..

-¿De veras?

-De veras -el chico era irresistible, pensó Mitch, revolviéndole el pelo. Lástima que su madre no fuera igual de acogedora-. He pensado que quizá te gustara esto -le dio el boceto enrollado.

-¡Hala, qué guay! -Radley miró boquiabierto el dibujo-. ¡El Comandante Zark y el Segundo Milenio! ¿De verdad es para mí? ¿Puedo quedármelo?

-Sí.

-Tengo que enseñárselo a mamá -Radley se dio la vuelta y corrió hacia la habitación justo cuando Hester salía de ella-. Mira lo que me ha dado Mitch, mamá. ¿A que mola? Dice que puedo quedármelo.

-Es fantástico -le puso una mano sobre el hombro y observó el dibujo. No podía negarse que aquel hombre tenía talento, pensó. Aunque hubiera elegido un modo tan peculiar de demostrarlo. Sin apartar la mano del hombro de Radley, miró a Mitch-. Has sido muy amable.

A él le gustaba su aspecto con aquel chándal de color pastel. Parecía más natural y accesible, si bien no del todo relajada. Llevaba el pelo suelto, y sus puntas le rozaban los hombros. Con la raya al lado y sin horquillas, le daba un aspecto completamente distinto.

-Quería darle las gracias a Rad -Mitch se obligó a apartar la mirada de su rostro y sonrió al chico-. La semana pasada me ayudaste a salir de un bloqueo.

-¿De veras? -los ojos de Radley se agrandaron-. ¿En serio?

-En serio. Estaba atascado, no se me ocurría nada. Y esa noche, después de hablar contigo, bajé a casa y todo fue sobre ruedas. Te estoy muy agradecido.

-Vaya, de nada. Puedes quedarte a cenar otra vez. Íbamos a tomar pollo chino, y creo que hay bastante para los tres. Puede quedarse, ¿verdad, mamá? ¿Verdad?

Atrapada de nuevo. Y de nuevo, aquella expresión divertida en los ojos de Mitch.

-Por supuesto.

-Qué guay. Quiero colgar esto ahora mismo. ¿Puedo llamar a Josh para contárselo? Seguro que no se lo cree.

-Claro -apenas tuvo tiempo de pasarle la mano por el pelo antes de que saliera corriendo.

Radley se detuvo en el recodo del pasillo.

-Gracias, Mitch. Muchísimas gracias.

Hester se metió las manos en los bolsillos del chándal. No había razón alguna para ponerse nerviosa ante aquel hombre. Pero, entonces, ¿por qué estaba nerviosa?

-Has sido muy amable.

-Puede, pero hacía mucho tiempo que no me sentía tan satisfecho por algo -Mitch se dio cuenta de que no estaba del todo a gusto, y metió los pulgares en los bolsillos traseros de sus vaqueros-. Trabajas rápido -comentó, mirando el cuarto de estar.

Las cajas habían desaparecido. De las paredes colgaban láminas de vívidos colores y junto a la ventana, cuyas leves cortinas filtraban la luz, había un jarrón con flores frescas como la mañana. Los cojines estaban henchidos y los muebles relucían. Los únicos signos de desorden eran un coche en miniatura y unos cuantos muñecos de plásticos esparcidos por la alfombra. Mitch se alegró de vedos. Significaban que Hester no era de las que obligaban a su hijo a jugar única y exclusivamente en su cuarto.

Se acercó a una litografía colgada sobre el sofá.

-¿Dalí?

Ella se mordió el labio inferior mientras Mitch estudiaba uno de sus raros caprichos.

-La compré en una tiendecita de la Quinta Avenida que siempre está de saldo por liquidación de negocio.

-Sí, la conozco. No has tardado mucho en organizarte.

-Quería que todo volviera a la normalidad lo antes posible. El traslado no ha sido fácil para Radley.

-¿Y para ti? -él se volvió, y su mirada penetrante la pilló desprevenida.

-¿Para mí? Yo... eh...

-¿Sabes? -dijo él, acercándose a Hester, intrigado por su aparente turbación-, tu discurso es mucho más elaborado cuando hablas de Rad que cuando hablas de Hester.

Ella retrocedió rápidamente, dándose cuenta de que podía tocarla y sin saber cuál sería su reacción si lo hacía.

-Debería empezar a hacer la cena.

-¿Quieres que te ayude?

-¿A qué?

Esa vez, no retrocedió lo bastante rápido. Él la agarró de la barbilla y sonrió.

-A hacer la cena.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que un hombre la había tocado así. Mitch tenía manos fuertes, pero sus dedos era suaves. Hester sintió que el corazón se le subía a la garganta de un salto y empezaba a latir a toda prisa.

-¿Sabes cocinar?

Qué ojos tan increíbles tenía ella. De un gris tan claro y tenue que casi eran traslúcidos. Por primera vez desde hacía años, Mitch. sintió ganas de pintar, solo para ver si lograba dar vida a aquellos ojos sobre el lienzo.

-Hago unos sándwiches de mantequilla de cacahuetes deliciosos.

Ella alzó una mano hasta su muñeca con intención de apartarle la mano. Pero sus dedos permanecieron un instante sobre su piel.

-¿Qué tal se te da picar verduras?

-Creo que podré arreglármelas.

-Bien, entonces -Hester retrocedió, sorprendida por haber permitido que aquel contacto se prolongara tanto tiempo-. Sigo sin tener cerveza, pero esta vez tengo un poco de vino.

-Estupendo.

¿De qué demonios estaban hablando? ¿Y por qué hablaban, teniendo ella una boca tan suculenta? Algo aturdido por el rumbo que habían tomado sus pensamientos, Mitch siguió a Hester a la cocina.

-Es un plato muy sencillo, en realidad -empezó a decir ella-. Pero, como está todo mezclado, Radley apenas nota que está comiendo algo nutritivo. Una chocolatina es el modo más seguro de conquistar su corazón.

-Ese es mi chico.

Ella sonrió un poco. Se sentía algo más relajada teniendo las manos ocupadas. Puso apio y champiñones sobre la tabla de cortar.

-El truco está en la moderación -sacó el pollo y entonces se acordó del vino-. Permito que Rad coma dulces en pequeñas dosis. Pero él tiene que aceptar comer brócoli en los mismos términos.

-Parece un acuerdo muy sensato -ella abrió el vino. Era un vino no muy caro, pensó él viendo la etiqueta, pero de buen paladar. Hester llenó dos copas y le dio una. Volvía a tener las manos húmedas, por más absurdo que fuera. Hacía mucho tiempo que no compartía una botella de vino, ni preparaba la cena con un hombre-. Por los vecinos -dijo él, y creyó advertir que ella se relajaba un tanto al entrechocar sus copas.

-¿Por qué no te sientas mientras deshueso el pollo? Luego, puedes ponerte con las verduras.

En vez de sentarse, Mitch se apoyó de espaldas en la encimera. No estaba dispuesto a concederle la distancia que sin duda ella buscaba. Olía demasiado bien.

Hester manejaba el cuchillo como una experta, notó Mitch mientras se bebía el vino. Lo cual resultaba impresionante. La mayoría de las mujeres de carrera que conocía eran más bien expertas en comidas precocinadas.

-Bueno, ¿qué tal el nuevo trabajo?

Hester movió los hombros.

-Bien. El director es un fanático de la eficiencia, y eso es contagioso. Rad y yo llevamos toda la semana manteniendo reuniones para comparar notas.

¿Era eso de lo que hablaban cuando los había visto caminando por la acera?, se preguntó Mitch. ¿Por eso se reía ella?

-¿Qué talle va a Radley en el cole nuevo?

-Estupendamente, aunque parezca mentira -sus labios se distendieron y se curvaron otra vez. Mitch sintió ganas de tocados con la punta de un dedo para notar

aquel movimiento-. Pase lo que pase en su vida, Rad siempre sigue adelante. Es increíble.

Mitch vislumbró en sus ojos una sombra muy débil, pero cierta.

-El divorcio siempre es duro -dijo, y vio que Hester se quedaba muy quieta.

-Sí -puso el pollo deshuesado y cortado en un cuenco-. Puedes cortar esto mientras yo hago el arroz.

-Claro -«prohibido el paso», pensó él, y dejó pasar el tema. De momento. Había lanzado una suposición basada en la ley de probabilidades al mencionar la cuestión del divorcio, y creía haber puesto el dedo en la llaga. Pero la llaga estaba aún fresca. A menos que se equivocara, el divorcio había sido mucho más duro para ella que para Radley. Asimismo, comprendió que, si quería animarla a hablar, tendría que ser a través del chico-. Rad me ha dicho que quería bajar a verme, pero que lo disuadiste.

Hester le dio una cebolla y puso una sartén al fuego.

-No quería que interrumpiera tu trabajo.

-Los dos sabemos lo que piensas de mi trabajo.

-No quise ofenderte la otra noche -dijo ella, crispándose-. Es solo que...

-No concibes que un hombre adulto se gane la vida haciendo cómics.

Hester guardó silencio mientras medía el agua.

-No es asunto mío cómo te ganes la vida.

-Eso es cierto -Mitch bebió un largo sorbo de vino antes de ponerse a cortar el apio-. En cualquier caso, quiero que sepas que Rad puede bajar a verme cuando quiera.

-Eres muy amable, pero...

-Nada de peros, Hester. Tu hijo me gusta. Y dado que soy dueño de mi tiempo, no me molestará. ¿Qué hago con los champiñones?

-Córtalos en juliana -tapó el arroz y se acercó a mostrarle cómo tenía que hacerlo-. No muy finos. Solo tienes que... -se interrumpió cuando él puso la mano sobre la suya, en el cuchillo.

-¿Así? -fue un movimiento fácil. Ni siquiera tuvo que pensárselo. Sencillamente, se movió hasta que Hester estuvo atrapada entre sus brazos, con la espalda apretada contra su pecho. Cediendo a la tentación, inclinó la cabeza de modo que su boca casi rozara el oído de Hester.

-Sí, así -ella miró sus manos unidas y procuró que no le temblara la voz-. Bueno, da igual.

-No, no da igual. Hay que hacerlo bien.

-Tengo que poner el pollo -se dio la vuelta y se encontró metida en aguas más profundas. Fue un error levantar la mirada hacia él, ver aquella leve sonrisa en sus labios y aquella mirada serena y confiada en sus ojos. Hester apoyó instintivamente la mano sobre su pecho. Pero eso también fue un error. Sentía el latido pausado y firme de su corazón. No podía retroceder, porque no había sitio, y dar un paso adelante resultaba tentador, pero peligroso-. Mitch, estás en mi camino.

Él había percibido ya en sus ojos una pasión fugazmente liberada y sofocada de inmediato. Así pues, Hester podía sentir deseo y turbación. Tal vez fuera mejor que siguieran turbándose un poco más.

-Creo que eso va a suceder muy a menudo -pero se apartó y la dejó pasar-. Hueles bien, Hester. Condenadamente bien.

El aplomo con que dijo aquello no contribuyó a aminorar el latido del corazón de Hester. Se dijo que aquella sería la última vez que invitara a su casa a Mitch Dempsey, dijera lo que dijera Radley. Encendió el gas, puso a calentar el wok y añadió aceite de cacahuete.

-Entonces, imagino que trabajas en casa. ¿No tienes oficina?

Mitch pensó que, de momento, dejaría que fuera ella quien pusiera las normas. Sin embargo, en cuanto Hester se había dado la vuelta en sus brazos y lo había mirado, había comprendido que pronto la tendría a su manera.

-Solo tengo que ir un par de veces por semana. Algunos guionistas y dibujantes prefieren trabajar en la oficina. Pero yo trabajo más a gusto en casa. Cuando acabo la historia y las viñetas, las llevo a la oficina para que las editen y entinten.

-Entiendo. Así que, ¿no las entintas tú? -preguntó, aunque no sabía muy bien qué significaba aquello. Tendría que preguntárselo a Radley.

-Ya no. Hay auténticos expertos en eso, y así tengo más tiempo para trabajar en la historia. Lo creas o no, buscamos calidad, diálogos que aviven la imaginación de los críos e historias que entretengan.

Tras echar el pollo en el aceite caliente, Hester respiró hondo.

-Lamento mucho que lo que dije te ofendiera. Estoy segura de que tu trabajo es muy importante para ti, y desde luego sé que Radley lo valora muchísimo.

-Bien dicho, señora Wallace -él empujó hacia ella la tabla con las verduras cortadas.

-Josh no se lo cree -Radley irrumpió en la cocina, entusiasmado-. Quiere venir a verlo mañana. ¿Puede venir? Su madre dice que sí, si tú estás de acuerdo. ¿Vale, mamá?

Hester se apartó de la cocina un momento y abrazó a Radley.

-Está bien, Rad, pero tendrá que ser por la tarde. Por la mañana tenemos que ir de compras.

-Gracias. Espera a que lo vea. Se volverá loco. Voy a decírselo.

-La cena casi está lista. Date prisa y lávate las manos -Radley hizo girar los ojos mirando a Mitch mientras salía de nuevo-. Está entusiasmado contigo -comentó Hester.

-Y loco por ti.

-El sentimiento es mutuo.

-Ya lo he notado -Mitch le quitó el corcho al vino-. ¿Sabes?, siento curiosidad. Siempre he creído que los que trabajaban en los bancos tenían horario de atención al público. Pero Rad y tú no llegáis a casa hasta las cinco, más o menos -al ver que ella volvía la cabeza para mirarlo, sonrió-. Algunas de mis ventanas dan a la fachada. Me gusta observar las idas y venidas de la gente.

Hester experimentó una sensación extraña y un tanto inquietante al saber que la había observado regresar a casa. Echó las verduras en la cazuela y las removió.

-Salgo a las cuatro, pero luego tengo que ir a recoger a Rad a casa de la niñera -volvió a mirar hacia atrás-. Él odia que la llame «niñera». Vive muy cerca de nuestra antigua casa, así que tardamos un rato. Tengo que empezar a buscar a alguien que viva más cerca.

-Muchos niños de su edad y más pequeños vuelven a casa solos.

Notó que los ojos de Hester se enturbiaban. Lo único que necesitaba era un toque de rabia. O de pasión.

-Radley no va a ser uno de esos críos que llevan la llave de su casa colgada al cuello. No quiero que cuando llegue se encuentre la casa vacía porque yo esté trabajando.

Mitch colocó la copa de Hester junto a su codo.

-Volver de la escuela y encontrarse la casa vacía puede ser deprimente -murmuró, recordando su propia experiencia-. Rad tiene suerte de tenerte.

-Más suerte tengo yo de tenerlo a él -su voz se suavizó-. Saca los platos, que voy a servir esto.

Mitch recordaba dónde guardaba los platos; unos platos blancos con pequeñas violetas enlazadas alrededor del borde. Resultaba extraño descubrir que le gustaban,

estando tan acostumbrado a los de plástico de usar y tirar. Los sacó y los colocó junto a ella. Siempre había creído que las mejores cosas se hacían impulsivamente. De modo que Procedió conforme aquella idea.

-Supongo que sería mucho más fácil que Rad pudiera volver a casa después del colegio.

-Sí, claro. Odio tener que arrastrarlo hasta la otra punta de la ciudad, aunque a él no parece importarle. Pero es muy difícil encontrar a alguien en quien poder confiar. Y que, además, le guste a Radley.

-¿Qué te parezco yo?

Hester, que se disponía a apagar el fuego, se quedó paralizada, mirándolo. Las verduras y el pollo saltaban en el aceite hirviendo.

-¿Perdona?

-Rad podría quedarse conmigo por las tardes -Mitch puso de nuevo la mano sobre la de ella, esa vez para apagar el fuego-. Solo estaría a un par de pisos de su casa.

-¿Contigo? No, no puede ser.

-¿Por qué no? -cuanto más lo pensaba, más le gustaba la idea. A Tas y a él les iría bien tener un poco de compañía por las tardes y, además, así vería con más frecuencia a la muy interesante señora Wallace-. ¿Quieres referencias? No tengo antecedentes criminales, Hester. Bueno, está el incidente de la moto y las rosas de exposición, pero entonces solo tenía dieciocho años.

-No me refería a eso... exactamente -al ver que él sonreía, comenzó a revolver el arroz-. Quería decir que no puedo abusar de ti de ese modo. Seguro que estás muy ocupado.

-Vamos, pero si según tú no hago más que garabatos. Seamos sinceros.

-Ya te he dicho que eso no es asunto mío -dijo ella.

-Exacto. El caso es que paso las tardes en casa y estoy disponible. Además, incluso me vendría bien tener a Radley de consejero. Y, por otra parte, tu hijo dibuja muy bien –señaló el dibujo que había pegado en la nevera-. Le irían bien unas lecciones de dibujo.

-Lo sé. Esperaba poder apuntado este verano, pero no...

-A caballo regalado, no se le mira el diente -concluyó Mitch-. Mira, al niño le gusto. Y a mí me gusta él. Y te juro que no le daré más que una chocolatina cada tarde.

Ella se echó a reír como Mitch la había visto reírse unas horas antes desde su ventana. Le costó quedarse quieto, pero algo le decía que, si hacía algún movimiento en ese instante, la puerta se cerraría con cerrojo ante su cara.

-No sé, Mitch. Agradezco el ofrecimiento. Dios sabe que me facilitaría mucho las cosa, pero no sé si sabes lo que me estás pidiendo.

-Me apresuro a señalar que yo también he sido niño -de pronto, descubrió que quería hacerlo. No era solo una estratagema, ni un simple impulso; realmente le apetecía estar con el chico-. Mira, ¿por qué no se lo preguntamos a Rad y lo sometemos a votación?

-¿Preguntarme qué? -Radley se había mojada las manos tras hablar con Josh, figurándose que su madre estaría demasiado ocupada para inspeccionárselas con detenimiento.

Mitch tomó su copa de vino y alzó una ceja. «Mi turno», pensó Hester. Podría quitarse al chico de encima diciéndole cualquier cosa, pero siempre se había preciado de ser sincera con él.

-Mitch acaba de sugerirme que te quedes con él por las tardes, después del colegio, en vez de ir a casa de la señora Cohen.

-¿En serio? --exclamó Radley, entusiasmado y lleno de asombro-. ¿De verdad me dejas?

-Bueno, quería pensármelo y hablar contigo antes de...

-Me portaré bien -Radley corrió a abrazarse a su madre por la cintura-. Te lo prometo. Mitch es mucho mejor que la señora Cohen. Muchísimo mejor. La señora Cohen huele a naftalina y me da palmaditas en la cabeza.

-Caso cerrado -murmuró Mitch.

Hester le lanzó una mirada malhumorada. No estaba acostumbrada a que la aventajaran en número, ni a tomar decisiones sin pensarlas cuidadosamente.

-Vamos, Radley, sabes perfectamente que la señora Cohen es muy agradable. Llevas con ella más de dos años.

Radley la apretó más fuerte.

-Si me quedo con Mitch, puedo volver a casa nada más salir del cole. Y, además, haré los deberes primero -era una promesa un tanto temeraria, pero la situación era desesperada-. Y tú también llegaras a casa antes. Por favor, mamá, di que sí.

Hester odiaba negarle algo, porque ya había muchas cosas a las que había tenido que renunciar. Él la miraba con las mejillas sonrojadas de emoción. Inclinándose, lo besó.

-Está bien, Rad, lo intentaremos. A ver si funciona.

-Va a ser fantástico -Radley le echó los brazos al cuello y después se volvió hacia Mitch-. Va a ser fantástico, ya lo veréis.

CAPÍTULO 3

Los fines de semana, a Mitch le gustaba dormir hasta tarde... cuando se daba cuenta de que era fin de semana, claro. Porque, como trabajaba en casa, a su ritmo, a menudo olvidaba que para la inmensa mayoría había una gran diferencia entre un lunes por la mañana y un sábado por la mañana. A pesar de lo cual, ese sábado en concreto estaba en la cama, dormido como un tronco y completamente ajeno al mundo exterior.

La noche anterior, tras salir del apartamento de Hester, se encontraba inquieto. Demasiado inquieto como para regresar a su solitario piso. Dejándose llevar por un impulso, se había ido al pequeño club donde solía reunirse el personal de Universal Comics. Se había encontrado con el chico que coloreaba sus ilustraciones, con otro dibujante y con uno de los guionistas fijos de *El Más Allá*; la colección esotérica de la Universal. La música era mala y sonaba demasiado alta, pero eso era precisamente lo que requería su estado de ánimo.

Desde allí, lo habían convencido para ir a un festival de cine de terror que se celebraba en Times Square y duraba toda la noche. Había vuelto a casa pasadas las seis, un tanto borracho y con la energía justa para quitarse la ropa y desplomarse en la cama... donde se había prometido quedarse las veinticuatro horas siguientes-. Cuando el teléfono sonó, ocho horas después, contestó más que nada porque su sonido resultaba irritante.

-¿Sí?

-¿Mitch? -Hester vaciló. Le parecía que estaba dormido. Pero, como eran más de las dos, desechó aquella idea-. Soy Hester Wallace. Siento molestarte.

-¿Qué? No, no pasa nada -se pasó una mano por la cara y empujó al perro, que estaba tumbado en mitad de la cama-. Maldita sea, Tas, apártate. Me estás echando el aliento.

¿Tas?, pensó Hester, arqueando las cejas. No se le había ocurrido pensar que Mitch viviera con alguien. Se mordió el labio inferior. Debería haberse informado. Por el bien de Radley, claro.

-Lo siento mucho -continuó con voz fría-. Parece que te he pillado en mal momento.

-No, qué va -«a este condenado chucho le das la mano y se toma el brazo», pensó, recogiendo el teléfono y girándose hacia el otro lado de la cama-. ¿Qué ocurre?

-¿Estás despierto?

Él dio un respingo, ofendido por el leve desdén de su voz. Además, tenía la boca áspera y pastosa, como si hubiera comido arena.

-Sí, estoy despierto. Estoy hablando contigo, ¿no?

-Solo llamaba para darte los números y la información que necesitas si vas a quedarte con Radley la semana que viene.

-Ah -él se apartó el pelo de la cara y miró a su alrededor, confiando en haber dejado a mano un vaso con soda o algo así. No hubo suerte-. De acuerdo. ¿Puedes esperar mientras busco un lápiz?

-Sí, bueno, yo... -Mitch oyó que ponía la mano sobre el teléfono y hablaba con alguien. Con Radley, imaginó por la rapidez y la firmeza de su voz-. La verdad es que, si no te molesta, Radley quería pasarse por tu casa un momento. Quiere presentarte a un amigo suyo. Pero, si estás ocupado, puedo bajarte la información más tarde.

Mitch se dispuso a decide que lo hiciera. Así no solo podría volver a dormirse, sino que además pasaría unos minutos a solas con ella. Pero luego pensó en Radley de pie junto a su madre, mirándola con aquellos grandes ojos suyos.

-Dame diez minutos -masculló, y colgó antes de que Hester pudiera decir nada.

Se puso unos vaqueros, entró en el baño y llenó el lavabo de agua fría. Respiró hondo y sumergió la cara. Se incorporó maldiciendo, pero despejado. Cinco minutos después, se puso una sudadera, preguntándose si se habría acordado de lavar algún par de calcetines. La ropa que le habían devuelto de la lavandería pulcramente doblada estaba tirada encima de una silla, en un rincón de su cuarto. Pensó un momento en buscar unos calcetines, pero desistió al oír que llamaban a la puerta. La cola de Tas empezó a golpear rítmicamente sobre el colchón.

-¿Por qué no recoges la casa? -le preguntó Mitch-. Esto es una pocilga -Tas abrió la boca, mostrando un par de grandes colmillos blancos, y a continuación emitió una serie de gemidos y gruñidos-. Excusas, nada más que excusas. Y sal de la cama. ¿No sabes que son más de las dos? -Mitch se pasó una mano por la mejilla sin afeitar y fue a abrir la puerta.

Ella estaba preciosa, sencillamente preciosa, con una mano en el hombro de cada niño y una media sonrisa en la «ara. Pero parecía un poco tímida, pensó sorprendido. La creía fría y distante, pero de pronto se daba cuenta de que utilizaba aquella fachada para ocultar su timidez innata, lo cual resultaba extrañamente enternecedor.

-Hola, Rad.

-Hola, Mitch -contestó Radley, henchido de satisfacción-. Este es mi amigo Josh Miller. No se cree que eres el Comandante Zark.

-No, ¿eh? -Mitch miró al incrédulo Thomas, un chico pelirrojo y flacucho, unos centímetros más alto que Rad-. Vamos, pasad.

-Eres muy amable por aguantamos -empezó a decir Hester-. Rad no iba a dejamos en paz hasta que le demostrara a Josh quién eres.

En el cuarto de estar parecía que hubiera habido una explosión. Eso fue lo primero que pensó Hester mientras Mitch cerraba la puerta. Había papeles, ropa y envoltorio s por todas partes. Imaginó que también habría muebles, aunque no hubiera podido describirlos.

-Dile a Josh que eres el Comandante Zark -insistió Radley.

-Supongo que podría decirse así -la idea le gustaba-. Yo lo creé, al menos -volvió a mirar a Josh, cuya mueca había pasado de la duda a la franca sospecha-. ¿Vais juntos a clase?

-Antes sí -Josh permanecía junto a Hester, mirándolo fijamente-. Tú no te pareces al Comandante Zark.

Mitch se pasó otra vez la mano por la barbilla.

-He pasado una mala noche.

-Pues claro que se parece a Zark. Eh, mira, mamá. Mitch tiene vídeo. Yo estoy guardando la paga para comprarme uno. Ya tengo diecisiete dólares.

-Ya te falta menos -murmuró Mitch, y le pasó un dedo por la nariz-. ¿Por qué no vamos al taller? Os enseñaré qué se está cocinando para el número de primavera.

-¡Vale!

Mitch los condujo a su taller.

El despacho, notó Hester, era grande, luminoso y tan caótico como el cuarto de estar. Ella era una persona ordenada, y no concebía que alguien pudiera rendir en aquellas condiciones. Sin embargo, había una mesa de dibujo y pegada a ella diversos bocetos y rótulos.

-Ya veis que Zark va a tener mucho trabajo cuando Leilah se alíe con la Polilla Negra.

-¡Hala! ¡La Polilla Negra! -Josh parecía al fin aturdido por la impresión. Entonces recordó su cómic favorito y volvió a dudar-. Pensaba que había matado a la Polilla hace cinco números.

-La Polilla solo entró en hibernación cuando Zark bombardeó Zenith con ZT-5 experimental. Leilah utilizó sus conocimientos científicos para despertarla de nuevo.

-¡Vaya! -exclamó Josh, mirando las grandes viñetas-. ¿Por qué las haces tan grandes? En los cómics no son así.

-Porque tienen que reducidas.

-Yo todo eso me lo sé porque lo he leído -Radley le lanzó a Josh una mirada de superioridad-. Saqué un libro de la biblioteca en el que venía toda la historia de los cómics desde los años treinta.

-La Edad de Piedra -Mitch sonrió mientras los niños seguían admirando su trabajo.

Hester también estaba admirada, pero por otras razones. Bajo aquel desorden, le pareció distinguir un auténtico aparador francés del rococó. Y libros. Cientos de ellos. Mitch la observó recorrer la habitación. Y habría seguido observándola si Josh no le hubiera tirado de la manga.

-Por favor, ¿me firmas un autógrafo?

Mitch se sintió absurdamente halagado al ver su carita seria.

-Claro -rebuscó entre los papeles, encontró uno en blanco y lo firmó. Luego, añadió a vuelapluma un boceto del Comandante Zark.

-Qué guay -Josh dobló reverencialmente el papel y se lo guardó en el bolsillo de atrás-. Mi hermano siempre está fardando porque tiene una pelota de béisbol firmada, pero esto es mejor.

-Te lo dije -sonriendo, Radley se acercó a Mitch-. Y voy a quedarme con Mitch después de clase hasta que mi madre vuelva del trabajo.

-¿En serio?

-Bueno, chicos, ya hemos abusado bastante del señor Dempsey -Hester empujó suavemente a los niños hacia la puerta justo cuando Tas entró tranquilamente en la habitación.

-¡Hala, qué grande! -Radley se disponía a tocarlo cuando Hester lo detuvo.

-Radley, sabes que no debes acercarte a un perro que no conozcas.

-Tu madre tiene razón -dijo Mitch-. Pero en este caso puedes hacerlo. Tas es inofensivo.

Y enorme, pensó Hester, sujetando con firmeza a los dos niños.

Tas, que sentía un sano respeto por la gente menuda, se sentó junto a la puerta y los miró a ambos. Los niños pequeños tenían la costumbre de ponerse brutos y tirar de las orejas, cosa que Tas soportaba estoicamente pero sin la cual podía pasar. Aguardando a ver de qué lado soplaba el viento, permaneció sentado, agitando la cola.

-No es nada agresivo -le aseguró Mitch a Hester. Pasó junto a ella y puso la mano sobre la cabeza de Tas. Sin tener que inclinarse, notó Hester.

-¿Sabe hacer trucos? -preguntó Radley. Uno de sus deseos más secretos era tener un perro. Uno grande. Pero nunca se lo pedía a su madre, porque sabía que no podían tenerlo todo el día solo, encerrado en el apartamento.

-No, Tas solo sabe hablar.

-¿Hablar? -rió Josh-. Los perros no saben hablar.

-Se refiere a ladrar -dijo Hester, relajándose un poco.

-No, me refiero a hablar -Mitch le dio un par de palmaditas amistosas a Tas-. ¿Qué tal va eso, Tas?

A modo de respuesta, el perro restregó la cabeza con fuerza contra la pierna de Mitch y empezó a gruñir y gimotear. Luego, alzó la mirada hacia su amo y empezó a aullar y a silbar hasta que los niños casi rodaron por el suelo de risa.

-Sí que habla -Radley se adelantó con las palmas de las manos hacia arriba-. Sí que habla -Tas decidió que Radley no parecía un tirador de orejas y le olfateó la mano-. Le gusto. Mira, mamá.

Fue amor a primera vista. Radley rodeó el cuello del perro con los brazos y Hester se acercó automáticamente.

-No hace nada, te lo prometo -Mitch le puso una mano en el brazo.

Aunque el perro había empezado a olfatear la oreja de Radley mientras Josh lo acariciaba, Hester no estaba del todo convencida.

-No creo que esté acostumbrado a los niños.

-Se le acercan todos los días en el parque -como si quisiera demostrarlo, Tas se puso patas arriba, dejando al descubierto la panza para que se la acariciaran-. Además, es un vago. No se molesta en morder nada que no le hayan puesto en su plato. No te darán miedo los perros, ¿verdad?

-No, claro que no.

«No mucho», añadió para sus adentros. Y, como odiaba mostrarse débil, se agachó para acariciar la enorme cabeza del perro. Sin saberlo, atinó en el lugar perfecto, y Tas alzó una pata, la apoyó sobre el muslo de Hester, la miró con sus grandes ojos tristes y empezó a gemir. Riendo, Hester lo acarició tras las orejas.

-Eres como un niño, ¿a que sí?

-Más bien como un farsante -murmuró Mitch, preguntándose qué truco tendría que hacer para que Hester lo acariciara a él con tantas ganas.

-Podré jugar con él todos los días, ¿verdad, Mitch?

-Claro -Mitch sonrió a Radley-. A Tas le encanta que lo mimen. ¿Queréis llevároslo a dar un paseo, chicos?

La respuesta fue inmediatamente afirmativa. Hester se irguió y miró con recelo a Tas.

-No sé, Rad.

-Por favor, mamá, tendremos cuidado. Me has dicho que podíamos bajar al parque un rato.

-Sí, lo sé, pero Tas es enorme. No quiero que se os escape.

-A Tas no le gusta nada desperdiciar energías. ¿Por qué correr si paseando tranquilamente se llega al mismo sitio? -Mitch volvió a entrar en su taller, buscó un momento a su alrededor y regresó con la correa del perro-. No persigue a los otros perros, ni a los coches, ni al vigilante del parque. Pero se para en todos los árboles.

Riendo, Radley tomó la correa.

-¿Nos dejas, mamá?

Hester vaciló, sabiendo que una parte de ella quería mantener siempre a Radley a su lado, al alcance de la mano. Y, por el bien del niño, tenía que refrenarse.

-Media hora -apenas lo dijo, Josh y Radley estallaron en gritos de emoción-. Tenéis que poneros los abrigos... y los guantes.

-Lo haremos. Vamos, Tas.

El perro exhaló un profundo suspiro antes de levantarse. Rezongando un poco, se colocó entre los dos niños y salieron los tres.

-¿Por qué será que cada vez que veo a ese crío me siento bien?

-Eres muy amable con él. Bueno, debería subir y asegurarme de que se abrigan.

-Creo que pueden apañárselas solos. ¿Por qué no te sientas? -aprovechó su leve vacilación agarrándola del brazo-. Acércate a la ventana. Puedes verlos salir.

Ella cedió porque sabía que Radley odiaba que estuviera encima de él.

-Ah, te he traído el número de mi oficina y el nombre y el número del médico de Rad y de la escuela -Mitch tomó el papel y se lo guardó en el bolsillo-. Si hay algún problema, el que sea, llámame. Estaré aquí en diez minutos.

-Relájate, Hester. Nos las arreglaremos bien.

-Quiero darte las gracias otra vez. Es la primera vez desde que empezó a ir al colegio que está deseando que llegue el lunes.

-Yo también lo estoy deseando.

Ella bajó la mirada, esperando ver el abrigo y la gorra azul de Radley.

-No hemos hablado de las condiciones.

-¿Qué condiciones?

-¿Cuánto quieres por ocuparte de él? La se ñora Cohen...

-Cielo santo, Hester. No quiero que me pagues.

-No seas ridículo. Claro que voy a pagarte.

Él le puso una mano sobre el hombro hasta que ella se volvió para mirarlo.

-No necesito el dinero, y no lo quiero. Me ofrecí porque Rad es un niño simpático y me gusta estar con él

-Eso es muy amable de tu parte, pero...

Él suspiró, exasperado.

-Ya empezamos con los peros otra vez.

-No puedo permitir que lo hagas por nada.

Mitch observó su rostro. Al vedo por primera vez, le había parecido una mujer dura. Y dura era en realidad, al menos, en apariencia.

-¿No puedes aceptarlo como un favor entre vecinos?

Ella esbozó una pequeña sonrisa, pero sus ojos conservaron una expresión seria.

-Creo que no.

-Cinco dólares al día.

Esta vez, la sonrisa alcanzó sus ojos.

-Gracias.

Él tomó un mechón de su pelo entre el índice y el pulgar.

-Es usted dura de pelar, señorita.

-Eso dicen -ella dio un paso atrás cautelosamente-. Ahí están -inclinándose hacia la ventana, vio que Radley no había olvidado los guantes. Tampoco había olvidado que debía pararse en el semáforo de la esquina-. Está en la gloria, ¿sabes? Siempre ha querido un perro -apoyó una mano en el cristal de la ventana y siguió mirando-. No habla nunca de ello porque sabe que no podemos tenerlo solo en el apartamento todo el día. Así que se conforma con el gatito que le he prometido.

Mitch le puso de nuevo la mano en el hombro, más suavemente esa vez.

-A mí no me parece que le falte de nada, Hester. No tienes por qué sentirte culpable.

Ella lo miró entonces con los ojos muy abiertos y un poco tristes. Mitch descubrió que sus ojos le gustaban tanto como su risa. Sin pensado, sin saber qué hacía, alzó la mano hasta su mejilla. El gris pálido de sus pupilas se ensombreció. Su piel era cálida. Hester retrocedió rápidamente.

-Será mejor que me vaya. Seguro que querrán un chocolate caliente cuando vuelvan.

-Primero tendrán que traer a Tas -le recordó Mitch-. Date un respiro, Hester. ¿Te apetece un café?

-Bueno, yo...

-Bien. Siéntate y te lo traeré.

Hester se quedó un momento parada en medio de la habitación, un tanto asombrada de lo suavemente que Mitch lograba salirse siempre con la suya. Estaba tan acostumbrada a fijar sus propias normas que no aceptaba fácilmente las de los demás. Sin embargo, se dijo que sería una grosería marcharse, que su hijo volvería pronto y que lo menos que podía hacer después de lo amable que había sido Mitch con el niño era soportar su compañía un rato.

Habría mentido si dijera que no le interesaba. Superficialmente, por supuesto. Había algo inquietante en el modo en que la miraba, tan profundo y penetrante, y al mismo tiempo parecía tomarse la vida a broma. Sin embargo, no había nada de ligero en su forma de tocarla.

Hester se llevó la mano a la mejilla, donde él la había tocado. Tenía que evitar esa clase de contacto. Quizá, con un poco de esfuerzo, lograra pensar en Mitch como en un amigo, al igual que Radley. No le hacía ninguna gracia tener que estarle agradecida, pero podía soportarlo. Peores cosas había aguantado.

Mitch era amable. Dejó escapar un pequeño suspiro y procuró relajarse. Conocía a esos hombres que intentaban congraciarse con el niño para llegar a la madre. Si de algo estaba segura, era de que Mitch sentía auténtica simpatía por Radley. Eso, al menos, era un punto a su favor.

Pero hubiera preferido que no la tocara de aquel modo, que no la mirara ni la hiciera sentirse de aquella forma.

-Está caliente. Seguramente asqueroso, pero caliente -Mitch apareció con dos tazas-. ¿No quieres sentarte?

Hester le sonrió.

-¿Dónde?

Mitch puso las tazas sobre un montón de papeles y quitó las revistas del sofá.

-Aquí.

-¿Sabes...? -pasó por encima de un montón de periódicos viejos-. A Radley se le da muy bien recoger la casa. Seguro que no le importará ayudarte.

-Yo funciono mejor en medio del desorden controlado.

Hester se sentó a su lado en el sofá.

-El desorden lo veo. El control, no.

-Está aquí, créeme. No te he preguntado si querías leche con el café, así que te lo he traído negro.

-Así está bien. Esta es una mesa Reina Ana, ¿no?

-Sí -Mitch puso los pies descalzos en ella y cruzó las piernas-. Tienes buen ojo.

-Aquí hace falta tenerlo -al ver que él se reía, sonrió y bebió un sorbo de café-. Siempre me han gustado las antigüedades. Supongo que será por su duración. Hay pocas cosas que duren.

-Qué va. Yo una vez tuve un catarro que me duró dos meses -ella se echó a reír y Mitch se recostó en el sofá-. Cuando haces eso, te sale un hoyuelo junto a la boca. Es muy gracioso.

Hester volvió a turbarse.

-Se te dan muy bien los niños. ¿Vienes de una familia numerosa?

-No. Soy hijo único -siguió observándola, estudiando atentamente su reacción a los cumplidos más inofensivos.

-¿De veras? Quién lo diría.

-¿No me digas que eres de esas personas que piensan que los niños son solo para las mujeres?

-No, en realidad no -dijo ella vacilando un poco, pues esa había sido su experiencia hasta el momento-. Es solo que a ti se te dan especialmente bien. ¿No tienes hijos? -la pregunta se le escapó, azorándola.

-No. Supongo que he estado muy ocupado siendo un niño como para pensar en criar a otros.

-Eso es muy frecuente -dijo ella con frialdad.

Él ladeó la cabeza y la miró fijamente.

-¿Me estás comparando con el padre de Rad, Hester? -algo brilló en sus ojos. Mitch sacudió la cabeza y bebió otro sorbo de café-. Cielos, Hester, pero ¿qué te hizo ese canalla? -ella se quedó paralizada al instante. Pero Mitch fue más rápido. Antes de que pudiera levantarse, la detuvo agarrándola del brazo-. Está bien, no volveré a hablar de eso hasta que tú quieras. Lamento haber puesto el dedo en la llaga, pero siento curiosidad. Ya he pasado un par de tardes con Rad, y nunca habla de su padre.

-Te agradecería que no le hicieras ninguna pregunta.

-Está bien. No temas. No pensaba presionar al crío.

Hester sintió ganas de levantarse y excusarse. Sería lo más fácil. Pero el hecho era que iba a confiarle su hijo a aquel hombre cada tarde. Imaginaba que era preferible ponerle al corriente hasta cierto punto.

-Rad no ve a su padre desde hace casi siete años.

-¿Nunca? -preguntó él, sorprendido. Su familia había sido siempre seca y distante, pero él nunca pasaba más de un año sin ver a sus padres-. Debe de ser duro para él.

-Nunca tuvieron una relación muy estrecha. Creo que Radley se ha acostumbrado bastante bien.

-Espera, no pretendía criticarte -volvió a poner la mano sobre la de ella con firmeza-. Reconozco a un niño feliz y querido en cuanto lo veo. Tú serías capaz de hacer cualquier cosa por él. Puede que pienses que no se nota, pero se nota.

-Para mí no hay nada más importante que Radley -ella deseaba relajarse otra vez, pero Mitch estaba demasiado cerca, y seguía apretándole la mano-. Solo te digo esto para que no le hagas preguntas que puedan molestarlo.

-¿Sucede a menudo?

-A veces -de repente, los dedos de Mitch y los suyos estaban entrelazados. Ignoraba cómo lo había conseguido él-. Un amigo nuevo, un profesor nuevo. En fin, creo que debería irme.

-¿Y tú? -le acarició suavemente la mejilla y le hizo volver la cara hacia él-. ¿Te has acostumbrado?

-Sí. Tengo a Rad. Y mi trabajo.

-¿Y no tienes novio?

Hester no sabía si sentía enojo o turbación, pero la sensación era muy intensa.

-Eso no es asunto tuyo.

-Si la gente solo hablara de sus asuntos, no llegarían muy lejos. No me pareces de esas que odian a los hombres, Hester.

Ella alzó una ceja. Cuando se veía obligada a ello, podía jugar conforme a las reglas de los otros. Y jugar bien.

-Pasé una etapa en la que despreciaba a los hombres por principio. La verdad es que fue una época muy fructífera de mi vida. Luego, poco a poco, llegué a la conclusión de que ciertos miembros de tu especie no eran formas inferiores de vida.

-Me alegro por ello.

Ella sonrió otra vez.

-El caso es que ya no culpo a todos los hombres por las faltas de uno.

-Solo eres cautelosa.

-Si lo prefieres...

-Lo que de verdad prefiero son tus ojos. No, no apartes la mirada -la obligó a volver de nuevo la cara hacia él, muy despacio-. Son fabulosos... Y ten en cuenta que te lo dice un artista.

Hester procuró calmarse. Con gran esfuerzo consiguió estarse quieta.

-¿Significa eso que van a aparecer en el próximo número?

-Puede ser -él sonrió, alegrándose de que, a pesar de su nerviosismo, Hester lograra controlarse-. El pobre Zark merece conocer a alguien que lo comprenda. Y puede que esos ojos le sirvan.

-Me lo tomaré como un cumplido. Bueno, los niños volverán en cualquier momento...

-Aún tenemos tiempo. Hester, ¿tú nunca te diviertes?

-Qué pregunta tan absurda. Pues claro que sí.

-No como madre de Rad, sino como Hester -le pasó una mano por el pelo, fascinado.

-Soy la madre de Rad -ella logró levantarse, pero Mitch también se levantó.

-También eres una mujer. Una mujer preciosa -vio aquella expresión en sus ojos y pasó el pulgar por su mandíbula-. Créeme. Soy un hombre sincero. Eres un precioso manojo de nerviosos.

-Qué idiotez. ¿Por qué iba a estar nerviosa? -aparte de por el hecho de que la estaba tocando y de que su voz era suave, y de que estaban solos en el apartamento.

-Me sacaré esa espina del corazón más tarde -murmuró él. Se inclinó para besada y tuvo que agarrada pues estuvo a punto de caerse encima de un montón de periódicos-. Cálmate. No voy a morderte. Por ahora.

-Tengo que irme -estaba al borde de un ataque de nervios-. Tengo muchísimas cosas que hacer.

-Dentro de un minuto -tomó su cara entre las manos. Se dio cuenta de que estaba temblando. No lo sorprendió. Lo que lo asombró fue que él también estaba nervioso-. Lo que tenemos aquí, señora Wallace, se llama atracción, química, deseo. Da igual la etiqueta que le pongas.

-A mí no me da igual.

-Entonces dejaremos que le pongas la etiqueta más tarde.-pasó los pulgares por sus pómulos suavemente-. Ya te he dicho que no soy un maníaco. Tengo que acordarme de traerte las referencias.

-Mitch, agradezco lo que estás haciendo por Rad, ya lo sabes, pero preferiría que...

-Esto no tiene nada que ver con Rad. Se trata de ti y de mí, Hester. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste a solas con un hombre al que deseabas? -le pasó el pulgar por los labios. Los ojos de ella se volvieron brumosos-. ¿Cuándo fue la última vez que permitiste que alguien hiciera esto?

Cubrió su boca rápidamente, con una pasión arrolladora. Ella no estaba preparada para aquella violencia. Las manos de Mitch eran tan suaves, tan delicadas al tocada, que no esperaba aquella cruda pasión. Pero, cielo santo, cuánto la deseaba. Con la misma ansia, le rodeó el cuello con los brazos y respondió a sus demandas.

-Mucho tiempo -jadeó Mitch cuando dejó de besada-. Gracias a Dios -antes de que ella pudiera emitir algo más que un gemido, volvió a apoderarse de su boca.

Antes de besarla, Mitch ignoraba qué iba a encontrar en ella, si hielo, rabia o temor. Aquella fogosidad sin freno lo sorprendió tanto como a ella. La boca grande y generosa de Hester era cálida y complaciente. La pasión parecía haberse tragado toda su timidez. Hester daba más de lo que se le había pedido, y más de lo que Mitch estaba preparado para asumir.

A él le daba vueltas la cabeza; una sensación fascinante y novelesca que no podía apreciar del todo mientras luchaba por paladear y tocar al mismo tiempo. Hundió las manos en su pelo, llevándose por delante las dos horquillas de plata que ella usaba para apartárselo de la cara. Quería sentido libre y salvaje entre sus manos, al igual que quería sentida a ella libre y salvaje en su cama. Su plan de ir despacio, de sondear la profundidad de las aguas, se evaporó en un instante ante el deseo arrollador de lanzarse de cabeza. Pensando solo en eso, deslizó las manos bajo su jersey. Su piel era suave y cálida. El conjunto de seda que llevaba tenía un tacto delicado y fresco. Mitch deslizó las manos por su cintura y las subió hasta sus pechos.

Ella se tensó y se estremeció. No se había dado cuenta de lo mucho que deseaba aquellas caricias. De cuánto las necesitaba. El sabor de Mitch era tan misterioso, tan tentador... Había olvidado lo que era ansiar tales cosas. Era la pasión, la dulce liberación de la pasión... Oyó a Mitch murmurar su nombre mientras le besaba el cuello.

Ella conocía la pasión. La había frecuentado antes, o eso creía. Sin embargo, aunque ahora le parecía más dulce, más intensa, sabía que no podía volver a frecuentada.

-Mitch, por favor -no era fácil resistirse a la tentación. La sorprendió lo mucho que le costaba apartarse, volver a alzar las barreras que los separaban-. No podemos hacer esto.

-Sí podemos -dijo él, y. volvió a besarla-. Y muy bien.

-Yo no -haciendo acopio de fuerza de voluntad, se apartó-. Lo siento. No he debido permitir que esto ocurriera.

Estaba sofocada. Se llevó las manos a las mejillas y luego se atusó el pelo.

Mitch sentía flojas las rodillas. Lo cual le daba que pensar. Pero, por el momento, intentó concentrarse en ella.

-No te cargues con toda la responsabilidad, Hester. Parece ser una costumbre tuya. He sido yo quien te ha besado. Tú, sencillamente, me has devuelto el beso. Dado que los dos hemos disfrutado, no sé por qué tendríamos que disculpamos.

-Debí aclararte las cosas desde el principio -dio un paso atrás, volvió a tropezarse con los periódicos y los bordeó-. Agradezco lo que estás haciendo por Rad...

-No mezcles a Rad con esto, por el amor de Dios.

-¡No puedo! -alzó la voz, sorprendiéndose a sí misma. Sabía que no podía perder el control-. No espero que lo comprendas, pero no puedo dejar a mi hijo fuera de esto -respiró hondo y comprobó, turbada, que su corazón no se calmaba-. No quiero tener un rollo sexual. Tengo que pensar en Rad, y en mí misma.

-Lo entiendo -Mitch deseaba sentarse hasta que se sintiera más fuerte, pero imaginaba que la situación requería una conversación cara a cara-. Pero yo no buscaba un rollo sexual.

Eso era precisamente lo que a Hester la preocupaba.

-Dejémoslo.

La rabia resultaba extrañamente estimulante. Mitch dio un paso adelante y la agarró de la barbilla.

-Ni lo sueñes.

-No quiero discutir contigo. Pero creo que... -en ese instante llamaron a la puerta-. Son los niños.

-Lo sé -pero no la soltó-. Sea lo que sea lo que te interese, para lo que tengas tiempo o lugar, habría que hacer algunos ajustes -Mitch se dio cuenta de que estaba enfadado, realmente enfadado. No era propio de él perder los papeles tan pronto-. La vida está llena de ajustes, Hester -soltándola, abrió la puerta.

-Ha sido guay -colorado y con los ojos brillantes, Radley entró corriendo delante de Josh y del perro-. Hasta hemos conseguido que Tas corriera un poquito.

-Asombroso -Mitch se agachó para quitarle la correa. Rezongando, exhausto, Tas se acercó a la ventana y se desplomó en el suelo.

-Estaréis helados, chicos -Hester besó a Radley en la frente-. Es hora de tomar un chocolate bien caliente.

-¡Sí! -Radley se volvió hacia Mitch, radiante-. ¿Te apetece? Mamá hace un chocolate buenísimo.

Le dieron ganas de ponerla de nuevo en un aprieto. Pero, quizá por suerte para ambos, su enojo ya se había disipado.

-Tal vez la próxima vez -le bajó la gorra a Radley sobre los ojos-. Tengo cosas que hacer.

-Muchas gracias por dejamos sacar a Tas. Ha sido guay, ¿a que sí, Josh?

-Sí. Gracias, señor Dempsey.

-De nada. Hasta el lunes, Rad.

-Hasta el lunes.

Los niños salieron corriendo, entre empujones y risas.

Y, al volver a mirar, Mitch vio que Hester ya se había ido.

CAPÍTULO 4

Mitchell Dempsey II había nacido rico, privilegiado y, según sus padres, con una imaginación incorregible. Tal vez por eso se había encariñado tan pronto con Radley. Este distaba de ser rico, y ni siquiera gozaba del privilegio de tener un padre y una madre, pero su imaginación era de primera clase.

A Mitch siempre le habían gustado las multitudes, pero también las conversaciones de persona a persona. No le eran ajenas las fiestas, por supuesto, dada la afición de su madre a los saraos y su propia extroversión, y nadie que lo conociera podía decir de él que era un solitario. Con todo, en su trabajo siempre había preferido la soledad. Trabajaba en casa no porque no quisiera distracciones, sino porque no quería tener a nadie pegado a la espalda, observando su trabajo o haciendo el cómputo de sus progresos. Nunca se había planteado la posibilidad de trabajar en compañía. Hasta que conoció a Radley.

El primer día hicieron un pacto. Si Radley acababa sus deberes, con o sin la titubeante ayuda de Mitch, podía elegir entre jugar con Tas o contribuir con su opinión a la historieta en la que estuviera trabajando Mitch. Si este había dado por terminada su jornada de trabajo, se entretendrían viendo su extensa colección de cintas de vídeo o con el incipiente ejército de muñecos de plástico de Radley.

Para Mitch; todo aquello resultaba natural. Para Radley, era fantástico. Por primera vez en su corta existencia, un hombre formaba parte de su vida cotidiana, hablaba con él y lo escuchaba. Al fin tenía a alguien que no solo estaba dispuesto a derrochar Su tiempo jugando a la guerra, igual que su madre, sino que además comprendía sus tácticas militares. .

A fines de la primera semana, Mitch no solo era un héroe, el creador de Zark y el dueño de Tas; también era la persona más digna de confianza e imprescindible de su vida, aparte de su madre. Radley amaba sin barreras ni restricciones.

Mitch, que, maravillado, se daba cuenta de ello, estaba a su vez cautivado por el chico. No había mentido al decide a Hester que nunca había pensado en tener hijos. Llevaba tanto tiempo viviendo a su aire qu_ nunca había pensado en que las cosas fueran diferentes. Pero, de haber sabido lo que era amar a un niño pequeño, hallar fragmentos de uno mismo en él, quizá hubiera cambiado de idea.

Tal vez fuera por ese hallazgo por lo que empezó a pensar en el padre de Radley. ¿ Qué clase de hombre podía crear algo tan especial y luego desentenderse sin más? Su propio padre había sido siempre severo e inflexible, pero podía contarse con él. Mitch nunca se había cuestionado su afecto. .

Era imposible llegar a los treinta y cinco sin conocer a varios coetáneos que hubieran pasado por un divorcio, casi siempre amargo. Pero Mitch también conocía a algunos que habían logrado establecer una tregua con sus ex esposas para seguir ejerciendo el papel de padres. Resultaba difícil comprender que el padre de Radley no solo se hubiera marchado de casa, sino que además hubiera desaparecido. Tras pasar una semana en compañía de Radley, resultaba imposible concebido.

¿Y qué decir de Hester? ¿Qué clase de hombre dejaba que una mujer criara sola al hijo que habían traído juntos al mundo? ¿Habría amado ella a aquel hombre? Aquella pregunta lo asaltaba con excesiva frecuencia. El resultado de la experiencia era obvio: Hester miraba con recelo a los hombres. A él, al menos, pensó Mitch torciendo el gesto

mientras miraba dibujar a Radley. Con tanto recelo que llevaba toda la semana evitándolo.

Todos los días, entre las cuatro y cuarto y las cuatro y veinticinco, Mitch recibía una llamada cordial. Hester le preguntaba si todo iba bien, le daba las gracias por ocuparse de Radley, y luego le pedía que hiciera subir a su hijo. Esa tarde, Radley le había dado un cheque esmeradamente escrito por valor de veinte dólares a cargo de la cuenta de Hester Gentry Wallace. Mitch todavía lo llevaba, doblado en el bolsillo.

¿De veras creía Hester que iba a apartarse de su camino sin hacer ruido después de haberlo dejado noqueado? Mitch no olvidaba su cuerpo apretado con el de él, ni el modo en que su recelo y sus inhibiciones se habían evaporado por un instante fugaz y sobrecogedor. Pretendía volver a experimentar aquella sensación otra vez, así como otras muchas que su incorregible imaginación no cesaba de conjurar. Si la señora Hester Wallace creía que iba a retirarse caballerosamente, debía prepararse para una gran sorpresa.

-No me salen los motores de retropropulsión -se quejó Radley-. Nunca me quedan bien.

Mitch dejó a un lado su trabajo, que había abandonado al dejarse llevar por sus cavilaciones acerca de Hester.

-Déjame ver -tomó el cuaderno de dibujo que le había prestado a Radley-. Eh, no está mal -sonrió, absurdamente complacido al ver el boceto de la nave Desafío que había hecho el niño. Al parecer, las pocas indicaciones que le había dado habían calado hondo-. Tienes un don natural, Rad.

El niño se sonrojó de placer y luego volvió a fruncir el ceño.

-Pero, mira, los cohetes y los motores de retropropulsión están mal. Tienen un aspecto ridículo.

-Solo porque estás intentando definir los detalles demasiado pronto. Mira, primero los toques ligeros, los trazos -puso una mano sobre la del niño para guiarlo-. No te dé miedo equivocarte. Para eso están esas enormes gomas de borrar.

-Tú no te equivocas -Radley sacó la lengua entre los dientes e intentó que su mano se moviera con la misma ligereza que la de Mitch.

-Claro que me equivoco. Este es el borrador número quince que gasto este año.

-Tú eres el mejor dibujante del mundo –dijo Radley, mirándolo con fervor.

Conmovido, Mitch le removió el pelo.

-Puede que esté entre los veinte mejores, pero gracias de todos modos -al oír el teléfono, sintió una extraña punzada de desilusión. El fin de semana había cambiado de pronto de significado: ya no podría estar con Radley. Habiendo vivido toda su vida sin responsabilidades, resultaba inquietante darse cuenta de que echaría de menos aquella en particular-. Debe de ser tu madre.

-Me ha dicho que esta noche, como es viernes, podemos ir al cine. Podrías venir con nosotros.

Mitch masculló algo incomprensible y le vantó el teléfono.

-Hola, Hester.

-Mitch, yo... ¿va todo bien?

Percibiendo algo extraño en su voz, Mitch frunció el ceño.

-Estupendamente.

-¿Te ha dado Radley el cheque?

-Sí. Pero lo siento, aún no he tenido tiempo de cobrarlo.

Hester no estaba de humor para sarcasmos.

-Bueno, gracias. Te agradecería que le dijeras a Radley que suba.

-De acuerdo -titubeó-. ¿Un día duro, Hester?

Ella se llevó una mano a las sienes doloridas.

-Un poco. Gracias por preguntar, Mitch.

-De nada -colgó, todavía con el ceño fruncido y, volviéndose hacia Radley, compuso una sonrisa-. Hora de transferir los efetivos, cabo.

-¡Señor, sí, señor! -Radley hizo un saludo militar. El ejército intergaláctico que había dejado en casa de Mitch toda la semana estaba guardado en su mochila. Tras una breve búsqueda, encontraron sus guantes y los guardaron encima de los muñecos de plástico. Radley recogió su abrigo y su gorro y se agachó para abrazar a Tas-. Adiós, Tas. Hasta luego -el perro farfulló una despedida y restregó el hocico contra el hombro de Radley-. Adiós, Mitch -se acercó a la puerta, pero vaciló un momento-. Supongo que nos veremos el lunes.

-Claro. Aunque, espera, creo que voy a subir contigo. Así le daré a tu madre un informe completo.

-¡Vale! -Radley se animó al instante-. Te has dejado las llaves en la cocina. Iré por ellas -Mitch lo vio pasar a su lado como un tomado y regresar al cabo de un instante-. He sacado un sobresaliente en Lengua. Mamá se va a poner muy contenta cuando se lo diga. Seguro que nos deja beber un refresco.

-Me parece un trato muy justo -dijo Mitch, y salió del apartamento al lado de Radley.

Hester oyó la llave de Radley en la cerradura y bajó el hatillo de hielo. Inclinándose hacia el espejo del baño, observó su cara y, al notar que empezaba a formarse un cardenal, masculló una maldición. Confiaba en contarle a Radley el incidente quitándole importancia antes de que apareciera alguna magulladura. Se tragó dos aspirinas y pidió al Cielo que se le pasara el dolor de cabeza.

-¡Mamá! ¡Eh, mamá!

-Estoy aquí, Radley -hizo una mueca al oír su propio grito, pero compuso una sonrisa y fue a su encuentro. La sonrisa se desvaneció al ver que su hijo no estaba solo.

-Mitch ha subido a informar -dijo Radley, quitándose la mochila.

-¿Se puede saber que te ha pasado? -Mitch se acercó a ella en dos zancadas. Tomó su cara entre las manos y la miró enojado-. ¿Estás bien?

-Claro que sí -le lanzó una mirada de advertencia y se volvió hacia Radley-. Estoy bien.

El niño la miró fijamente, con los ojos como platos, y su mentón comenzó a temblar al ver el cardenal azul oscuro que tenía bajo el ojo.

-¿ Te has caído?

Ella quiso mentirle y decirle que sí, pero nunca le había mentido.

-No exactamente -forzó una sonrisa, molesta por la presencia de Mitch-. Al parecer, en la estación del metro había un tipo que quería mi bolso. Pero yo también lo quería, claro.

-¿Te han atracado? -Mitch no sabía si insultada o abrazarla y comprobar si estaba herida. Hester le lanzó una mirada larga y desafiante.

-Algo así -se encogió de hombros-. Pero me temo que no ha sido nada emocionante. El metro estaba lleno. Alguien vio lo que ocurría y llamó a seguridad, así que el tipo cambió de idea respecto a mi bolso y salió corriendo.

Radley se acercó más a ella. No era la primera vez que veía un ojo morado. Joey Phelps había tenido uno una vez. Pero su madre, nunca.

-¿Te pegó?

-No, en realidad, no. Eso fue más bien un accidente -un accidente que dolía horrores-. Estábamos con el tira y afloja del bolso, y se le escapó el codo. No me agaché lo bastante rápido, eso es todo.

-Idiota -masculló Mitch.

-¿Y tú le pegaste?

-Claro que no -respondió Hester, y pensó con anhelo en el hatillo de hielo-. Anda, ve a sacar tus cosas de la mochila, Radley.

-Pero quiero saber sí...

-Haz lo que te digo -dijo su madre con firmeza.

-Sí, señora -murmuró Radley, y recogió la mochila del sofá.

Hester aguardó hasta que se metió en su cuarto.

-Quiero que sepas que no me agrada que te metas en esto.

-Pues aún no has visto nada. ¿A ti qué demonios te pasa? ¿Cómo se te ha ocurrido pelearte con un atracador por el bolso? ¿Y si hubiera llevado una navaja?

-No la llevaba -Hester sintió que empezaban a temblarle las piernas, precisamente en el momento más inoportuno-. Y tampoco se llevó mi bolso.

-Ni un ojo morado, supongo. Por el amor de Dios, Hester, podrías haber resultado gravemente herida, y no creo que lleves nada en el bolso que merezca tanto la pena. Las tarjetas de crédito se pueden cancelar, y puedes comprarte otra barra de labios.

-Supongo que, si alguien intentara robarte la cartera, tú se la darías de mil amores.

-Eso es distinto.

-No, no lo es.

Él dejó de pasearse por la habitación y la miró fijamente. Tenía la cabeza alzada, la barbilla hacia fuera. Mitch había visto aquel gesto en Radley varias veces. No lo sorprendía su terquedad, pero sí su mal genio y la admiración que le produjo. Pero, en ese momento, se recordó mirando de nuevo su pómulo tumefacto; nada de ello importaba.

-Recapitulemos un momento. Por de pronto, no sé por qué te montas sola en el metro. Ella dejó escapar un remedo de risa.

-Supongo que estarás bromeando.

Lo curioso del caso era que Mitch no recordaba haber dicho nunca algo tan estúpido. Lo cual lo hizo enfadarse consigo mismo.

-Toma un taxi, maldita sea.

-No voy a tomar ningún taxi.

-¿Por qué?

-Primero, porque es absurdo y, segundo, porque no puedo permitírmelo.

Mitch se sacó el cheque del bolsillo y se lo puso en la mano.

-Ahora ya puedes permitírtelo. y hasta puedes dejar propina.

-No pienso aceptarlo -le tiró el cheque arrugado-. Ni pienso tomar un taxi pudiendo utilizar el metro, que es barato y rápido. Y desde luego no tengo intención de permitir que conviertas un pequeño incidente en una tragedia. No quiero que Radley se preocupe.

-Bueno, pues entonces toma un taxi. Hazlo por él, si no quieres hacerlo por ti. Piensa en lo que habría sido de él si te hubiera pasado algo.

Ella palideció, y el cardenal de su mejilla pareció oscurecerse.

-No necesito que ni tú ni nadie me dé lecciones sobre el bienestar de mi hijo.

-No, es cierto, te portas muy bien con él. Es contigo misma con la que no te portas tan bien -se metió las manos en los bolsillos-. Está bien, no tomarás un taxi. Pero al menos prométeme que no te creerás Sally la Temeraria la próxima vez que algún ladrón decida que le gusta el color de tu bolso.

Hester se frotó los brazos por encima de la chaqueta.

-¿Es ese el nombre de uno de tus personajes?

-Podría serlo -Mitch se dijo que debía calmarse. No solía perder los papeles fácilmente, pero, cuando empezaba a sulfurarse, podía estallar en cuestión de segundos-. Mira, Hester, ¿llevabas acaso los ahorros de toda tu vida en el bolso?

-Por supuesto que no.

-¿Alguna reliquia familiar?

-No.

-¿Algún microchip de vital importancia para la seguridad nacional?

Ella dejó escapar un suspiro, exasperada, y se sentó en el brazo del sofá.

-No, me lo dejé en la oficina -hizo un mohín y volvió a mirarlo-. Ahora no me pongas esa sonrisita idiota.

-Lo siento -él puso una amplia sonrisa.

-Es que he tenido un día horrible -sin darse cuenta, se quitó el zapato y empezó a masajearse la planta del pie-. A primera hora de la mañana, el señor Rosen me echó un sermón acerca de la productividad, luego hubo reunión de personal y, finalmente, ese imbécil del cajero, que intentó ligar conmigo.

-¿Qué cajero?

-Da igual-cansada, se frotó las sienes-. El caso es que las cosas fueron de mal en peor y que al final tenía ganas de arrancarle a alguien la cabeza de un mordisco. Y entonces ese idiota me tiró del bolso, y estallé. Por lo menos tengo la satisfacción de saber que cojeará unos cuantos días.

-Conque le zurraste, ¿eh?

Hester se palpó cuidadosamente el ojo con las puntas de los dedos, sin abandonar aquel mohín.

-Sí.

Mitch se acercó y, agachándose junto a ella, observó la magulladura con curiosidad.

-Se te va a poner muy morado.

-¿Tú crees? -Hester se tocó de nuevo el moratón-. Esperaba que no se pusiera peor.

-Ni lo sueñes. Vas a estar hecha un cuadro.

Ella pensó en las miradas curiosas y las explicaciones que tendría que dar en la oficina.

-Fantástico.

-¿Te duele?

-Sí.

Mitch besó suavemente la magulladura antes de que ella pudiera retirarse.

-Prueba con un poco de hielo.

-Ya lo había pensado.

-Ya he colocado mis cosas -Radley estaba en el pasillo, mirándose los zapatos-. Tenía deberes, pero ya los he hecho.

-Eso está muy bien. Ven aquí -Radley siguió mirándose los zapatos mientras se acercaba a ella. Hester le puso los brazos alrededor del cuello y lo achuchó-. Lo siento.

-Da igual. No quería que te enfadaras.

-No me he enfadado contigo. Me he enfadado con el señor Rosen y con el hombre que intentó robarme el bolso, pero no contigo, mi niño.

-Si quieres, te traigo un paño húmedo, como haces tú cuando me duela la cabeza.

-Gracias, pero creo que lo que necesito es un baño caliente y un poco de hielo -le dio otro achuchón y entonces recordó algo-. Ah, pero si hoy teníamos planes, ¿no? Hamburguesa con queso y una película.

-Podemos ver la tele, en vez de salir.

-Bueno, ¿por qué no esperamos a ver qué tal me encuentro dentro de un rato?

-He sacado un sobre en el control de Lengua.

-Mi héroe -dijo Hester, riendo.

-¿Sabes?, eso del baño caliente es buena idea -Mitch ya estaba haciendo planes-. ¿Por qué no empiezas y me prestas a Radley un rato?

-Pero si acaba de llegar a casa.

-Solo será un ratito -Mitch la tomó del brazo y la condujo hacia el cuarto de baño-. Pon burbujas en la bañera. Son fantásticas para la moral. Volveremos dentro de media hora.

-Pero ¿adónde vais?

-A hacer un recado. Rad puede acompañarme, ¿verdad, Rad?

-Claro.

La idea de pasar media hora en la bañera resultaba tentadora.

-Nada de chucherías. Falta muy poco para la cena.

-Está bien, no comeré ninguna -le prometió Mitch empujándola hacia el baño, y, agarrando a Radley del hombro, regresó al cuarto de estar-. ¿Listo para emprender una misión, cabo?

Con los ojos brillantes, Radley hizo un saludo militar.

-Listo, señor.

La combinación de hielo, baño caliente y aspirina tuvo éxito. Cuando el agua empezó a enfriarse, el dolor de cabeza de Hester se había disipado hasta convertirse en un leve aturdimiento. Estaba en deuda con Mitch por permitirle pasar un rato a solas, pensó mientras se ponía unos vaqueros. El agua caliente no solo se había llevado el dolor: también había disipado su nerviosismo. En realidad, al examinar despacio su ojo morado, se sintió muy orgullosa de sí misma. Mitch tenía razón: las burbujas eran excelentes para levantar la moral.

Se cepilló el pelo, preguntándose si Radley se enfadaría si dejaban el cine para otro día. A pesar del baño caliente, no le apetecía nada encarar de nuevo el frío de la calle para sentarse en un cine abarrotado. Pensó que tal vez se diera por satisfecho con una sesión de tarde al día siguiente. Tendría que variar un poco sus planes, pero, después de la semana que había pasado, la idea de pasar una noche tranquila en casa, aunque tuviera que hacer la colada después de la cena, le parecía mucho más apetecible.

Qué semana tan espantosa, pensó mientras se ponía las pantuflas. Rosen era un tirano y el cajero un plasta. Los cinco días anteriores, había pasado casi tanto tiempo aplacando a uno y quitándose de encima al otro como tramitando préstamos. El trabajo no le daba miedo, pero le crispaba los nervios tener que dar cuenta de cada minuto de su tiempo. Sin embargo, no era nada personal de eso se había, dado cuenta el primer día. Rosen era igual de insoportable con todo el mundo.

Y ese idiota de Cummings... Hester procuró quitarse de la cabeza la imagen del pegajoso cajero y se sentó al borde de la cama. Ya había superado las dos primeras semanas. Se tocó cuidadosamente el pómulo. Las cicatrices lo demostraban. En adelante, todo sería más fácil. Ya no sufriría el estrés de tener que familiarizarse con tantas caras nuevas. Y lo mejor de todo era que no tenía que preocuparse por Radley.

Aunque no quisiera admitido delante de nadie, cada día de esa semana había creído que Mitch iba a llamarla para decide que Radley le causaba demasiadas molestias, que había cambiado de idea y que estaba cansado de pasarse las tardes con un crío de nueve años. Pero el caso era que, cada tarde, cuando subía a casa, Radley tenía mil historias que contarle acerca de Mitch, de Tas y de todo lo que hacían.

Mitch le había enseñado una serie de bocetos para el número especial de aniversario. Habían llevado a Tas al parque. Habían visto la versión original, sin cortar, de King Kong. Mitch le había enseñado su colección de cómics, que incluía los primeros números de Superman y de Cuentos desde la cripta, número que, como todo el mundo sabía, tenían un valor prácticamente incalculable. ¿Y sabía acaso ella que Mitch tenía en su poder el auténtico anillo transmisor del Capitán Medianoche? ¡Guau!

Hester hizo girar los ojos y puso una mueca al sentir una punzada de dolor. Mitch tal vez fuera raro, pero no había duda de que hacía feliz a Radley. Todo iría bien mientras siguiera pensando en él como en el amigo de su hijo y olvidara el repentino e inexplicable vínculo que había surgido entre ellos el fin de semana anterior.

Hester prefería pensar en ello como en un vínculo fortuito, aunque tal vez Mitch lo hubiera llamado de otro modo. Atracción, química, pasión... No, ella no usaría ninguno de aquellos términos, ni pensaría en la reacción inmediata e irrefrenable que le había provocado su abrazo. Sabía lo que había sentido. Era demasiado honesta como para negar que, por un instante, se había dejado llevar, embriagada, por el placer de sentirse deseada. No tenía por qué avergonzarse de ello. Cualquier mujer que llevara tanto tiempo sola como ella sentiría cierto hormigueo al hallarse tan cerca de un hombre atractivo. Pero, entonces, ¿por qué Cummings no le producía aquel hormigueo?

«No contestes a esa pregunta», se advirtió. A veces era preferible no ahondar demasiado, no fuera a ser que no le gustara la respuesta.

«Piensa en la cena», se dijo. El pobre Radley tendría que conformarse con una sopa y un sándwich en vez de su ansiada hamburguesa con queso. Suspirando, se levantó al oír que se abría la puerta.

-¡Mamá! ¡Mamá, ven a ver qué sorpresa!

Hester procuró componer una sonrisa, aun que no sabía si podría soportar más sorpresas ese día.

-Rad, ¿le has dado a Mitch las gracias por...? ¡Oh! -de pronto vio que Mitch también había vuelto, y sin darse cuenta empezó a estirarse el jersey. Radley y él estaban junto a la puerta, sonriendo. Radley llevaba dos bolsas de papel y Mitch sostenía lo que se parecía sospechosamente a un vídeo con los cables colgando.

-¿Qué es todo eso?

-La cena y una sesión doble -le informó Mitch-. Rad me ha dicho que te gustan los batidos de chocolate.

-Sí, claro -al fin sintió el aroma. Husmeando, miró atentamente las bolsas de Rad-. ¿Hamburguesas con queso?

-Sí, Y patatas. Mitch dijo que podíamos pedir ración doble. Y hemos sacado a Tas a dar un paseo. Está abajo, comiendo.

-Tiene muy malos modales en la mesa -Mitch puso el vídeo sobre el televisor de Hester.

-Y yo he ayudado a Mitch a desenchufar el vídeo. Hemos traído *En busca del arca perdida*. Mitch tiene montones de películas.

-Rad dice que te gustan los musicales. -Bueno, sí, pero...

-También hemos traído un musical -Rad dejó las bolsas en el suelo y se sentó con Mitch en el suelo-. Mitch dice que es muy divertida, así que supongo que estará bien -puso una mano sobre la pierna de Mitch y se inclinó hacia delante para mirar el enchufe.

-*Cantando bajo la lluvia* -Mitch le dio a Radley un cable y se apartó para que lo enchufara.

-¿De veras?

Él sonrió. A veces, Hester era igual que su hijo.

-Sí. ¿Qué tal tu ojo?

-Mejor -incapaz de resistirse, Hester se acercó a mirar. Qué extraño era ver las manitas de su hijo junto a las de un hombre.

-Está un poco apretujado, pero cabe justo debajo de la tele -Mitch apretó suavemente el hombro de Radley y se levantó. Poniendo un dedo bajo la barbilla de Hester, le giró la cara para mirarle el ojo-. Vaya, qué colorcillo tiene. En fin, Rad y yo pensamos que, como estabas un poco hecha polvo, era mejor traerte la película a casa.

-Sí, estoy un poco cansada. Gracias -le tocó un momento la muñeca.

-De nada -él se preguntó cuál sería su reacción, y la de Radley, si la besaba en ese momento.

Hester pareció darse cuenta, pues se apartó rápidamente.

-Bueno, será mejor que traiga unos platos o la comida se quedará fría.

-Tenemos montones de servilletas -señaló el sofá-. Siéntate mientras mi ayudante y yo acabamos.

-Ya está -sofocado por la emoción, Radley retrocedió a gatas-. Ya lo he enchufado todo.

Mitch se agachó para comprobar las conexiones.

-Es usted un mecánico de primera, cabo.

-Primero vamos a ver *En busca del arca perdida*, ¿no?

-Ese era el trato -Mitch le dio la cinta-. Tú estás al mando.

-Parece que tengo que darte las gracias otra vez -dijo Hester cuando Mitch se sentó junto a ella en el sofá.

-¿Por qué? Esta noche me apetecía entrometerme en tu cita con Rad -sacó una hamburguesa de la bolsa-. Esto es más barato.

-La mayoría de los hombres no querrían pasar un viernes por la noche con un niño pequeño.

-¿Porqué no? -dio un buen mordisco y, tras tragárselo, continuó-. Me imagino que no se comerá ni la mitad de sus patatas. Así que yo me comeré el resto.

Radley dio un salto y se sentó entre ellos. Lanzó un teatral suspiro de satisfacción y se arrellanó en el sofá.

-Esto es mejor que salir. Muchísimo mejor.

Tenía razón, pensó Hester mientras, relajándose, se dejaba atrapar por las aventuras de Indiana Jones. En otro tiempo, había creído que la vida podía ser así de emocionante, de romántica y de sobrecogedora. Y, aunque las circunstancias la habían obligado a dejar a un lado aquellas cosas, nunca había perdido su afición por las películas de aventuras. Durante un par de horas, era posible cerrar la puerta a la realidad y a las presiones que conllevaba y volver a tener ilusiones.

Radley tenía los ojos brillantes y parecía lleno de energía al cambiar de cinta. Hester comprendió que, esa noche, sus sueños girarían en tomo a tesoros perdidos y hazañas heroicas. Acurrucado a su lado, el niño se rió de las travesuras y batacazos de Donald O'Connor, pero empezó a dar cabezadas en cuanto Gene Kelly empezó a bailar bajo la lluvia.

-Fantástico, ¿eh? -murmuró Mitch. Radley se había movido de modo que tenía la cabeza apoyada sobre su pecho.

-Sí. Nunca me canso de ver esta película. De pequeña, la veíamos siempre que la ponían en la tele. Mi padre es un fanático del cine. Puedes citarle casi cualquier película, y te dirá el reparto. Pero, sobre todo, le gustan los musicales.

Mitch guardó silencio de nuevo. Hacía falta muy poco para conocer los sentimientos de una persona hacia otra: una simple inflexión de la voz, una leve dulcificación de la expresión... Los padres de Hester habían sido cariñosos con ella. Él, en cambio, lamentaba no poder decir lo mismo de los suyos. Su padre nunca había compartido su amor por la literatura fantástica ni por el cine, y él siempre se había sentido ajeno a la devoción de su padre por los negocios. Aunque nunca se había considerado un niño solitario, pues su imaginación era compañía suficiente, siempre echaría de menos el calor y el afecto que había percibido en la voz de Hester al hablar de su padre.

Cuando comenzaron los créditos, se volvió de nuevo hacia ella.

-¿Tus padres viven en la ciudad?

-¿Aquí? No, qué va -se echó a reír al imaginárselos enfrentándose al ritmo de vida de Nueva York-. No, yo crecí en Rochester, pero mis padres se fueron al sur hace casi diez años. A Fort Worth. Mi padre trabaja en un banco y mi madre trabaja media jornada en una librería. Nos quedamos todos atónitos cuando se puso a trabajar. Supongo que creíamos que no sabía hacer nada más que cocinar y planchar.

-¿Cuánto sois?

Hester suspiró ligeramente mientras la pantalla quedaba en blanco. No recordaba cuánto tiempo hacía que no pasaba una velada tan agradable.

-Tengo un hermano y una hermana. Yo soy la mayor. Luke vive en Rochester con su mujer, que está esperando un hijo, y Julia está en Atlanta. Es locutora de radio.

-¿En serio?

-«Despierta, Atlanta. Son las seis de la mañana, hora de tres éxitos encadenados» -se echó a reír al pensar en su hermana-. Me encantaría ir a verlos con Rad.

-¿Los echas de menos?

-Es duro pensar lo dispersos que estamos todos. Sé que a Rad le vendría bien tener más familia cerca.

-¿Y a Hester?

Ella lo miró, y pensó sorprendida que no le resultaba extraño ver a Radley dormida sobre su regazo.

-Yo tengo aRad.

-¿Y con eso te basta?

-Me sobra -sonriendo, descruzó las piernas y se levantó-. Y, hablando de Rad, creo que será mejor llevarlo a la cama.

Mitch tomó al niño y lo colocó sobre su hombro.

-Yo lo llevaré.

-Oh, no te preocupes. Estoy acostumbrada.

-Ya lo tengo -Radley apoyó la cara junto a su cuello. Qué extraña sensación, pensó Mitch, enternecido-. ¿Dónde es?

Hester lo condujo a la habitación de Radley, diciéndose a sí misma que era absurdo sentirse violenta. La cama estaba hecha a la manera de Rad, o sea, que la colcha de La guerra de las galaxias estaba estirada sobre las sábanas arrugadas. Mitch estuvo a punto de pisar un robot de juguete y un viejo perro de peluche. Junto a la cómoda había un flexo que se quedaba encendido toda la noche, pues, a pesar de sus bravatas, a Radley seguía dándole cierto miedo lo que podía haber en el armario.

Mitch lo acostó en la cama y ayudó a Hester a quitarle los zapatos.

-No hace falta que te molestes -Hester desató con destreza uno de los cordones.

-No es molestia. ¿Le pones pijama? -Mitch ya estaba quitándole los vaqueros a Radley. Sin decir nada, Hester se acercó a la cómoda y sacó el pijama favorito de Radley. Mitch estudió el estampado de colores chillones del Comandante Zark-. Qué bonito. Es un fastidio que no los hagan de mi talla.

Ella se rió suavemente, y de pronto se sintió más relajada. Le puso la parte de arriba del pijama a Radley mientras Mitch le ponía los pantalones.

-Este niño duerme como una marmota.

-Sí, desde siempre. Rara vez se despierta de noche, ni siquiera cuando era bebé -como de costumbre, recogió el perrito de trapo, lo puso junto a Radley y le dio un beso en la mejilla-. No le digas nada de Fido -susurró-. Se enfada si alguien se entera de que todavía duerme con él.

-Hay que ver -dejándose llevar por un impulso, le pasó una mano por el pelo-. Es muy especial, ¿verdad?

-Sí, lo es.

-Igual que tú -Mitch se dio la vuelta y le acarició el pelo-. No te cierres a mí, Hester -dijo al ver que ella apartaba la mirada-. El mejor modo de aceptar un cumplido es decir gracias. Inténtalo, anda.

Más turbada por su propia reacción que por las palabras de Mitch, ella se obligó a mirarlo.

-Gracias.

-Es un buen comienzo. Ahora, intentémoslo otra vez -la rodeó con los brazos-. Llevo casi una semana pensando en besarte otra vez.

-Mitch, yo...

-¿Se te ha olvidado el diálogo? -ella había subido las manos hasta sus hombros para apartarlo. Pero Mitch prefirió concentrarse en el mensaje que veía en sus ojos-. Eso era otro cumplido. No tengo la costumbre de pasarme el día pensando en una mujer que hace cuanto puede por evitarme.

-No es eso... exactamente.

-No importa. Ya me imagino que será por que, cuando me tienes cerca, no puedes controlarte.

Ella lo miró fijamente.

-Eres muy vanidoso.

-Gracias. En fin, intentémoslo de otro modo -mientras hablaba, subía y bajaba la mano por su espalda-. Bésame y, si esta vez no estallan los cohetes, sabré que me he equivocado.

-No -dijo ella, y, sin embargo, no logró reunir fuerzas para apartarse-. Radley está...

-Dormido como un tronco, ¿recuerdas? -besó muy suavemente la hinchazón bajo su ojo-. Y, aunque se despierte, no creo que tenga pesadillas por verme besando a su madre.

Ella fue a decir algo, pero los labios de Mitch sofocaron sus palabras. La besó con paciencia. Hasta con ternura. Sin embargo, los cohetes volvieron a estallar. Sintiendo que el suelo temblaba bajo sus pies, Hester se aferró a sus hombros.

Era increíble. Imposible. Pero el deseo estaba allí, abrasador e inmediato. Ninguno de los dos había sentido antes un ansia tan intensa. Una vez, siendo todavía muy joven, Hester había visto un destello de lo que podía ser la verdadera pasión. Pero aquel destello se apagó al instante y ella llegó a creer que, como muchas otras cosas, aquellas pasiones eran solo temporales. Sin embargo, aquello... aquello parecía eterno.

Mitch creía saber cuánto había que saber sobre las mujeres. Pero Hester le estaba demostrando lo contrario. Mientras se sentía deslizarse por aquel suave y cálido túnel de

deseo, se dijo que no debía precipitarse ni pedir demasiado. Dentro de Hester había un huracán reprimido y canalizado durante mucho, mucho tiempo. Al abrazarla por primera vez, se había dado cuenta de que él tenía que liberar aquella energía. Pero muy despacio. Cautelosamente. Aunque ella no lo supiera, era tan vulnerable como el niño que dormía junto a ellos.

Hester hundió los dedos entre su pelo y lo atrajo hacia sí un poco más. Por un instante, Mitch la apretó con fuerza contra su cuerpo y dejó que ambos saborearan lo que los aguardaba.

-Cohetes, Hester -trazó la forma de su oído con la lengua y ella se estremeció-. La ciudad está en llamas.

Sintiendo su boca ardiente, ella lo creyó.

-Tengo que pensar.

-Sí, puede que sí -pero la besó otra vez-. Puede que los dos tengamos que pensar -bajó las manos por su cuerpo ávidamente-. Pero tengo la sensación de que llegaremos a la misma conclusión -ella se apartó, estremecida. Y tropezó con el robot. El ruido no perturbó el sueño de Radley-. ¿Sabes que te tropiezas con algo cada vez que te beso? -tenía que irse en ese momento, o no se iría-. Vendré a recoger el vídeo otro día.

Ella asintió, exhalando un leve suspiro de alivio. Temía que le pidiera que se acostara con él, y no estaba segura de cuál habría sido su respuesta.

-Gracias por todo.

-Vaya, estás aprendiendo -le acarició la mejilla con un dedo-. Cuida ese ojo.

Hester permaneció junto a la cama de Radley hasta que oyó cerrarse la puerta. Luego, sentándose, puso una mano sobre el hombro de su hijo dormido.

-Oh, Rad, ¿dónde me he metido?

CAPÍTULO 5

A las siete y veinticinco, cuando sonó el teléfono, Mitch tenía la cabeza enterrada bajo la almohada. Habría preferido hacerse el sordo, pero Tas se dio la vuelta, pegó el hocico a su mejilla y empezó a gimotearle en la oreja. Mitch masculló una maldición y empujó al perro. Luego, descolgó a tientas el teléfono y lo metió bajo la almohada.

-¿Qué?

Al otro lado de la línea, Hester se mordió el labio.

-Mitch, soy Hester.

-¿Y?

-Creo que te he despertado.

-En efecto.

Estaba claro que Mitch Dempsey no era muy madrugador.

-Lo siento. Sé que es muy pronto.

-¿Y me llamas para decirme eso?

-No... Imagino que aún no habrás mirado por la ventana.

-Nena, ni siquiera he abierto los ojos todavía.

-Está nevando. Hay ya veinte centímetros de nieve, y no se espera que pare hasta mediodía. Dicen que van a caer entre treinta y cuarenta centímetros.

-¿Quién lo dice?

Hester se cambió de mano el teléfono. Todavía tenía el pelo mojado de la ducha, y solo le había dado tiempo a tomarse una taza de café.

-El Servicio Meteorológico Nacional.

-Bueno, pues gracias por el boletín informativo.

-¡Mitch, no cuelgues!

Él dejó escapar un largo suspiro y se apartó de la nariz húmeda de Tas.

-¿Hay más noticias?

-Los colegios están cerrados.

-¡Yupi!

A ella le dieron ganas de colgarle el teléfono. El problema era que lo necesitaba.

-Odio pedírtelo, pero no sé si puedo llevar a Radley hasta casa de la señora Cohen. Me tomaría el día libre, pero hoy tengo un montón de citas seguidas. Intentaré acabar cuanto antes, pero...

-Mándamelo.

Ella titubeó un instante.

-¿Estás seguro?

-¿Prefieres que te diga que no?

-No quiero interferir en tus planes.

-¿ Tienes café caliente?

-Sí, bueno, yo...

-Mándalo también.

Hester se quedó mirando el teléfono después de oír el dic, y procuró recordarse que debía mostrarse agradecida.

Radley estaba loco de contento. Sacó a pasear a Tas a primera hora, le tiró bolas de nieve que el perro, por principio, se negó a perseguir, y rodó sobre la gruesa capa de nieve hasta que estuvo perfectamente cubierto de blanco.

Como entre las provisiones de Mitch no había chocolate caliente, Radley saqueó la despensa de su madre y se pasó el resto de la mañana entretenido con los cómic s de Mitch y sus propios dibujos.

En cuanto a Mitch, su compañía era más un estímulo que un estorbo. El chico estaba tumbado en el suelo de su despacho y, si no estaba leyendo o dibujando, parloteaba sin cesar sobre cualquier cosa que picara su imaginación. Dado que hablaba indistintamente con Mitch y con Tas, y no parecía esperar respuesta, lograba contentar a todo el mundo.

A mediodía, la nevada había amainado hasta quedar reducida a ocasionales rachas de viento, esfumándose así las esperanzas de Radley de tener otro día de vacaciones. Mitch se apartó de su mesa de dibujo.

-¿Te gustan los tacos?

-Sí -Radley se apartó de la ventana-. ¿Sabes hacerlos?

-No, pero sé comprarlos. Ponte el abrigo, cabo, tenemos que salir -Radley estaba poniéndose trabajosamente las botas cuando Mitch apareció con tres tubos de cartón-. Tengo que pasarme por la oficina para dejar esto.

Radley se quedó boquiabierto.

-¿Te refieres al sitio donde hacen los cómics?

-Sí -Mitch se puso la chaqueta-. Aunque supongo que podría llevarlos mañana, si no te apetece acompañarme.

-No, sí que me apetece -el chico se levantó y le tiró de la manga-. ¿Podemos ir hoy? No tocaré nada, te lo prometo. Y, además, me quedaré callado.

-¿Y cómo vas a hacer preguntas si te quedas callado? -le subió el cuello del abrigo-. Antes, trae a Tas, ¿quieres?

Siempre resultaba arduo, y a menudo caro, encontrar a un taxista dispuesto a llevar como pasajero a un perro de cincuenta kilos. Sin embargo, una vez dentro del taxi, Tas se limitaba a quedarse quieto junto a la ventana, mirando las calles de Nueva York.

-Menuda nevada, ¿eh? -el taxista, contento con la propina que Mitch le había dado de antemano, les sonrió por el espejo retrovisor-. A mí no me gusta la nieve, pero a mis críos sí -lanzó un silbido sin melodía para acompañar la música de orquesta que sonaba por la radio-. Seguro que su chico no se ha quejado por no ir a la escuela. No, señor -continuó, sin esperar respuesta-. No hay nada que les guste más a los críos que un día sin cole, ¿ eh? Hasta ir a la oficina con papá es mejor que ir a la escuela, ¿a que sí, chaval? -el taxista dejó escapar una risita mientras se acercaba a la acera. La nieve ya se había vuelto gris-. Ya estamos aquí. Vaya perro bonito que tienes, chaval -le dio el cambio a Mitch y continuó silbando mientras salían. Ya tenía otro cliente cuando se alejó.

-Se ha creído que eras mi padre -murmuró Radley cuando echaron a andar por la acera.

-Sí -fue a ponerle una mano, sobre el hombro, pero prefirió aguardar un momento-. ¿Te molesta?

El niño alzó la mirada y, por primera vez, sus ojos le parecieron tímidos.

-No. ¿Y a ti?

Mitch se agachó para ponerse al nivel de sus ojos.

-Bueno, tal vez no me molestaría si no fueras tan feo.

Radley sonrió. Mientras caminaban, le dio la mano a Mitch. Ya había empezado a fantasear pensado que Mitch era su padre. Le había pasado una vez antes, con su profesor de segundo, pero el señor Stratham no molaba tanto como Mitch.

-¿Es aquí? -se detuvo al ver que Mitch se acercaba a un edificio de arenisca rojiza, alto y un tanto desvencijado.

-Sí, aquí es.

Radley procuró no desilusionarse. Aquel sitio parecía tan... corriente. Creía que al menos tendría la bandera de Perth o de Ragamond ondeando al viento. Comprendiéndolo perfectamente, Mitch lo condujo al interior del edificio.

El guardia del vestíbulo lo saludó con la mano y siguió comiéndose su sándwich de pastrami. Mitch le devolvió el saludo y, llevando a Radley hacia el ascensor, abrió la verja de hierro.

-¡Hala, cómo mala! -exclamó Radley. -Mala más cuando funciona -Mitch apretó el botón del quinto piso, donde se encontraba el departamento editorial-. Esperemos que haya suerte.

-¿Se ha estrellado alguna vez? -preguntó Radley con cierta aprensión.

-No, pero a menudo se pone en huelga -la cabina del ascensor ascendió traqueteando hasta el quinto piso. Mitch volvió a abrir la verja y puso la mano sobre la cabeza de Radley-. Bienvenido al manicomio.

Y eso era precisamente: un manicomio. A Radley se le pasó enseguida la desilusión que le había producido el edificio al ver el quinto piso. Había una zona de recepción, o algo parecido. En cualquier caso, había una mesa y una fila de teléfonos manejados por una mujer negra de aspecto estresado que llevaba una sudadera de la Princesa Leilah. Las paredes que la rodeaban estaban repletas de pósters de los grandes personajes de la Universal: el Escorpión Humano, la Cimitarra de Terciopelo, la perversa Polilla Negra y, por supuesto, el Comandante Zark.

-¿Qué tal va eso, Lou?

-No preguntes -ella apretó el botón de un teléfono-. ¿Tú qué dices? ¿Acaso es culpa mía que los del bar no le hayan traído su integral de ternera?

-Si lo pongo de buen humor, ¿me buscarás unas muestras?

-Universal Cómics, espere, por favor -la recepcionista pulsó otro botón-. Si lo pones de buen humor, te doy a mi hijo mayor.

-Con las muestras bastará, Lou. Ponte el casco, cabo. Esto puede ponerse difícil -condujo a Radley por un corto pasillo que daba a una sala de gran tamaño, bulliciosa y llena de luz. La formaban una serie de cubículos con un alto nivel de ruido y mucho desorden. Pegados a las paredes de corcho había bocetos y dibujos, mensajes obscenos y, de cuando en cuando, una fotografía. En un rincón había una pirámide hecha de latas de refresco vacias. Alguien le estaba tirando bolitas de papel.

-Escorpión nunca ha sido un tipo sociable. ¿Por qué demonios iba a asociarse con Ley y Justicia Mundial?

Una mujer a la que le salían lapiceros colocados en ángulos peligrosos del desgreñado pelo rojo, se removió en su silla giratoria. Llevaba los ojos enormes pintados con raya y rimel.

-Mira, seamos realistas. Él solo no puede salvar el abastecimiento de agua del mundo entero. Necesita a alguien como Atlantis.

Frente a ella había sentado un hombre comiéndose un pepinillo enorme.

-Pero se odian mutuamente desde que tuvieron aquel encontronazo por el asunto del Triángulo.

-Pues por eso, tonto. Tienen que dejar a un lado sus sentimientos personales por el bien de la humanidad. Es una cuestión moral -al mirar hacia atrás, vio a Mitch-. Eh,

Mitch, el Doctor Muerte ha envenenado los suministros mundiales de agua. Escorpión ha dado con el antídoto. ¿Cómo crees que puede distribuirlo?

-Me parece que tendrá que hacer las paces con Atlantis -contestó Mitch-. ¿Tú qué crees, Radley?

Por un instante, pareció que a Rad se le había comido la lengua el gato. Pero, después, tras respirar hondo, dijo atropelladamente:

-Creo que formarán un gran equipo, porque siempre estarán peleándose e intentando superarse uno al otro.

-Estoy contigo, chico -la pelirroja le tendió la mano-. Soy M. J. Jones.

-¡Vaya! ¿En serio? -Radley no sabía si le impresionaba más conocer a M. J. Jones en persona, o el hecho de que fuera una mujer. Mitch no se molestó en decirle que era una de las pocas mujeres que formaban parte de aquel mundillo.

-Y ese ogro de ahí es Rob Myers. ¿Lo traes de escudo humano, Mitch? -preguntó ella sin darle tiempo a Rob de tragarse el pepinillo. Llevaban casados seis años, y, obviamente, a ella le gustaba meterse con él.

-¿Voy a necesitarlo?

-Si no traes algo fantástico en esos tubos, te aconsejo que te vayas por donde has venido -apartó un montón de bocetos preliminares-. Maloney acaba de largarse. Se ha ido a la Five Stars.

-¿Bromeas?

-Skinner lleva toda la mañana maldiciendo a los traidores. Y la nieve no mejora precisamente su humor. Así que, si fuera tú... Ups, demasiado tarde -M. J., quien respetaba a las ratas que abandonan el barco gobernado por un déspota, se dio la vuelta y se enfrascó en una peliaguda discusión con su marido.

-Dempsey, deberías haber llegado hace dos horas.

Mitch le lanzó a su editor una sonrisa complaciente.

-No me sonó el despertador. Este es Radley Wallace, un amigo mío. Rad, este es Rich Skinner.

Radley se quedó atónito. Skinner era igualito que Hank Wheeler, el corpulento y despótico jefe de Joe David, alias La Mosca. Más tarde, Mitch le diría que el parecido no era casual. Radley se cambió de mano la correa de Tas.

-Hola, señor Skinner. Me encantan sus cómics. Son mucho mejores que los de Five Stars. Yo casi nunca me compro los de Five Stars, porque las historias no son tan buenas.

-Muy bien -Skinner se pasó una mano por el cabello ralo-. Muy bien -repitió con mayor convicción-. No malgastes tu paga en Five Stars, chaval.

-No, señor.

-Mitch, ya sabes que no puedes traer a ese chucho aquí.

-Y tú sabes que Tas te adora -el perro alzó la cabeza y gimió.

Skinner empezó a maldecir, y de pronto pareció recordar la presencia del niño.

-¿Hay algo en esos tubos, o solo has venido a alegrarme el día?

-¿Por qué no echas un vistazo tú mismo?

Refunfuñando, Skinner tomó los tubos y se alejó. Mitch echó a andar tras él, pero Radley lo agarró de la mano.

-¿Está enfadado de verdad?

-Claro. Le encanta enfadarse.

-¿Va a gritarte como le grita Hank Wheeler a La Mosca?

-Puede ser.

Radley tragó saliva y le apretó la mano con más fuerza.

-Bueno.

Divertido, Mitch condujo a Radley al despacho de Skinner, donde las persianas venecianas estaban echadas para no tener que ver la nevada. Skinner desenrolló el contenido del primer tubo y lo extendió sobre su mesa repleta de cosas. No se sentó, sino que se inclinósobre los dibujos mientras Tas se desplomaba sobre el linóleo y se quedaba dormido.

-No está mal -anunció Skinner tras estudiar una serie de viñetas-. No está mal. Este nuevo personaje femenino, Mirium, ¿vas a desarrollarlo?

-Eso quiero. Creo que ya es hora de que el corazón de Zark cambie de dirección. Además, añade más conflicto sentimental al asunto. Ama a su mujer, pero al mismo tiempo ella es su peor enemiga. Y ahora se topa con esta telépata y se encuentra dividido de nuevo porque también se siente atraído por ella.

-Zark nunca sale bien parado en asuntos de faldas.

-Yo creo que es el mejor -dijo Radley espontáneamente.

Skinner alzó sus pobladas cejas y miró atentamente a Radley.

-¿No te parece que se pasa con todo ese rollo del honor y el deber?

-No, qué va -Radley no sabía si alegrarse o no porque Skinner no pareciera tener intención de gritar-. Uno siempre sabe que Zark hará lo correcto. No tiene superpoderes ni esas cosas, pero es muy listo.

Skinner asintió.

-Le daremos una oportunidad a tu Mirium, Mitch, a ver cómo responde el público -dejó que los papeles se enrollaran de nuevo-. Es la primera vez que vienes con tanto tiempo de antelación.

-Eso es porque ahora tengo un ayudante -Mitch puso la mano sobre el hombro de Radley.

-Buen trabajo, chaval. ¿Por qué no le enseñas esto a tu ayudante?

Radley tardaría semanas en dejar de hablar de la hora que pasó en Universal Cómics.

Cuando se marcharon, llevaba una bolsa llena de lápices con el logotipo de la Universal, una taza de Matilda la Loca que habían desenterrado de un armario del almacén, media docena de bocetos desechados y un montón de cómic s recién salidos de las prensas.

-Este ha sido el mejor día de toda mi vida -dijo Radley, brincando por la acera embadurnada de nieve-. Ya verás cuando se lo diga a mamá. Seguro que no se lo cree:

Cosa rara; en ese mismo instante, Mitch también estaba pensando en Hester. Aceleró el paso para alcanzar a Radley, que iba patinando por la acera.

-¿Por qué no nos pasamos a hacerle una visita?

-¡Vale! -le dio la mano otra vez-. Pero el banco no mola tanto como tu oficina. No dejan que nadie ponga la radio, ni se gritan unos a otros, pero tienen una caja fuerte donde guardan montones de dinero, millones de dólares, y hay cámaras por todas partes por si alguien intenta robarles. Mamá nunca ha estado en un banco donde hayan robado.

Notando su tono de disculpa, Mitch se echó a reír.

-¡Menos mal! -se pasó la mano por la tripa. Hacía al menos dos horas que no se echaba nada al estómago-. Pero, primero, vamos por esos tacos.

Entre las sobrias e inexpugnables paredes del National Trust, Hester estaba enfrentándose a un montón de papeleo. Le agradaba, sin embargo, la ordenada monotonía de aquella parte de su trabajo. Le gustaba, por otra parte, el desafío cotidiano que suponía sistematizar cifras y datos y traducirlos en propiedades inmobiliarias, automóviles, equipos industriales, decorados de teatros o fondos para universitarios.

Nada le procuraba mayor placer que estampar el sello de aprobación sobre los papeles de un préstamo.

Había tenido que aprender a no ser excesivamente compasiva. A veces, las cifras y los datos exigían un no, por muy serio y formal que fuera el solicitante. Parte de su trabajo consistía en dictar educadas e impersonales cartas de denegación. No le gustaba, pero asumía la responsabilidad, al igual que asumía la llamada airada que de tarde en tarde le hacía el destinatario de alguna de aquellas cartas.

De momento, estaba aprovechando su media hora de almuerzo, mientras se tomaba el café y la magdalena que le servían de comida, para ordenar tres informes de préstamo que quería que la junta aprobara cuando se reuniera al día siguiente. Tenía otra cita media hora después. Y, si nadie la interrumpía, seguramente después podría irse. De modo que no le hizo ninguna gracia que su secretaria la llamara por el intercomunicador.

-Sí, Kay.

-Aquí hay un joven que quiere veda, señora Wallace.

-Faltan quince minutos para su cita. Dígale que espere.

-No, no es el señor Greenburg. No creo que haya venido por un préstamo. ¿Has venido por un préstamo, cielo?

Hester oyó una risa familiar y corrió a la puerta.

-¿Rad? ¿Pasa algo? ¡Oh!

No estaba solo. Hester se dio cuenta de que era absurdo suponer que Radley iría hasta allí por sus propios medios. Mitch y el enorme perro de mirada dulce estaban con él.

-Acabamos de comemos unos tacos. Hester vio una ligera mancha de tomate en la barbilla de Radley.

-Ya lo veo -se agachó para abrazarlo y luego miró a Mitch-. ¿Va todo bien?

-Claro. Solo hemos salido a ocupamos de un asuntillo y se nos ha ocurrido pasamos por aquí -dijo él, mirándola atentamente. Se había cubierto casi por entero el cardenal con maquillaje. Apenas asomaba un leve toque de amarillo y malva-. Tienes mejor el ojo.

-Parece que ya ha pasado lo peor.

-¿Ese es tu despacho? -sin aguardar invitación, Mitch se acercó a la puerta y asomó la cabeza dentro-. Cielo santo, qué deprimente. A lo mejor puedes convencer a Radley para que te dé uno de sus pósters.

-Te doy uno -dijo Radley de inmediato-. Mitch me ha llevado a la Universal y me han dado un montón. ¡Jo, mamá, si lo hubieras visto...! He conocido a M. J. Jones y a Rich Skinner y he visto una habitación donde guardan trillones de cómics. Mira lo que tengo -le enseñó la bolsa-. Y gratis. Me dijeron que podía quedármelo todo.

Al principio, ella se sintió incómoda. Parecía que su deuda con Mitch se acrecentaba de día en día. Pero entonces se fijó en la cara resplandeciente de Radley.

-Parece que esta mañana te lo has pasado en grande.

-Mejor que en toda mi vida.

-Alerta roja -murmuró Kay-. Rasen a las tres en punto.

Mitch se dio cuenta enseguida que con Rasen había que andarse con ojo. Notó que Hester se ponía rígida al instante y que 'se llevaba una mano al pelo para cerciorarse de que estaba en su sitio.

-Buenas tardes, señora Wallace -miró muy serio al perro, el cual empezó a olisquearle los zapatos-. Quizás haya olvidado que no se admiten animales en el banco.

-No, señor. Mi hijo solo estaba...

-¿Su hijo? -Rasen asintió, mirando a Radley-. ¿Qué tal está, jovencito? Señora Wallace, estoy seguro de que recordará que, conforme a las normas del banco, no se permiten visitas personales durante las horas de trabajo.

-Señora Wallace, le dejo estos papeles encima de la mesa para que los firme... cuando acabe su hora de comer -Kay tomó ceremoniosamente un mazo de papeles y guiñó un ojo a Radley.

-Gracias, Kay.

Rosen carraspeó. No podía objetar nada contra la hora del almuerzo, pero tenía el deber de enmendar otras infracciones del reglamento.

-Respecto a este animal...

Tas, al cual no parecía gustarle el tono de Rosen, acercó el hocico a la rodilla de Radley y gimió.

-Es mío -Mitch dio un paso adelante, sonriendo, y le tendió la mano. Hester pensó que, con aquella sonrisa, era capaz de venderle a cualquiera las ciénagas de Florida-. Mitchell Dempsey II. Hester y yo somos buenos amigos. Me ha hablado mucho del banco y de usted -estrechó con firmeza la mano de Rosen-. Mi familia posee numerosos negocios en Nueva York. Hester me ha convencido para que utilice mi influencia a fin de que transfieran sus cuentas al National Trust. Seguramente le sonarán las empresas de la familia: Trioptic, Laboratorios D & H, Papeleras Dempsey...

-Sí, por supuesto, por supuesto -la floja mano de Rosen pareció cobrar nuevas fuerzas-. Es un placer conocerlo, un verdadero placer.

-Hester me convenció para que viniera y viera con mis propios ojos lo bien que funciona el National Trust -ya lo tenía en el bote, pensó Mitch. El signo del dólar pasaba a velocidad vertiginosa por su cerebro grasiento-. Estoy impresionado. Pero, naturalmente, no me extraña después de hablar con Hester -le dio un pequeño apretón a los hombros rígidos de esta-. Hester es un auténtico genio de las finanzas. Le aseguro que mi padre estaría dispuesto a contratarla como asesora financiera en cualquier momento. Tiene suerte de contar con ella.

-La señora Wallace es una de nuestras empleadas más valoradas.

-Me alegra saberlo. Tendré que hablar con mi padre de las ventajas que ofrece el National Trust.

-Estaré encantado de enseñarle nuestras instalaciones personalmente. Estoy seguro de que querrá ver los despachos de dirección.

-Nada me complacería más, pero voy un poco mal de tiempo. ¿Por qué no me prepara un dossier que pueda presentar en la próxima junta directiva?

-Será un placer -la cara de Rosen resplandecía de emoción. Conseguir una cuenta tan importante y diversificada como la de los Dempsey sería todo un golpe de efecto ante el director del banco.

-Hágamela llegar a través de Hester. No te importa hacer de intermediaria, ¿verdad, querida? -dijo Mitch alegremente.

-No -logró decir ella.

-Excelente -dijo Rasen, entusiasmado-. Estoy convencido de que podremos satisfacer todas las necesidades financieras de su familia. Somos un banco para crecer, al fin y al cabo -le dio una palmadita en la cabeza a Tas-. Bonito perro -dijo, y se alejó con renovado brío en el paso.

-Menudo cretino relamido -dijo Mitch-. ¿Cómo lo aguantas?

-¿Te importaría entrar un momento en mi despacho? -la voz de Hester parecía tan tensa como sus hombros. Reconociendo aquel tono, Radley miró a Mitch haciendo girar los ojos-. Kay, si llega el señor Greenburg, dígale que espere, por favor.

-Sí, señora.

Hester los condujo a su despacho, cerró la puerta y se apoyó contra ella. En parte, tenía ganas de echarse a reír, de abrazar a Mitch y carcajearse por su forma de despachar a Rasen. Pero otra parte de ella, la parte que necesitaba el trabajo, el sueldo fijo y las pagas extras, estaba que rabiaba.

-¿Cómo has podido hacer eso?

-¿Hacer qué? -Mitch echó un vistazo a su alrededor-. Hay que quitar la moqueta marrón y esa pintura. ¿Qué te parece, Radley?

-Un asco -dijo el niño, sentándose en una silla y dejando que Tas apoyara la cabeza en su regazo.

-Sí, eso es. El sitio de trabajo influye mucho en el rendimiento laboral, ¿lo sabías? Prueba a decírselo a Rosen.

-Rosen no querrá saber nada de mí en cuanto se entere de lo que has hecho. Me despedirá al instante.

-No seas tonta. Yo no lo he prometido en ningún momento que mi familia vaya a transferir sus cuentas al National Trust. Además, si les hace una oferta lo bastante interesante, puede que hasta tenga suerte -se encogió de hombros, indicando que a él le daba lo mismo-. Si eso te hace más feliz, puedo cambiar mi cuenta personal a este banco. Por lo que a mí respecta, todos los bancos son iguales.

-Maldita sea -exclamó ella, a pesar de que no tenía costumbre- de jurar en voz alta. Radley pareció concentrarse de repente en el cuello de Tas-. Rosen ya está soñando con toda una dinastía empresarial, gracias a ti. Se pondrá furioso cuando sepa que te lo has Inventado todo.

Mitch dio una palmadita sobre un pulcro montón de papeles.

-Eres demasiado formal, ¿lo sabías? Y, además, yo no me he inventado nada. Y podría haberlo hecho -dijo, pensativo-. La verdad es que se me da muy bien, pero no me ha parecido necesario.

-¿Quieres parar de una vez? -exasperada, ella se acercó y, de un manotazo, le apartó la mano de los papeles-. Todo ese rollo sobre Trioptic y Laboratorios D & H - dejó escapar un largo suspiro y se sentó al borde de la mesa-. Sé que intentabas ayudarme y te lo agradezco, pero...

-¿De veras? -sonriendo, él tocó con un dedo la solapa de su chaqueta de traje..

-Supongo que tu intención era buena -murmuró Hester.

-Bueno, depende de la ocasión -se acercó un poco más a ella-. Hueles demasiado bien para este despacho.

-Mitch -le puso una mano sobre el pecho y miró con nerviosismo a Radley. El niño tenía un brazo alrededor de Tas y estaba enfrascado en uno de sus cómics.

-¿De veras crees que Radley sufriría un trauma si me viera besarte?

-No -ella intentó apartarse un poco-. Pero eso no es lo que importa.

-¿Y qué es lo que importa? -él empezó a juguetear con el triángulo de oro que llevaba en el oído.

-Lo importante es que ahora tendré que ir a ver a Rasen para explicarle que solo estabas... -¿cuál era la palabra que buscaba?-...fantaseando.

-Sí, es verdad que fantaseo mucho -admitió mientras le acariciaba la mandíbula-. Pero no creo que eso sea asunto de Rasen. ¿ Quieres que te cuente esa fantasía en la que estamos los dos en una balsa en mitad del océano Índico?

-No -ella se echó a reír y, llena de curiosidad, alzó los ojos para mirarlo y los apartó rápidamente-. ¿Por qué no os vais Rad y tú a casa? Yo aún tengo una cita. Luego, iré a explicarle lo que ha pasado al señor Rósen.

-¿Ya no estás enfadada?

Ella negó con la cabeza y, dejándose llevar por un impulso, le acarició la mejilla.

-Solo intentabas ayudarme. Eres un cielo. Mitch pensó que habría demostrado la misma actitud con Radley si este hubiera intentado fregar los cacharros y hubiera roto sus platos de porcelana decorados con violetas. Diciéndose que aquello era una especie de prueba, la besó con firmeza. Al instante sintió su sorpresa, su tensión, su deseo. Cuando se apartó, percibió en sus ojos algo más que indulgencia. La pasión brilló en ellos solo un instante, pero con intensidad.

-Vamos, Rad, tu madre tiene que volver al trabajo. Si no estamos en el apartamento cuando llegues a casa, es que estamos en el parque.

-De acuerdo -inconscientemente, ella se humedeció los labios para conservar aquel sabor-. Gracias.

-De nada.

-Adiós, Rad, dentro de un rato estaré en casa.

-Vale -contestó su hijo, abrazándola-. ¿Ya no estás enfadada con Mitch?

-No -contestó ella, susurrando, al igual que Radley-. Ya no estoy enfadada con nadie.

Cuando se irguió, estaba sonriendo, pero Mitch advirtió su expresión preocupada. Se detuvo con la mano en el picaporte.

-¿De veras vas a decide a Rasen que me lo he inventado todo?

-Tengo que hacerlo -sonrió, sintiéndose culpable-. Pero no te preocupes, estoy segura de que sabré arreglado.

-¿Y si te dijera que no me lo he inventado, que mi familia fundó Trioptic hace cuarenta y siete años?

Hester alzó una ceja.

-Pues te diría que no olvides los guantes. Ahí fuera hace frío.

-Está bien, pero hazte un favor antes de desnudar tu alma ante Rosen: mira el *Quién es quién*.

Con las manos en los bolsillos, Hester se acercó a la puerta de su despacho. Desde allí vio que Radley le daba la mano a Mitch antes de salir.

-Su hijo es adorable -dijo Kay, dándole un archivador. Aquel pequeño roce con Rosen había cambiado por completo su opinión acerca de la reservada señora Wallace.

-Gracias -Hester sonrió-. .Y gracias también por intentar echarme un cable antes.

-No tiene importancia. No veo qué hay de malo en que su hijo se pase por aquí un momento.

-Normas de la casa -murmuró Hester, y Kay dejó escapar un resoplido.

-Normas de Rosen, querrá decir. Debajo de esa fachada gris, hay un interior igual de gris. Pero no se preocupe por él. Da la casualidad de que sé que considera su rendimiento muy superior al de su predecesor. Y, por lo que a él respecta, eso es lo que importa -Kay vaciló un instante al ver que Hester asentía y abría el archivador-. Es duro criar a un hijo sola. Mi hermana tiene una cría pequeña, de cinco años. Sé que muchas noches está tan cansada que no se tiene en pie.

-Sí, sé lo que es eso.

-Mis padres quieren que vuelva a casa para que mi madre cuide de Sarah mientras Annie trabaja, pero Annie no está segura de que sea lo mejor.

-A veces una no sabe si debe aceptar la ayuda de los demás -murmuró Hester, pensando en Mitch-. Y a veces no nos damos cuenta de la suerte que es tener a alguien dispuesto a echamos una mano -procuró concentrarse y se puso el archivador bajo el brazo-. ¿ Ya ha llegado el señor Greenburg?

-Acaba de llegar.

-Bien, hágalo pasar, ¿quiere, Kay? -se volvió hacia la oficina, pero de pronto se detuvo-. Ah, y Kay, consígame un ejemplar del *Quién es quién*.

CAPÍTULO 6

Mitch estaba forrado.

Hester aún estaba aturdida cuando llegó a casa. Su vecino de abajo, aquel de los pies desnudos y los vaqueros rotos, era el heredero de una de las mayores fortunas del país.

Hester se quitó el abrigo y, a pesar de que no solía hacerlo, fue a guardarlo al armario. El hombre que se pasaba la vida relatando las nuevas aventuras del Comandante Zark procedía de una familia dueña de caballos de polo y casas de verano. Y, sin embargo, vivía en el cuarto piso de un edificio de apartamentos normal y corriente, en Manhattan.

Además, se sentía atraído por ella. Hester tendría que haber estado ciega y sorda para no darse cuenta de ello, pero, a pesar de que hacía semanas que lo conocía, él no había mencionado ni una sola vez su familia ni su posición a fin de impresionarla.

¿Quién era?, se preguntaba Hester. Creía haber empezado a conocerlo y, sin embargo, de pronto volvía a ser un perfecto desconocido.

Tenía que llamarlo, decirle que ya estaba en casa y que hiciera subir a Radley. Hester miró el teléfono experimentando una aguda sensación de embarazo. Le había echado un rapapolvo por contarle una trola al señor Rosen. Y después lo había perdonado haciendo gala de compasión y, probablemente, también de condescendencia. Todo lo cual empeoraba lo que más odiaba en el mundo: hacer el ridículo.

Maldiciendo, Hester levantó el teléfono. Se habría sentido mucho mejor si hubiera podido atizar a Mitchell Dempsey II con él en la cabeza. Había marcado la mitad de los números cuando oyó la risa de Radley y un ruido de pasos precipitados en el pasillo de fuera. Abrió la puerta y vio a su hijo sacándose la llave del bolsillo.

Los dos iban cubiertos de nieve. La que empezaba a derretirse goteaba del gorro de esquí y de las punteras de las botas de Radley. Parecían haber estado revolcándose por el suelo.

-Hola, mamá. Hemos estado en el parque. Nos hemos pasado por casa de Mitch para recoger la bolsa y luego subimos directamente aquí pensando que ya estarías en casa. Ven, sal con nosotros.

-Creo que no voy vestida para guerras de nieve.

Ella sonrió y sacudió el gorro cubierto de nieve de su hijo, pero no se atrevió a alzar la mirada, y Mitch lo notó.

-Bueno, pues cámbiate -él se apoyó en la jamba, ignorando la nieve que caía de sus pies.

-He construido un castillo. Anda, ven a vedo. Ya había empezado a hacer un soldado de nieve, pero Mitch dijo que teníamos que subir para que no te preocuparas.

Ella alzó la mirada.

-Te lo agradezco.

Él la miraba pensativamente. Demasiado pensativamente, concluyó Hester.

-Rad dice que haces unos muñecos de nieve fantásticos.

-Venga, mamá... ¿Y si viene una ola de calor de esas raras y mañana ya no hay nieve? Podría ser, por el efecto invernadero, ¿sabes? Lo he leído.

Estaba atrapada y lo sabía.

-Está bien, voy a cambiarme. ¿Por qué no le preparas a Mitch un chocolate para entrar en calor?

-¡Vale! -Radley se sentó en el suelo, al lado de la puerta-. Tienes que quitarte las botas -le dijo a Mitch-. Se enfada si le dejas huellas en la alfombra.

Mitch se desabrochó la chaqueta mientras Hester se alejaba.

-Pues nosotros no queremos que se enfade.

Quince minutos después, Hester se había puesto unos pantalones de pana, un grueso jersey y unas botas viejas. En lugar del abrigo rojo, llevaba una parca azul un tanto desgastada. Mientras caminaban por el parque, Mitch llevaba una mano sujetando la correa de Tas y la otra en el bolsillo. Ignoraba por qué le gustaba tanto veda así vestida, informalmente, con Radley de la mano. No sabía a ciencia cierta por qué deseaba pasar un rato con ella, pero era él quien le había sugerido a Radley que subieran juntos a convencer a Hestet de que los acompañara.

El invierno le gustaba. Respiró profundamente una bocanada de aire frío mientras caminaban sobre la nieve suave y profunda de Central Park. La nieve y el aire punzante lo embelesaban, sobre todo cuando los árboles aparecían cubiertos de un dosel blanco y podían fabricarse castillos de nieve.

De niño, pasaba a menudo el invierno en el Caribe, lejos de lo que su madre «llamaba «la suciedad y las molestias de la gran ciudad». Él se había aficionado al buceo y la arena blanca, pero siempre le había parecido que, en Navidad, lo suyo era estar entre abetos y no entre palmeras. Los inviernos que más le gustaban eran los que pasaban en la casa de campo de su tío en New Hampshire, donde había bosques para pasear y colinas por las que deslizarse en trineo. Cosa extraña, llevaba unas semanas pensando en volver allí cuando los Wallace aparecieron dos pisos más abajo. Hasta ese instante, mientras paseaban por Central Park, no se había dado cuenta de que había arrumbada aquel plan a un rincón de su mente en cuanto conoció a Hester y a su hijo.

Ella parecía azorada, molesta e incómoda. Mitch giró la cabeza y observó su perfil. Tenía las mejillas coloradas por el frío y procuraba que Radley caminara entre ellos dos. Mitch se preguntaba si se daría cuenta de lo obvias que eran sus tácticas. Hester no usaba a su hijo como esos padres que utilizan a su prole para satisfacer sus propias ambiciones. Mitch la admiraba por ello más de lo que era capaz de explicar. Pero, al poner a Radley en el centro, había relegado a Mitch al nivel de amigo de su hijo.

Y así era, pensó Mitch con una sonrisa. Sin embargo, no pensaba conformarse con eso.

-Ahí está el castillo, ¿lo ves? -Radley tiró de la mano de Hester y luego salió corriendo.

-Impresionante, ¿eh? -dijo Mitch y, antes de que pudiera impedírselo, le pasó un brazo por los hombros-. Tiene mucho talento.

Hester procuró ignorar la cálida presión de su brazo y observó la obra de su hijo. Las paredes del castillo eran aproximadamente de sesenta centímetros de alto, lisas como piedra pulida, con un extremo en pendiente, de casi medio metro de altura, con forma de torre cilíndrica. Habían construido un arco de entrada lo bastante alto para que Radley cupiera bajo él a gatas. Al llegar junto al castillo, Hester vio que su hijo pasaba a cuatro patas por debajo y se ponía de pie dentro del castillo, con los brazos en alto.

-Es fantástico, Rad. Supongo que tú también habrás puesto tu granito de arena -le dijo en voz baja a Mitch.

-Bueno, sí, aquí y allá -él sonrió, como si se estuviera riendo de sí mismo-. Rad es mejor arquitecto de lo que yo seré nunca.

-Vaya acabar el soldado de nieve -Rad pasó de nuevo por el arco arrastrándose boca abajo-. Haz tú uno, mamá, al otro lado del castillo. Serán los centinelas -comenzó a amontonar y alisar nieve sobre una figura medio formada-. Tú ayúdala, Mitch, que este ya está casi hecho.

-De acuerdo -Mitch recogió un puñado de nieve-. ¿Te molesta trabajar en equipo?

-No, claro que no -sin mirado a los ojos, Hester se arrodilló en la nieve.

Mitch dejó caer el puñado de nieve sobre su cabeza.

-Suponía que era la forma más rápida de conseguir que me miraras -ella lo miró con enojo y empezó a hacer un montoncillo de nieve-. ¿Algún problema, señora Wallace?

Ella siguió amontonando nieve y guardó silencio unos segundos.

-He mirado el *Quién es quién*.

-¿Ah, sí? -Mitch se arrodilló a su lado.

-Estabas diciendo la verdad.

-Lo hago de vez en cuando -él empujó un poco más de nieve hacia el montón-. ¿Y?

Hester frunció el ceño y comenzó a darle forma al montón.

-Me siento como una idiota.

-Te dije la verdad y tú te sientes como una idiota -Mitch alisó minuciosamente la base del muñeco-. ¿Te importaría explicarme por qué?

-Dejaste que te echara la bronca.

-Es bastante difícil pararte cuando empiezas.

Hester empezó a achicar nieve con las dos manos para hacer las piernas del muñeco.

-Me dejaste creer que eras un buen samaritano excéntrico y pobre. Hasta iba a ofrecerme a remendarte los vaqueros.

-¿De verdad? -conmovido, Mitch la agarró de la barbilla con el guante cubierto de nieve-. Eres un encanto.

Ella no estaba dispuesta a permitir que el atractivo de Mitch disipara su enojo.

-Lo cierto es que eres un buen samaritano excéntrico, pero rico -le apartó la mano y empezó a amontonar nieve para el torso.

-¿Significa eso que no vas a remendarme los pantalones?

Una blanca vaharada acompañó el suspiro exasperado de Hester.

-No quiero hablar más de esto.

-Eso ni lo sueñes -Mitch reunió más nieve y consiguió enterrarla hasta los codos-. El dinero no debería molestarte, Hester. Trabajas en la banca.

-El dinero no me molesta -ella liberó los brazos y le aplastó dos puñados de nieve en la cara. Para que no la viera reírse, se volvió de espaldas-. Preferiría que me hubieras aclarado la situación desde el principio, nada más.

Mitch se quitó la nieve de la cara y, tomando otro puñado, sacó la lengua por un lado de la boca. Tenía mucha experiencia en cuestión de bolas de nieve decisivas.

-¿Y cuál es la situación según usted, señora Wallace?

-Te agradecería que dejaras de llamarse así en ese tono -ella se volvió justo a tiempo para recibir la bola de nieve entre los ojos.

-Lo siento -Mitch sonrió y empezó a sacudirle la chaqueta-. Se me ha escapado. En cuanto a la situación...

-Entre nosotros no hay situación que valga -casi sin darse cuenta, Hester lo empujó con tanta fuerza que Mitch cayó de espaldas en la nieve-. Perdona -dijo, riendo-. Se me ha escapado. No sé por qué, cuando estoy contigo, siempre me dan ganas de hacer estas cosas -él se sentó y siguió mirándola fijamente-. Lo siento -repitió-. Creo

que lo mejor será olvidamos del tema. Ahora, si te ayudo a levantarte, ¿prometes no vengarte?

-Claro -Mitch le tendió la mano enguantada. En cuando Hester se la dio, tiró de ella. Hester se cayó de bruces-. Por cierto, yo no siempre digo la verdad -antes de que ella pudiera contestar, la envolvió en sus brazos y empezó a rodar por la nieve.

-Eh, que tenéis que hacer otro centinela.

-Ahora vamos -le dijo Mitch a Rad mientras Hester recuperaba el aliento-. Le estoy enseñando a tu madre un juego nuevo. ¿Te gusta? -le preguntó a ella mientras se ponía sobre ella otra vez.

-Apártate. Tengo el jersey lleno de nieve, y los pantalones...

-No intentes seducirme aquí. Tengo una voluntad de hierro. Puedo resistirme a eso y a más.

-Estás loco -ella intentó sentarse, pero Mitch la apretó debajo de sí.

-Puede ser -le lamió una mancha de nieve de la mejilla y sintió que se quedaba muy quieta-. Pero no soy tonto -su voz había cambiado. Ya no era la voz desenfadada y cordial de su vecino, sino la voz lenta y aterciopelada de un amante-. Tú sientes algo por mí. Puede que no te guste, pero así es.

Ella estaba sin aliento, y sabía que no era por el inesperado ejercicio. Él tenía los ojos muy azules a la luz del atardecer, y su pelo relucía, espolvoreado de nieve. Su cara estaba muy, muy cerca. Sí, sentía algo por él casi desde el mismo instante de conocerlo, pero ella tampoco era tonta.

-Si me sueltas los brazos, te demostraré lo que siento.

-¿Por qué será que tengo la impresión de que no me gustaría? Pero da igual -la besó suavemente antes de que pudiera responder-. Hester, la situación es esta. Tú sientes algo por mí que no tiene nada que ver con el dinero, porque hasta hace unas horas no sabías que lo tenía. Algunos de esos sentimientos tampoco tienen nada que ver con el hecho de que sienta afecto por tu hijo. Son muy personales, muy... íntimos.

Tenía razón. A Hester le dieron ganas de asesinarlo por ello.

-No me digas lo que siento.

-Está bien -de pronto, se levantó y la ayudó a ponerse en pie. Luego, volvió a tomada entre sus brazos-. Entonces, te diré lo que siento yo. Tú me importas, Hester. Más de lo que pensaba.

Ella palideció bajo las mejillas coloradas. Había una expresión exasperada en sus ojos cuando, sacudiendo la cabeza, intentó apartarse.

-No digas eso.

-¿Por qué no? -él procuró ser paciente y la miró con el ceño fruncido-. Ve haciéndote a la idea. Yo ya lo he hecho.

-Esto no me interesa. No quiero sentirme así.

Él le echó la cabeza hacia atrás y la miró fijamente.

-Tendremos que hablar de eso.

-No. No hay nada de que hablar. Esto se nos está escapando de las manos.

-No, todavía no -él hundió los dedos entre su pelo sin dejar de mirarla-. Estoy casi seguro de que pronto se nos escapará de las manos, pero aún no lo ha hecho. Tú eres demasiado lista y demasiado fuerte para consentido.

Hester intentó convencerse de que, al cabo de un instante, recuperaría el aliento. En cuanto se apartara de él.

-No me das miedo, ¿sabes?

-Entonces, bésame -dijo él con voz suave-. Casi es de noche. Bésame una vez antes de que se ponga el sol.

Ella se encontró de pronto inclinándose hacia él, con la cara alzada y los párpados cerrados, sin preguntarse por qué le parecía tan natural, tan delicioso, hacer lo que le pedía. Más tarde se haría preguntas, a pesar de que estaba segura de que las respuestas no serían fáciles de hallar. Pero, de momento, acercó sus labios a los de Mitch y los sintió frescos y suaves.

El mundo era todo nieve y escarcha, castillos y cuentos de hadas, pero los labios de Mitch eran reales. Se ajustaban a los suyos firmemente, entibiando su piel suave y sensitiva en tanto el latido presuroso de su corazón le caldeaba el cuerpo. A lo lejos se oía el trasiego de los coches que pasaban a toda prisa, pero allí, más cerca, a su lado, se oía el frote de sus chaquetas al abrazarse.

Mitch quería suscitar su deseo, persuadida, ver una sola vez que sus labios se curvaban en una sonrisa al apartarse de ella. Sabía que, a veces, incluso los hombres que preferían la acción y el impulso del momento debían proceder paso a paso. Sobre todo, siendo tan precioso el premio que los aguardaba.

Mitch no estaba preparado para la aparición de Hester en su vida, pero creía que le sería más fácil que a ella aceptar lo que ocurría entre ellos. Hester seguía guardando secretos, heridas que solo en parte había curado. Sabía que no debía desear el poder de borrar todo aquello. Sus experiencias pasadas, todo cuanto le había ocurrido, formaban parte de aquella mujer de la que estaba a punto de enamorarse.

Así pues, procedería paso a paso, se dijo apartándose de ella. Y esperaría.

-Puede que esto haya aclarado un par de cosas, pero sigo creyendo que tenemos que hablar -la tomó de la mano para retenerla un momento más-. Muy pronto.

-No sé.

¿Se había sentido tan confusa alguna vez? Creía haber dejado atrás hacía mucho tiempo aquellos sentimientos, aquellas dudas.

-Subiré yo, o bajarás tú, pero hablaremos.

Hester sabía que, tarde o temprano, Mitch conseguiría acorralarla en un rincón.

-Esta noche, no -dijo, despreciándose por ser tan cobarde-. Rad y yo tenemos Cosas que hacer.

-Tú no eres de las que dejan las cosas para otro día.

-Ahora sí lo soy -murmuró ella, y se dio la vuelta rápidamente-. Radley, nos vamos a casa.

-Mira, mamá, acabo de terminar, ¿a que mola? -el niño se apartó para enseñarles su muñeco de nieve-. Vosotros solo habéis empezado el vuestro.

-Quizá lo acabemos mañana -se acercó a él rápidamente y lo tomó de la mano-. Tenemos que imos a preparar la cena.

-¿No podemos esperar a que...?

-No, casi es de noche.

-¿Puede venir Mitch?

-No, no puede -lanzó una mirada hacia atrás mientras caminaban. Él apenas era una sombra, de pie, junto al castillo de Rad-. Esta noche, no.

Mitch puso la mano sobre la cabeza de Tas. El perro gimió e hizo amago de salir corriendo.

-No, Tas, esta noche no.

No parecía haber modo de evitar a Mitch, pensaba Hester mientras bajaba hacia su apartamento porque su hijo se lo había pedido. Tenía que admitir que era una estupidez intentado. En apariencia, cualquiera pensaría que Mitch Dempsey era la solución a todos sus problemas. Sentía un afecto sincero por Radley, y le proporcionaba a su hijo

compañía y un lugar seguro donde quedarse mientras ella trabajaba. Gozaba de un horario flexible y era muy generoso con su tiempo.

Pero lo cierto era que Mitch le había complicado la vida. Por más que intentaba considerarlo simplemente un amigo de Radley o un vecino un tanto raro, Mitch lograba despertar en ella sentimientos enterrados desde hacía casi diez años. Los escalofríos y los sofocos de emoción eran cosas que Hester atribuía a los muy jóvenes o los muy optimistas. Y ella había dejado de ser ambas cosas cuando el padre de Radley los abandonó.

En los años que habían seguido a ese momento, se había dedicado en cuerpo y alma a su hijo para darle un buen hogar, para que su vida fuera lo más normal y equilibrada posible. Si Hester, la mujer, se había perdido en el camino, la madre de Radley imaginaba que ello era un trato justo. Pero de pronto había aparecido Mitch Dempsey y le había hecho sentir y, lo que era aún peor, desear aquellas cosas hacía tiempo olvidadas.

Hester respiró hondo y llamó a la puerta de Mitch. A la puerta del amigo de Radley, se dijo con firmeza. Solo había bajado porque Radley estaba loco por enseñarle una cosa. No estaba allí para ver a Mitch; no esperaba que él extendiera los brazos y le acariciara las mejillas como hacía a veces. Su tez se ruborizó al pensarlo.

Juntó las manos y procuró concentrarse en Radley. Vería lo que su hijo quería enseñarle y luego volverían a su apartamento, donde estaban a salvo.

Mitch abrió la puerta. Llevaba una sudadera con una calcomanía de un superhéroe rival en el pecho, y unos pantalones de chándal con un agujero en la rodilla. Tenía una toalla sobre los hombros. Usó una punta para secarse el sudor de la cara.

-¿Has salido a correr con este tiempo? -preguntó ella sin pensarlo, y enseguida lamentó el tono de preocupación de su voz.

-No -él la tomó de la mano, haciéndole entrar. Hester olía a la primavera que aún tardaría meses en llegar. Su traje azul oscuro le daba un aire profesional que Mitch encontraba extrañamente sexy-. Estaba haciendo pesas -le dijo. La verdad era que, desde que conocía a Hester Wallace, hacía muchas pesas. Le parecía el segundo mejor modo de liberar la tensión y desfogar el exceso de energía física.

-Ah -eso explicaba la fuerza que había sentido en sus. brazos-. No sabía que te gustaban esas cosas.

-¿Las fanfarronadas de los cachas? -dijo él, riendo-. No, en realidad, no. Pero, si no hago ejercicio de vez en cuando, mi cuerpo se convierte en un mondadientes. No es una visión muy agradable -notaba que Hester tenía los nervios a flor de piel y no pudo resistirse. Flexionó el brazo y le lanzó una mirada traviesa-. ¿Quieres tocarme los bíceps?

-Gracias, pero paso. El señor Rosen me ha dado esto para ti -le dio un portafolios con el emblema del banco-. Se lo pediste tú, no sé si te acuerdas.

-Sí, ya -Mitch lo agarró y lo tiró encima de una montón de revistas que había sobra la mesa baja-. Dile que ya se lo pasaré a la junta directiva.

-¿Y lo harás?

Él alzó una ceja.

-Yo suelo cumplir mi palabra.

Hester estaba segura de ello. Entonces recordó que le había dicho que pronto hablarían.

-Radley ha llamado y me ha dicho que quería enseñarme una cosa.

-Está en el despacho. ¿Quieres un café?

-Gracias, pero no puedo quedarme. Me he traído un poco de papeleo a casa.

-Bueno, entonces, pasa. Yo necesito beber algo.

-¡Mamá! -en cuanto Hester entró en el despacho, Radley pegó un brinco y la agarró de la mano-. ¿No es fantástico? Es el regalo más guay que me han hecho nunca -sin soltada, Radley la llevó hacia una pequeña mesa de dibujo.

No era de juguete. Hester notó enseguida que era de primera calidad, aunque de tamaño infantil. El pequeño taburete giratorio estaba desgastado, pero el asiento era de cuero. Radley ya había colocado un lienzo de papel sobre el tablero y había empezado a dibujar con regla y compás lo que parecía un plano.

-¿Es de Mitch?

-Lo era, pero dice que puedo usada el tiempo que quiera. Mira, estoy haciendo el plano de una estación espacial. Esta es la sala de máquinas. Y aquí y aquí están los camarotes. Va a tener un invernadero como los que tenían en esa película que me puso Mitch. Mitch me ha enseñado a dibujar cosa a escala con estas escuadras.

-Ya veo -ella se agachó para mirar de cerca el dibujo, sintiéndose orgullosa de su hijo-. Aprendes rápido, Rad. Es fantástico. Me pregunto si habrá algún hueco en la NASA.

Él se echó a reír bajando la cabeza, como hacía cuando se azoraba.

-A lo mejor de mayor soy ingeniero.

-Puedes ser lo que quieras -le dio un beso en la frente-. Si sigues dibujando así, necesitaré un intérprete para saber qué estás haciendo. Todas estas herramientas... -tomó una escuadra-. Supongo que tú sabes para qué sirven.

-Mitch me ha enseñado. Él las usa a veces para dibujar.

-¿Ah, sí? -ella giró la escuadra, observándola. Parecía tan... profesional.

-Hasta el dibujo de cómics requiere cierta disciplina -dijo Mitch desde la puerta. Llevaba en la mano un gran vaso de zumo de naranja, del que ya se había bebido más de la mitad.

Hester se incorporó. De pronto, se dio cuenta de lo... viril que parecía. Había una tenue uve de sudor en el centro de su camiseta. Se había peinado el pelo hacia atrás con los dedos y, como de costumbre, no se había afeitado esa mañana. Junto a ella, Radley siguió corrigiendo alegremente su plano.

Sí, Mitch era viril, peligroso y exasperante, pero también era el hombre más amable que había conocido nunca. Intentando recordado, Hester dio un paso adelante.

-No sé cómo darte las gracias.

-Ya me las ha dado Rad.

Ella asintió y puso una mano sobre el hombro de Radley.

-Acaba eso, Rad. Yo estaré en el cuarto de estar, con Mitch -entró en el cuarto de estar. Estaba, como siempre, desordenado y lleno de cosas. Tas daba vueltas por la alfombra, buscando migas de galletas-. Creía conocer a Rad de arriba abajo -empezó-. Pero no sabía que para él significaría tanto una mesa de dibujo. Supongo que creía que era demasiado pequeño para apreciar algo así.

-Ya te he dicho que tiene un don natural.

-Sí, lo sé -se mordió el labio, deseando haber aceptado el café para tener algo que hacer con las manos-. Rad me ha dicho que le estás dando clases de dibujo. Estás haciendo por él más de lo que podía esperar. Y, desde luego, mucho más de lo que estás obligado a hacer.

Él le lanzó una mirada larga y penetrante.

-Esto no tiene nada que ver con la obligación. ¿Por qué no te sientas?

-No -ella juntó las manos y luego las separó-. No, da igual.

-¿Prefieres pasearte por la habitación? -preguntó él, sonriendo.

Ella sintió que su determinación se disipaba un poco más.

-Puede que luego. Solo quería decir que te estoy muy agradecida. Rad nunca había tenido... -un padre. Aquellas palabras estuvieran a punto de escapársele, pero consiguió tragárselas sintiendo de pronto una especie de horror-. Nunca había tenido a nadie que le prestara tanta atención... aparte de mí, claro –dejó escapar un leve suspiro-. Has sido muy generoso por regalarle la mesa de dibujo. Rad dice que era tuya.

-Mi padre hizo que me la construyeran cuando tenía más o menos la edad de Rad. Quería que dejara de dibujar monstruos y empezara a hacer algo útil -dijo sin amargura, pero con cierta sorna. Hacía tiempo que no les guardaba rencor a sus padres por su falta de comprensión.

-Debe de significar mucho para ti si las has guardado todo este tiempo. Sé que a Rad le encanta, pero ¿no deberías conservarla para tus hijos?

Mitch bebió un sorbo de zumo y miró a su alrededor.

-Parece que, de momento, no tengo hijos.

-Pero aun así...

-Hester, no se la habría regalado si no hubiera querido hacerlo. Lleva años en el trastero, acumulando polvo. Me encanta ver que Rad puede sacarle partido -se acabó el zumo y, dejando el vaso sobre la mesa, se acercó a ella-. Es un regalo para Rad. Tú no tienes por qué sentirte obligada.

-Lo sé, no quería...

-Sí, ya -él la miraba fijamente, sin sonreír, con esa serena intensidad que sacaba a relucir en los momentos más inesperados-. Sé que no lo piensas conscientemente, pero la idea ronda por ahí, en algún lugar de tu cabeza.

-No creo que estés usando a Radley para acercarte a mí, si te refieres a eso.

-Me alegro -le pasó un dedo por la mejilla-. Porque la verdad es, señora Wallace, que Radley me gustaría también sin ti, o tú sin él. Pero da la casualidad de que vais los dos juntos en el mismo paquete.

-Sí, así es. Radley y yo somos una unidad. Lo que le afecta a él, me afecta a mí.

Mitch ladeó la cabeza, comprendiendo de pronto.

-Me parece estar percibiendo una advertencia. ¿No piensas que estoy haciéndome el amiguete de Rad para meterme en la cama con su madre?

-No, claro que no -ella se apartó bruscamente, mirando hacia el despacho-. Si lo pensara, no dejaría que Radley se acercara a ti.

-Pero... -le puso las manos sobre los hombros y las unió tras su nuca- te preguntas si lo que sientes por mí puede ser un reflejo de lo que siente Radley.

-Yo nunca he dicho que sienta nada por ti.

-Sí, lo has dicho. Lo dices cada vez que me acerco a ti. No, no te retires, Hester -la apretó con más fuerza-. Seamos sinceros. Quiero acostarme contigo. No tiene nada que ver con Rad, y menos de lo que pensaba con la punzada de deseo que sentí la primera vez que vi tus piernas -ella lo miró tímidamente a los ojos-. Tiene que ver más bien con el hecho de que te encuentro atractiva en muchos sentidos. Eres inteligente, fuerte y estable. Puede que no suene muy romántico, pero la verdad es que tu estabilidad me parece muy atrayente. Yo nunca he tenido mucha -le acarició levemente la nuca-. Tal vez no estés preparada para dar un paso así en este momento. Pero te agradecería que miraras de frente lo que deseas, lo que sientes.

-No sé si puedo. Tú estás solo. Yo tengo a Rad. Haga lo que haga, sea cual sea la decisión que tome, afectará a mi hijo. Hace años me prometí que no volvería a sufrir por culpa de sus padres. Y pienso cumplir esa promesa.

Mitch quiso pedirle que le hablara del padre de Radley, pero el chico estaba en la otra habitación.

-Déjame decirte lo que creo. Tú nunca podrías tomar una decisión que hiciera sufrir a Rad. Pero sí una que te hiciera sufrir a ti. Quiero estar contigo, Hester, y no creo que el hecho de que estemos juntos vaya a hacerle daño a Radley.

-Ya he acabado -Radley salió del despacho con el papel en las manos. Hester intentó apartarse, pero Mitch la retuvo-. Quiero llevármelo para enseñárselo a Josh mañana, ¿ vale?

Sabiendo que sería peor resistirse, Hester se quedó quieta, con los brazos de Mitch sobre los hombros.

-Claro.

Radley los observó a ambos un momento. Nunca había visto a un hombre abrazar a su madre, salvo a su abuelo y a su tío. Se preguntaba si eso convertía a Mitch en parte de la familia.

-Mañana por la tarde voy a casa de Josh y me quedo a dormir. Vamos a estar despiertos toda la noche.

-Entonces, tendré que cuidar de tu madre, ¿no?

-Supongo -Radley empezó a enrollar el lienzo de papel para guardado en un tubo, como le había enseñado Mitch.

-Radley sabe perfectamente que no necesito que nadie me cuide.

Mitch no le hizo caso y siguió hablando con Radley.

-¿Qué te parece si saco a tu madre por ahí?

-¿Quieres decir a cenar a un restaurante y esas cosas?

-Algo así.

-Vale.

-Bien. Iré a buscarla a las siete.

-No creo que...

-¿A las siete no te parece bien? -la interrumpió Mitch-. Bueno, pues, entonces, a las siete y media. Pero ni un minuto más tarde. Si a las ocho no he cenado, me pongo de un humor de perros -le dio un rápido beso en la frente antes de soltada-. Que te lo pases bien en casa de Josh.

-Lo haré -Radley recogió la chaqueta y la mochila. Luego, se acercó a Mitch y le dio un abrazo. Las palabras que Hester tenía en la punta de la lengua se secaron-. Gracias por la mesa. de dibujo y por todo. Es muy guay.

-De nada. Hasta el lunes -esperó hasta que Hester estuvo en la puerta-. A las siete y media.

Ella asintió y cerró la puerta suavemente a su espalda.

CAPÍTULO 7

Podía haber puesto cualquier excusa, pero lo cierto era que no quería. Sabía que aquella cena era una encerrona de Mitch, pero, mientras se abrochaba el ancho cinturón de cuero, descubrió que no le importaba. En realidad, casi sentía alivio porque fuera él quien hubiese tomado la decisión.

Estaba nerviosa, de eso no había duda. De pie ante el espejo de la cómoda respiró hondo varias veces. Sí, estaba nerviosa, pero no eran nervios de los que le hacían un nudo en el estómago, como cuando iba a una entrevista de trabajo. A pesar de no saber con certeza qué sentía hacia Mitch Dempsey, se alegraba de no estar asustada.

Tomó el cepillo, observó su reflejo en el espejo y se alisó el pelo. No parecía alterada, se dijo. Eso era otro punto a su favor. El vestido negro de lana le sentaba bien, con su profundo escote y su cintura ajustada. El cinturón, de color rojo, acentuaba la cintura justo antes de que la falda se abriera en vuelo. Por alguna razón, el rojo le daba confianza. Los colores vivos le parecían un modo de defenderse como otro cualquiera, precisamente por ser una persona extremadamente discreta.

Se puso unos grandes pendientes en forma de espiral, también rojos. Como la mayoría de su ropa, el vestido era práctico. Servía lo mismo para ir a la oficina, a una reunión de la Asociación de Padres de Alumnos o a una comida de negocios. Esa noche, pensó con una media sonrisa, serviría además para una cita.

Intentó no pensar en cuánto tiempo hacía que no tenía una cita y se tranquilizó al reparar en que conocía a Mitch lo suficiente como para mantener una conversación fluida toda la velada. Una velada de adultos. Lo cual le hacía mucha ilusión, pese a su adoración por Radley.

Al oír que llamaban a la puerta, se miró por última vez al espejo y fue a abrir. En cuanto abrió, su confianza de desvaneció.

Aquel no parecía Mitch. Los vaqueros rotos y las sudaderas dadas de sí habían desaparecido. Aquel hombre lleva un traje oscuro con una camisa azul pálido. Y corbata. El botón superior de la camisa estaba abierto, y la corbata, de seda azul oscuro, tenía un nudo bajo y flojo. Iba perfectamente afeitado y su pelo se ondulaba, negro y lustroso, sobre las orejas y el cuello de la camisa.

De improviso, Hester se sintió tímida y apocada.

Sin embargo, estaba guapísima. Mitch se turbó ligeramente al mirarla. Los zapatos de noche la alzaban hasta un par de centímetros por debajo de su altura, de modo que prácticamente podían mirarse de frente a los ojos. Al ver su expresión de timidez, Mitch se relajó un poco y le ofreció una sonrisa.

-Parece que he escogido el color adecuado -dijo, dándole un ramo de rosas rojas.

Ella sabía que era absurdo que una mujer de su edad se aturdiera por unas simples flores. Pero sintió que el corazón le daba un vuelco al recogerlas.

-¿Otra vez se te ha olvidado el diálogo? -preguntó él.

-¿El diálogo?

-Gracias.

El aroma de las rosas flotaba a su alrededor, suave y dulce.

-Gracias.

Él tocó un pétalo. Ya sabía que la piel de Hester tenía casi aquel mismo tacto.

-Ahora se supone que tienes que ponerlas en agua.

Sintiéndose una estúpida, Hester retrocedió.

-Sí, claro. Pasa.

-La casa parece otra sin Rad -comentó cuando Hester fue a buscar un jarrón.

-Sí. Cada vez que se va a dormir a casa de algún amigo, me cuesta horas acostumbrarme al silencio.

Mitch la había seguido a la cocina. Hester se puso a trastear arreglando las rosas. «Soy una mujer adulta», se decía. «El hecho de que no haya tenido una cita desde que iba al instituto no significa que no recuerde cómo comportarme» .

-¿Qué sueles hacer cuando tienes una noche libre?

-Oh, leo, o me quedo viendo una película hasta tarde -se dio la vuelta con el Jarrón y estuvo a punto de chocar con Mitch. El agua se agitó al borde del recipiente.

-Ya casi no se te nota lo del ojo -señaló suavemente el moratón, que apenas era ya una tenue sombra.

-No era para tanto -notaba la garganta seca. Aunque fuera una mujer adulta, se alegraba enormemente de que el jarrón se interpusiera entre ellos-. Voy por el abrigo.

Dejó las rosas en la mesa, junto al sofá, y se acercó al armario. Ya había metido un brazo en la manga cuando Mitch se aproximó para ayudada. Hacía que aquel gesto común y corriente pareciera sensual, pensó Hester, mirando al frente. Mitch le rozó los hombros con las manos, las dejó allí un instante y luego las bajó a lo largo de sus brazos y volvió a subidas para sacarle el pelo de debajo del cuello del abrigo.

Hester cerró los puños y giró la cabeza.

-Gracias.

-De nada -sin apartar las manos de sus hombros, Mitch la obligó a darse la vuelta para mirarlo-. Quizá te sientas mejor si nos quitamos esto del medio ahora mismo -la besó suavemente, pero con firmeza. Las manos rígidas de Hester se aflojaron. Aquel beso no era exigente, ni apasionado. Pero su comprensión la conmovió profundamente-. ¿Te sientes mejor? -murmuró Mitch.

-No estoy segura.

Riendo, él volvió a rozarle levemente los labios.

-Pues yo sí -tomándola de la mano, se dirigió hacia la puerta.

El restaurante era francés, discreto y selecto. Las paredes, cubiertas de un papel de pálidas flores, refulgían a la suave luz y el parpadeo de las velas. Los clientes hablaban en voz baja sobre manteles de hilo y copas de cristal. El bullicioso ajetreo de las calles que daba más allá de las puertas de cristal esmerilado.

-Ah, señor Dempsey, hacía mucho que no lo veíamos por aquí -el *maître* se acercó a darles la bienvenida.

-Sabes que siempre vuelvo por vuestros caracoles.

Riendo, el *maître* le indicó a un camarero que se alejara.

-Buenas noches, mademoiselle. Permítanme conducidos a su mesa.

El pequeño reservado, iluminado por la luz de las velas y oculto a la vista de los demás comensales, era un lugar para darse las manos y compartir secretos íntimos. Al sentarse, sus piernas se rozaron.

-El sumiller vendrá enseguida. Que disfruten de la velada.

-No hace falta preguntar si ya habías estado aquí antes.

-De vez en cuando me canso de las pizzas congeladas. ¿Te apetece *champán*?

-Me encantaría.

Él pidió una botella y el sumiller pareció complacido por su elección. Hester abrió la carta y suspiró al leer los refinados nombres de los platos.

-Me acordaré de esto la próxima vez que le dé un mordisco a medio sándwich de atún entre cita y cita.

-¿Te gusta tu trabajo?

-Mucho -se preguntó qué sería el *soufflé de crabe*-. Rosen es un incordio, pero también hace que te esfuerces por ser eficiente.

-Y a ti te gusta ser eficiente.

-Es importante para mí.

-¿Y qué más es importante para ti, aparte de Rad?

-La estabilidad -ella lo miró con una media sonrisa-. Aunque supongo que eso también tiene que ver con Rad. La verdad es que en los últimos años todo lo que se ha vuelto importante para mí tiene que ver con Rad.

Alzó la mirada cuando el sumiller les llevó el vino y, con toda ceremonia, se lo dio a probar a Mitch. Hester vio que el vino, frío y dorado, colmaba su copa.

-Por Rad, entonces -dijo Mitch, alzando su copa para brindar-. Y por su fascinante mamá.

Hester bebió un sorbo, un poco asombrada porque supiera tan bien. Había probado el *champán* otras veces, pero, como casi todo lo que tenía que ver con Mitch, nunca de aquel modo.

-Nunca me he considerado fascinante.

-A mí me fascina una mujer bonita criando a un hijo sola en una de las ciudades más conflictivas del mundo -bebió un sorbo y sonrió-. Y, además, tienes unas piernas increíbles.

Ella se echó a reír y, pese a que Mitch la tomó de la mano, no sintió vergüenza.

-Eso ya me lo habías dicho antes. Por lo menos, largas sí que son. Era más alta que mi hermano hasta que salió del instituto, cosa que lo ponía furioso. Así que me pusieron de mote «la Larga».

-A mí me llamaban «el Alambre».

-¿El alambre?

-Sí, por lo flacucho.

Por encima del vaso, Hester observó su ancho torso cubierto por la chaqueta del traje.

-No me lo creo.

-Algún día, si estoy lo bastante borracho, te enseñaré fotos.

Mitch pidió la cena en un francés impecable. Hester estaba boquiabierta de asombro. Aquel era el escritor de cómics, pensó, el mismo que construía castillos de nieve y hablaba con su perro. Notando su mirada de asombro, Mitch arqueó una ceja.

-Pasé un par de veranos en París durante el instituto.

-Ah -de pronto, ella recordó de dónde procedía-. Dijiste que no tienes más hermanos. ¿Tus padres viven en Nueva York?

-No -él desgajó un pedazo de crujiente pan francés-. Mi madre hace un viaje relámpago de vez en cuando para comprar o ir al teatro, y mi padre viene a veces por asuntos de negocios, pero Nueva York no es de su estilo. Siguen viviendo casi todo el año en Newport, donde yo crecí.

-Ah, Newport. Nosotros pasamos por allí una vez, cuando yo era pequeña. En verano, siempre íbamos de vacaciones en coche, dando tumbos de un lado para otro -se puso el pelo tras la oreja sin darse cuenta, ofreciéndole a Mitch una deliciosa vista de su cuello-. Recuerdo las casas, esas enormes mansiones con columnas y flores y árboles ornamentales. Hasta hicimos fotos. Nos parecía increíble que alguien viviera allí -se interrumpió de repente y miró a Mitch, que tenía una expresión divertida-. Y resulta que tú vivías allí.

-Es curioso. Yo en verano pasaba mucho tiempo observando a los turistas con unos prismáticos. Puede que enfocara a tu familia.

-Éramos los de la ranchera con las maletas atadas en la baca.

-Claro, ya me acuerdo -le ofreció un trozo de pan-. Os envidiaba un montón.

-¿De veras? -se detuvo con el cuchillo de la mantequilla en el aire-. ¿Y eso por qué?

-Porque ibais de vacaciones y comíais perritos calientes. Y porque dormíais en moteles con máquinas de refrescos en la puerta y jugabais al bingo en el coche entre ciudad y ciudad.

-Sí -murmuró ella-. Creo que eso lo resume muy bien.

-No pretendo hacerme el pobre niño rico -añadió él al ver que sus ojos cambiaban de expresión-. Solo digo que tener una casa enorme no es necesariamente mejor que tener una ranchera -volvió a llenarle la copa de vino-. En cualquier caso, pasé mi etapa de rebelde al que le importa un comino el dinero hace mucho tiempo.

-No sé si creerlo, viniendo de alguien que deja que el polvo se acumule encima de sus muebles Luis XV.

-Eso no es rebeldía, es pereza.

-Además de un pecado -añadió ella-. Me dan ganas de agarrar un trapo y un bote de cera.

-Si te apetece limpiarme la caoba, hazlo con toda libertad.

Ella alzó una ceja al ver que Mitch le sonreía.

-¿Y qué hacías durante tu etapa de rebelde?

Le acarició levemente las puntas de los dedos. Mitch apartó la mirada de sus manos unidas y la miró a los ojos.

-¿De veras quieres saberlo?

-Sí.

-Entonces, hagamos un trato. La historia de una vida ligeramente abreviada por otra.

Hester comenzaba a sentirse osada pero no por el vino, sino por él.

-Está bien. Tú primero.

-Empezaré diciendo que mis padres querían que fuera arquitecto. Era la única profesión práctica y aceptable en la que, según ellos, podía utilizar mis habilidades artísticas. Las historietas que dibujaba no los entusiasmaban precisamente. En realidad, los dejaban atónitos, así que procuraban ignorarlas. Nada más salir del instituto, decidí dedicar mi vida al arte.

Les sirvieron los entrantes. Mitch suspiró entusiasmado al ver los caracoles.

-Así que, ¿te viniste a Nueva York?

-No, a Nueva Orleáns. En aquella época aún no podía disponer de mi dinero, aunque no creo que lo hubiera utilizado, de todos modos. Como me negaba a recurrir al respaldo económico de mis padres, Nueva Orleáns era el lugar más cercano a París al que podía permitirme ir. Y la verdad es que me encantaba. Me moría de hambre, pero me encantaba la ciudad. Esas tardes bochornosas y sofocantes, el olor del río... Era mi primera gran aventura. ¿Quieres uno? Están buenísimos.

-No, yo...

-Vamos, me lo agradecerás -le acercó su tenedor a los labios. Hester abrió la boca a regañadientes-. Mmm -el sabor del caracol se deslizó, cálido y exótico, por su lengua-. No es lo que esperaba.

-Eso suele pasar con las cosas que valen la pena.

Ella alzó su copa y se preguntó qué diría Radley cuando le contara que se había comido un caracol.

-Bueno, ¿y qué hiciste en Nueva Orleáns?

-Monté un caballete en Jackson Square y me ganaba la vida retratando a los turistas y vendiendo acuarelas. Viví tres años en una habitación en la que me cocía en verano y me helaba en invierno. Y, sin embargo, me consideraba un tipo con suerte.

-¿Qué ocurrió?

-Había una mujer. Yo creía estar loco por ella, y viceversa. Hacía de modelo para mí cuando pasé mi etapa Matisse. Deberías haberme visto entonces. Tenía el pelo tan largo como tú, y lo llevaba echado hacia atrás. y atado con una tira de cuero. Incluso llevaba un pendiente de oro en la oreja izquierda.

-¿Llevabas un pendiente?

-No te rías; ahora están muy de moda, pero entonces me adelanté a mi tiempo -les retiraron los aperitivos y les pusieron los platos para las ensaladas-. En cualquier caso, aquella chica y yo jugábamos a las casitas en mi pequeña y mísera habitación. Una noche que había bebido demasiado vino, le hablé de mis padres y le dije que nunca entenderían mi vena artística. Se puso absolutamente furiosa.

-¿Con tus padres?

-Eres un encanto -dijo inesperadamente, y le besó la mano-. No, se puso furiosa conmigo. Era rico y no se lo había dicho. Tenía montones de dinero y esperaba que se conformara con vivir en una habitación mugrienta y diminuta, guisando judías pintas con arroz en un infiernillo. Lo más curioso de todo es que yo de veras le gustaba cuando pensaba que era pobre, pero en cuanto averiguó que no lo era, y que no pensaba utilizar lo que tenía a mi alcance, y, por asociación, al suyo, se puso frenética. Tuvimos una discusión tremebunda, en el transcurso de la cual me informó de lo que realmente pensaba de mí y de mi trabajo.

Hester se imaginó a aquel joven Mitch, idealista y lleno de ímpetu.

-La gente dice cosas que no siente cuando se enfada.

Él le alzó la mano y le besó los dedos.

-Sí, eres realmente un encanto -sin soltarla, añadió-: Fuera como fuese, se fue, dándome la oportunidad de hacer inventario de mi vida. Llevaba tres años viviendo al día, diciéndome que era un gran artista cuyo gran momento aún tenía que llegar. Lo cierto es que no era un gran artista. Era un habilidoso, pero no grande. Así que cambié Nueva Orleáns por Nueva York y el diseño gráfico. Aquello se me daba bien. Trabajaba rápido, metido en mi pequeño cubículo, por lo general dejaba contento al cliente... y era muy infeliz. Pero gracias a aquella experiencia conseguí un puesto en la Universal, al principio como coloreador; luego, como ilustrador. Y después... -alzó su copa en un brindis-, llegó Zark. El resto es historia.

-Eres feliz -ella giró la mano bajo la de él de modo que sus palmas se tocaron-. Se nota. Hay poca gente que esté tan contenta consigo misma como tú, y tan a gusto con su trabajo.

-Me ha costado bastante tiempo.

-¿Y tus padres? ¿Te has reconciliado con ellos?

-Hemos llegado a la conclusión de que nunca nos entenderemos, pero seguimos siendo familia. Yo sigo teniendo mi cartera de acciones, de modo que pueden decirles a sus amigos que lo de los cómic s no es más que una diversión. Lo cual es cierto, en parte -Mitch pidió otra botella de champán para acompañar el plato principal-. Ahora te toca a ti.

Ella sonrió y dejó que el delicado soufflé se derritiera en su boca.

-Yo no puedo hablar de algo tan exótico como una buhardilla de artista en Nueva Orleáns. Tuve una infancia normal y corriente en una familia como otra cualquiera. Juegos de mesa los sábados por la noche y asado los domingos. Mi padre tenía un buen

trabajo y mi madre se quedaba en casa, cuidando de todo. Nos queríamos mucho, pero no siempre nos llevábamos bien. Mi hermana era muy extrovertida, hacía de jefa de animadoras y esas cosas. Yo, en cambio, era espantosamente tímida.

-Sigues siendo tímida -dijo Mitch suavemente, entrelazando sus dedos con los de ella.

-Creía que no se me notaba.

-Es una timidez muy atrayente. ¿Qué me dices del padre de Rad? -sintió que su mano se crispaba-. Tenía ganas de preguntártelo, Hester, pero no hace falta que hablemos de ello, si te molesta.

Ella apartó la mano y tomó la copa. El *champán* estaba frío y burbujeaba.

-Fue hace mucho tiempo. Nos conocimos en el instituto. Radley se parece mucho a él, así que, como podrás suponer, era muy guapo. Y también era un poco salvaje, lo cual a mí me atraía como un imán -se encogió de hombros ligeramente, inquieta, pero decidió concluir lo que había empezado-. Yo era muy tímida y un tanto retraída, así que él me parecía excitante, incluso desmesurado. Me enamoré locamente de él la primera vez que se fijó en mí. Fue así de simple. En cualquier caso, salimos juntos dos años y nos casamos unas semanas después de acabar el instituto. Yo tenía dieciocho años recién cumplidos y estaba absolutamente convencida de que el matrimonio iba a ser una aventura tras otra.

-¿Y fue así? -preguntó Mitch viendo que se detenía.

-Durante un tiempo, sí. Éramos jóvenes, así que nos traía sin cuidado que Allan fuera de trabajo en trabajo, o largamos de pronto durante semanas enteras. Una vez vendió el cuarto de estar que mis padres nos habían comprado como regalo de boda para que nos fuéramos de viaje a Jamaica. Nos parecía impetuoso y romántico, y en aquella época no teníamos más responsabilidad que nosotros mismos. Luego, yo me quedé embarazada -se detuvo otra vez y, al mirar hacia atrás, recordó la emoción, el asombro y el miedo que le produjo la idea llevar un hijo en sus, entrañas-. Me puse muy contenta. Allan se puso como loco y empezó a comprar cochecitos y sillitas a plazos. No teníamos dinero, pero éramos optimistas, hasta cuando, al final del embarazo, tuve que empezar a trabajar solo media jornada y cuando, al nacer Radley, tuve que dejar el trabajo. Era un bebé precioso -se rió suavemente-. Sé que todas las madres dicen lo mismo, pero te aseguro que era la cosa más bonita que había visto nunca. Me cambió la vida. A Allan, en cambio, no -empezó a juguetear con el pie de la copa y procuró ordenar aquellos pensamientos en los que hacía tanto tiempo que no se permitía reparar-. En aquel momento no lo entendí, pero Allan soportaba muy malla carga de la responsabilidad. Odiaba que no pudiéramos salir cuando nos viniera en gana, ir al cine o a bailar cada vez que nos apeteciera. Seguía siendo muy alocado con el dinero, y, por Rad, yo tenía que compensar su derroche.

-En otras palabras -dijo Mitch suavemente-, que maduraste.

-Sí -la sorprendió, y en cierto modo la alivió, que lo comprendiera al instante-. Allan quería volver a nuestra vida de antes, pero ya no éramos niños. Al mirar atrás, me doy cuenta de que tenía celos de Radley, pero en aquel momento yo solo quería que madurara, que fuera un buen padre, que se hiciera cargo de sus responsabilidades. A los veinte seguía siendo el chico de dieciséis al que conocí en el instituto, pero yo ya no era la misma. Era madre. Volví a trabajar porque pensaba que el dinero extra aliviaría un poco la tensión. Un día, volví a casa después de recoger a Radley en casa de la niñera, y Allan se había ido. Había dejado una nota diciendo que ya no aguantaba más estar atado.

-¿Tú sabías que pensaba marcharse?

-No, no lo sabía. Seguramente no fue más que un impulso. Allan siempre hacía las cosas así. Sin duda no se le ocurrió pensar que era una deserción. Para él, solo significaba seguir adelante con su vida. Creyó que era justo por no llevarse más que la mitad del dinero, pero me dejó todas las deudas. Tuve que buscarme otro trabajo de media jornada por las tardes. Odiaba dejar a Rad con una niñera y no verlo nunca. Esos seis meses fueron los peores de mi vida -sus ojos se ensombrecieron un momento. Después, sacudió la cabeza y lo relegó de nuevo todo al pasado-. Al cabo de un tiempo conseguí enderezar las cosas lo suficiente como para dejar el trabajo de por las tardes. Más o menos por entonces llamó Allan. Era la primera vez que tenía noticias suyas desde que se marchó. Se mostró muy cordial, como si no fuéramos más que simples conocidos. Me dijo que iba de camino a Alaska a trabajar. Cuando colgó, llamé a un abogado. Me fue muy fácil conseguir el divorcio.

-Debió de ser duro para ti. Podías haber vuelto a casa de tus padres.

-No. Estuve mucho tiempo furiosa. La rabia me hizo quedarme aquí, en Nueva York, para intentar sacar adelante a Radley. Cuando se difuminó, ya lo había conseguido.

-¿Nunca ha vuelto a ver aRad?

-No, nunca.

-Él se lo pierde -la tomó de la barbilla y se inclinó para besarla suavemente-. Sí, él se lo pierde.

Ella le acarició la mejilla casi sin pensarlo.

-Lo mismo que la chica de Nueva Odeáns.

-Gracias -le besó ligeramente los labios otra vez, saboreando su suave gusto a *champán*-. ¿Postre?

-¿Mmm? -Mitch sintió un rapto de emoción al oír su suave suspiro-. No, creo que será mejor prescindir del postre.

Él se echó hacia atrás ligeramente y, tras hacerle una seña al camarero, le sirvió a Hester lo que quedaba del *champán*.

-Creo que deberíamos caminar un rato.

El aire afilado resultaba casi tan estimulante como el vino. Sin embargo, el vino la calentaba por dentro y hacía que se sintiera como si pudiera andar kilómetros y kilómetros sin sentir el viento. No se quejó cuando Mitch le pasó el brazo por los hombros, ni porque fuera él quien marcara el rumbo de su paseo. La traía sin cuidado por dónde pasaran, con tal de que los sentimientos que se agitaban en su interior no se desvanecieran.

Sabía lo que era enamorarse, estar enamorada. El tiempo se hacía más lento. Cuanto había alrededor parecía pasar a toda prisa, pero nítidamente. Los colores eran más vivos, los sonidos más agudos, y hasta en lo más crudo del invierno olía a flores. Había estado allí una vez antes, pero creía que jamás volvería a hallar aquel lugar. Una parte de su cerebro seguía luchando por recordarle que aquello no podía ser amor, que no debía serlo. Pero ella sencillamente hacía oídos sordos. Esa noche, solo era una mujer.

Había patinadores en el Rockefelier Center, deslizándose en círculos sobre el hielo al son de la música que flotaba. Hester los observó, refugiada al calor de los brazos de Mitch. La mejilla de este reposaba sobre su pelo, y ella sentía el ritmo pausado y firme de su corazón.

-A veces traigo a Rad a patinar aquí los domingos, o solo a mirar, como ahora. Pero esta noche parece distinto -giró la cabeza y sus labios quedaron casi pegados a los de Mitch-. Esta noche, todo parece distinto.,

Mitch se dio cuenta de que, si seguía mirándolo así, acabaría rompiendo su promesa de darle tiempo para que aclarara sus ideas y la metería en el primer taxi que pasara por allí para tenerla en su casa, y en su cama, antes de que aquella mirada desapareciera. Sacando fuerzas de flaqueza, hizo que se moviera ligeramente y le rozó la frente con los labios.

-Las cosas parecen distintas de noche. Sobre todo, si se ha bebido *champán* -se relajó de nuevo, sintiendo que Hester apoyaba la cabeza sobre su hombro-. Todo parece más bonito. No necesariamente realista, pero bonito. Hay tiempo de sobra para ser realista de nueve a cinco.

-Tú no -ajena al tira y afloja que se disputaba dentro de Mitch, ella se volvió en sus brazos-. Tú creas fantasías de nueve a cinco, o a la hora que quieras.

-Deberías oír la que se me está ocurriendo ahora mismo... -respiró hondo una vez más-. Vamos a caminar un poco más. Así podrás contarme una de las tuyas.

-¿Una fantasía? -ella se puso fácilmente a su paso-. Imagino que no son tan alocadas como las tuyas. Solo quiero una casa.

-¿Una casa? -Mitch se dirigió hacia el parque, confiando en que, cuando llegaran a casa, los efectos del champán ya se habrían disipado-. ¿Qué clase de casa?

-Una casa de campo, una de esas grandes y viejas granjas con postigos en las ventanas y rodeada de porches. Y con montones de ventanas para ver los bosques. Porque, naturalmente, tendría que haber bosques. Dentro, los techos serían muy altos y las chimeneas muy grandes. Y fuera habría un jardín con jazmines trepando por las arcadas -sentía el aguijón del invierno en las mejillas y, sin embargo, casi olía a verano-. Se oiría zumbar a las abejas todo el verano. Habría un gran patio, y Radley podría tener un perro. Pondría un balancín en el porche para sentarme fuera por las noches y mirarlo atrapar luciérnagas y guardarlas en un frasco -se echó a reír y reposó la cabeza sobre su hombro-. Yate he dicho que no era muy excitante.

-Me gusta -le gustaba tanto que podía dibujar todo cuanto Hester le había descrito, la casa con los postigos blancos y el tejado a dos aguas, con un establo a los lejos-. Pero tendrá que haber un riachuelo para que Radley pesque.

Ella cerró los ojos un momento y luego sacudió la cabeza.

-Me encantaría, pero creo que no podría cebar el anzuelo. Construir una casa en un árbol, puede batear una pelota. Pero de gusanos, nada.

-¿Sabes batear?

Ella alzó la cabeza y sonrió.

-Por supuesto. El año pasado, ayudaba a entrenaren la liguilla del colegio.

-Estás llena de sorpresas. ¿Llevas pantalones cortos cuando estás en el banquillo?

-Estás obsesionado con mis piernas.

-Entre otras cosas -la condujo al interior de su edificio, hacia los ascensores.

-Hacía muchísimo tiempo que no pasaba una noche como esta.

-Yo también.

Ella se retiró un poco para mirarlo mientras comenzaba el ascenso.

-Me he estado preguntando por eso. Por el hecho de que no parezcas estar con nadie.

Él le tocó la barbilla con la punta del dedo.

-¿No estoy con nadie?

Ella percibió la señal de advertencia, pero no supo qué hacer al respecto.

-Quiero decir que nunca te he visto salir con ninguna mujer.

Divertido, él deslizó el dedo por su cuello.

-¿Te parezco un monje?

-No -azorada e inquieta, ella se apartó-. No, claro que no.

-La verdad es que, después de una larga temporada de promiscuidad y desenfreno, se pierde el gusto por esas cosas. Estar con una mujer sólo porque no te apetece estar solo no resulta muy satisfactorio.

-A juzgar por las cosas que cuentan las chicas solteras de la oficina, hay muchos hombres que no estarían de acuerdo contigo.

Él se encogió de hombros mientras salían del ascensor.

-Se nota que no sales mucho a ligar por ahí -Hester, que estaba buscando la llave, frunció el ceño-. Eso pretendía ser un cumplido. Lo que quiero decir es que se convierte en un gran esfuerzo o en un aburrimiento y...

-Y estás en edad de tener una relación estable y duradera.

-Lo dices con cinismo. Eso no es propio de ti, Hester -se apoyó contra la jamba mientras ella abría la puerta-. En fin, a mí no se me da bien andarme por las ramas. ¿Vas a invitarme a entrar?

Ella titubeó. El paseo la había despejado un poco y las dudas volvían a asaltarla. Sin embargo, aún resonaba en su cabeza el eco de lo que había sentido abrazada a Mitch al frío de aquella noche. Y el clamor de ese eco era mucho más fuerte que el de las dudas.

-Está bien. ¿Quieres un café?

-No -él se quitó el abrigo sin dejar de mirarla.

-No es molestia. Solo tardaré un minuto.

Él la tomó de las manos.

-No quiero café, Hester. Te quiero a ti –le quitó el abrigo de encima de los hombros-. Te deseo tanto que no sé ni lo que hago.

Ella no se apartó. Se quedó allí de pie, esperando.

-No sé qué decir. He perdido la práctica.

-Lo sé -le pasó una mano por el pelo y, por primera vez, sus nervios se hicieron evidentes-. Y he pensado mucho en ello. No quiero seducirte -se echó a reír y retrocedió unos pasos-. Qué tontería. Claro que quiero.

-Yo sabía que... Intentaba convencerme de que no, pero sabía que, si salía contigo, acabaríamos aquí esta noche -se llevó una mano a la tripa, notando un nudo en el estómago-. Creo que, en cierto modo, esperaba que me arrastraras para no tener que tomar una decisión.

Él se volvió para mirarla.

-Eso es escurrir el bulto, Hester.

-Lo sé -ella no se atrevía a mirarlo-. Nunca he estado con nadie más que con el padre de Rad. La verdad es que nunca he querido.

-¿Y ahora? -él solo quería una palabra, una única palabra.

Ella apretó los labios.

-Hace tanto tiempo, Mitch... Estoy asustada.

-¿Serviría de algo si te dijera que yo también?

-No sé.

-Hester -acercándose a ella, le puso las manos sobre los hombros-. Mírame -ella hizo lo que le pedía; sus ojos, claros y grandes, tenían una expresión doliente-. Quiero que estés segura, porque no deseo que te arrepientas por la mañana. Dime qué quieres.

Su vida parecía ser una serie de decisiones sin fin. No había nadie que le dijera qué estaba bien y qué mal. Como de costumbre, se recordó que, una vez tomada la decisión, sería ella quien tendría que afrontar las consecuencias y aceptar la responsabilidad.

-Quédate conmigo esta noche -musitó-. Quiero estar contigo.

CAPÍTULO 8

Mitch tomó la cara de Hester entre sus manos y la sintió temblar. Al rozarse sus labios, la oyó suspirar y supo que siempre recordaría aquel instante, su rendición, su deseo, su vulnerabilidad.

La casa estaba en silencio. Mitch deseó poder ofrecerle música. El olor de las rosas que ella había puesto en el jarrón palidecía junto a la fragancia a jardín que le parecía que emanaba de ella. La lámpara difundía una luz intensa. Mitch no habría preferido los secretos de la oscuridad, pero sí la misteriosa luz de las velas.

¿Cómo podía explicarle que, lo que estaban a punto de darse el uno al otro, no era algo insignificante ni ordinario? ¿Cómo podía hacerle comprender que llevaba toda la vida esperando aquel momento? No sabía si daría con las palabras justas, ni si esas palabras tocarían el corazón de Hester. Así pues, tendría que demostrárselo.

Sin dejar de besarla, la levantó en sus brazos. Ella dejó escapar un leve gemido de sorpresa, pero se abrazó a su cuello.

-Mitch...

-Como caballero blanco, no valgo mucho -la miró sonriendo inquisitivamente-. Pero, por esta noche, fingiremos lo contrario.

Parecía un héroe, fuerte e increíblemente dulce. Las pocas dudas que aún tenía Hester se desvanecieron por completo.

-No necesito un caballero blanco.

-Esta noche, yo quiero serlo para ti -la besó una vez más antes de llevarla al dormitorio.

Una parte de él la deseaba hasta tal punto, que el deseo de tumbarla sobre la cama y cubrida con su cuerpo le causaba dolor. Había veces en que el amor se desataba veloz, incluso violento. Mitch lo sabía y sabía que Hester lo entendería. Pero la dejó de pie en el suelo, junto a la cama, y la tomó de la mano, apartándose un poco.

-La luz.

-Pero...

-Quiero verte, Hester.

Era absurdo sentir vergüenza. Ella sabía que sería un error permitir que aquel instante pasara en la oscuridad, indiferenciadamente. Estiró un brazo hacia la lámpara de la mesita de noche y la encendió.

La luz los inundó de pronto, sorprendiéndolos a ambos de pie, tomados de la mano, mirándose a los ojos. Hester sintió que el pánico volvía a asaltarla, llamando a golpes a su corazón y a su cabeza. Entonces él la tocó, y el ruido cesó. Mitch le quitó los pendientes y, al dejarlos sobre la mesita de noche, el metal tintineó suavemente sobre la madera. Hester se sofocó como si, de un solo gesto, Mitch la hubiera desnudado por completo. Él fue a desabrocharle el cinturón, pero se detuvo al ver que las manos de Hester se dirigían, trémulas, hacia el suyo.

-No te haré daño.

-Lo sé.

Ella apartó las manos. Mitch le desabrochó el cinturón y lo dejó caer al suelo. Al besarla de nuevo, Hester le rodeó la cintura con los brazos y se dejó llevar por el deseo.

Aquello era lo que quería. No podía mentirse a sí misma, ni buscar excusas. Por una noche, quería pensar y que pensaran en ella solamente como mujer. Sentirse

deseada, dar placer, causar asombro. Cuando sus bocas se separaron, se encontraron sus ojos. Y ella sonrió.

-Estaba esperando eso -poseído por un placer tan intenso que apenas podía describirlo, él acercó un dedo a sus labios.

-¿El qué?

-Que sonrieras cuando te beso -acercó la mano a su cara-. Intentémoslo otra vez.

Esta vez, el beso se hizo más profundo y pareció rozar territorios ignotos. Hester alzó las manos hasta los hombros de Mitch y, deslizándolas por ellos, rodeó su cuello. Él sintió el contacto de sus dedos, tímido al principio, más confiado después.

-¿Todavía tienes miedo?

-No -ella sonrió de nuevo-. Sí, un poco. No sé... -apartó la mirada, y él hizo que volviera a mirarlo.

-¿Qué?

-No sé qué hacer. Lo que te gusta.

Mitch se sintió vencido y asombrado por sus palabras. Había dicho que ella le importaba, y era cierto. Pero, en ese instante, su corazón, que había estado vacilando al filo de un abismo, se precipitó sin remedio en el amor.

-Hester, me dejas sin palabras -la atrajo hacia sí con fuerza, sosteniéndola entre sus brazos-. Esta noche, haz lo que te apetezca. Todo irá bien.

Él empezó por besarle el cabello, absorbiendo aquel olor que tanto lo atraía. Ya no era necesaria la seducción. Ambos sabían lo que querían. Mitch sentía el corazón de Hester latiendo contra el suyo. Entonces ella giró la cabeza y buscó su boca.

Él le bajó con mano temblorosa la larga cremallera de la espalda. Sabía que vivían en un mundo imperfecto, pero necesitaba ofrecerle a Hester una noche perfecta. Nunca había sido un hombre egoísta, pero aun así, por primera vez, deseaba anteponer los deseos de otra persona a los suyos propios.

Le apartó el vestido de los hombros y se lo deslizó a lo largo de los brazos. Bajo él, llevaba una sencilla combinación blanca, sin volantes ni encaje. Ninguna fantasía de seda o satén podría haberlo excitado más.

-Eres preciosa -depositó un beso sobre uno de sus hombros y luego sobre el otro-. Absolutamente preciosa.

Hester deseaba serlo. Hacía mucho tiempo que no sentía la necesidad de estar algo más que presentable. Al mirarlo a los ojos, se sintió bella y, haciendo acopio de valor, comenzó a quitarle la ropa.

Mitch sabía que aquello no era fácil para ella. Hester le quitó la chaqueta y empezó a desanudarle la corbata. Al cabo de un momento, se atrevió de nuevo a mirarlo. Él sintió sus dedos temblar ligeramente al desabrocharle la camisa.

-Me gustas mucho -murmuró.

El único hombre al que había tocado así no era entonces más que un chiquillo. Los músculos de Mitch eran sutiles, pero recios, y a pesar de que su pecho era suave, era el de un hombre. Hester se movía despacio, más por timidez que para avivar el deseo de Mitch. Los músculos de la tripa de él se estremecieron cuando, al disponerse a desabrocharle los pantalones, los rozó suavemente.

-Me estás volviendo loco.

Ella apartó las manos automáticamente.

-Lo siento.

-No -intentó reírse, pero le salió una especie de quejido-. Me gusta mucho.

Con manos temblorosas, ella le bajó los pantalones. Sus caderas eran estrechas, de músculos largos y duros. Hester sintió un arrebato de fascinación y deleite al acercar las

manos a ellos. Luego, se apretó contra él, y la impresión de sentir su carne retumbó dentro de ella.

Mitch intentaba refrenar el deseo de precipitarse, de tomada enseguida, cuanto antes. Las tímidas caricias y los ojos asombrados de Hester lo habían puesto al límite, pero tenía que refrenarse y aguantar. Ella sintió la guerra que se libraba en su interior, notó la rigidez de sus músculos y la aspereza de su respiración.

-¿Mitch?

-Espera un momento -enterró la cara entre su pelo y a duras penas logró ganar la batalla y recuperar el control. Pero se sentía debilitado, debilitado y confuso. Tocó la suave y sensitiva piel del cuello de Hester y procuró concentrar toda su atención en aquel punto.

Ella se tensó contra su cuerpo, girando la cabeza instintivamente para dejarle el paso libre. Era como si un velo hubiera caído sobre sus ojos, de tal modo que aquella habitación que le era tan familiar de pronto le parecía borrosa. Sintió que su sangre empezaba a palpitar con fuerza allí donde los labios de Mitch la rozaban, humedeciéndole la piel. Después, sintió un calor palpitante pegado a la piel, suavizándola, aguzando su sensibilidad. El gemido que dejó escapar sonó primitivo incluso a sus oídos. Entonces fue ella quien arrastró a Mitch hacia la cama.

Él hubiera deseado dejar pasar un minuto más antes de cubrida con su cuerpo. Sentía que una serie de detonaciones recorrían su cuerpo de la cabeza a la pelvis, pasando por el corazón. Sabía que tenía que acallarlas antes de que rompieran en añicos sus sentidos. Pero Hester recorría su cuerpo con las manos y alzaba las caderas hacia él. Haciendo un esfuerzo, Mitch se giró de modo que quedaron tumbados el uno junto al otro.

La besó en la boca y, por un instante, todas sus ansias, todas sus fantasías, sus deseos más oscuros, se concentraron allí. La boca de Hester, húmeda y caliente; parecía gritarle a su cerebro qué era lo que sentiría al penetrada. Apartando la fina barrera de la combinación, sintió los pechos desnudos de Hester y la oyó gemir. Luego, cerrando los labios sobre uno de los pezones erectos, sintió que murmuraba su nombre.

Hester se había abandonado. Había creído que jamás volvería a desear aquella rendición, pero en ese instante, mientras su cuerpo se volvía líquido bajo él, pensó que nunca querría otra cosa. La sensación de la carne contra la carne cada vez más caliente y húmeda era nueva y embriagadora. Y lo era también la avidez de sus bocas que se buscaban la una a la otra, y los sabores que hallaban y consumían, desesperados. Él murmuraba palabras sofocante s e inconexas, y ella respondía. La luz jugaba sobre las manos de Mitch mientras le enseñaba que una sola caricia podía hacer volar el. alma.

Ella estaba desnuda, pero su timidez había desaparecido. Quería que él la tocara, que la saboreara y que buscara su propia satisfacción como buscaba la de ella. El cuerpo de Mitch, musculoso y tenso, la fascinaba. Hasta ese instante, no había .sabido que tocar a otro, darle placer a otro, podía levantar tales oleadas de placer. Mitch puso la mano sobre su sexo, y la pasión se contrajo en una bola de fuego que estalIó de pronto, casi violentamente. Jadeando, tendió la mano hacia él.

Ninguna mujer se había entregado tan completamente a Mitch. Ver crecer su excitación y alcanzar el cenit le había provocado un embriagador arrebato de placer. Deseaba llevarla al éxtasis una y otra vez, hasta que estuviera exhausta y aturdida. Pero su control se estaba desvaneciendo, y ella lo llamaba.

Cubriéndola con su cuerpo, la penetró al fin.

No supo cuánto tiempo se movieron juntos, si minutos u horas. Pero nunca olvidaría que sus ojos se abrieron y lo miraron fijamente.

Tumbado junto a ella sobre la colcha arrugada mientras las gotas de una lluvia helada se estrellaban en la ventana, Mitch se sentía un tanto trémulo. Giró la cabeza hacia el siseo de la lluvia, preguntándose cuánto tiempo llevaría sonando. Que él recordara, nunca se había sentido tan a gusto con una mujer como para que el mundo exterior, y todas sus imágenes y sonidos, hubieran cesado de existir.

Se giró de nuevo y apretó a Hester contra su pecho. Se le estaba quedando el cuerpo frío rápidamente, pero no sentía deseos de moverse.

-Estás muy callada -murmuró.

Ella tenía los ojos cerrados. Aún no estaba lista para abrirlos.

-No sé qué decir.

-¿Qué tal «¡guau!»?

Ella se echó a reír, un tanto sorprendida por poder hacerlo tras aquel momento de intensidad.

-Está bien. Guau.

-Ponle un poco más de entusiasmo. ¿qué tal «fantástico, increíble, estremecedor»?

Ella abrió los ojos y lo miró.

-¿Qué tal «precioso»?

Él la tomó de la mano y se la besó.

-Sí, con eso me vale -se incorporó apoyándose en el codo y la miró. Ella se removió, intranquila-. Demasiado tarde para ponerte tímida -le dijo, y pasó una mano suavemente sobre su cuerpo-. ¿Sabes?, tenía razón sobre tus piernas. Supongo que no podré convencerte de que te pongas unos pantalones cortos y un par de calcetines de esos que llegan hasta los tobillos.

-¿Cómo dices?

Mitch se inclinó sobre ella y le cubrió la cara de besos.

-Me encantan las piernas largas con pantalones cortos y calcetines hasta los tobillos. Me vuelve loco mirar a las mujeres que corren por el parque en verano. Y cuando llevan los pantalones y los calcetines a juego, me matan.

-Estás chiflado.

-Vamos, Hester, ¿tú no tienes ningún fetiche? ¿Los hombres con camisetas de tirantes, o con esmoquin, corbata negra y los gemelos desabrochados?

-No seas tonto.

-¿Por qué no?

«Sí, ¿por qué no?», pensó ella, mordiéndose el labio.

-Bueno, la verdad es que me gustan los vaqueros bajos, con el botón desabrochado.

-No volveré a abrocharme los vaqueros mientras viva.

Ella se rió otra vez.

-Eso no significa que yo vaya a ponerme pantalones cortos con calcetines.

-Está bien. A mí me excitas cuando te veo en traje de oficina.

-Pero ¿qué dices?

-Lo que oyes -se colocó sobre ella y empezó a jugar con su pelo-. Esas solapas finas y esas blusas de cuello alto. Y siempre llevas el pelo recogido -le subió el pelo hacia la coronilla. No era lo mismo, pero aun así se le hacía la boca agua-. La eficiente y formal señora Wallace. Cada vez que te veo vestida así, me imagino lo maravilloso que sería quitarte el traje y las horquillas -dejó que su pelo se derramara entre sus dedos.

Pensativa, Hester apoyó la mejilla contra la de él.

-Eres un hombre extraño, Mitch.

-Seguramente.

-Confías mucho en tu imaginación, en lo que podría ser, en las fantasías y las ilusiones. Yo, en cambio, solo me fío de los hechos y las cifras, de las pérdidas y las ganancias, de lo que es o no es.

-¿Estás hablando de nuestros trabajos o de nuestros caracteres?

-¿No es lo mismo?

-No. Yo no soy el Comandante Zark, Hester.

Ella se removió, acunada por el ritmo del corazón de Mitch.

-Supongo que lo que quiero decir es que el artista, el escritor que llevas dentro, rebosa imaginación y creatividad. Y creo que la banquera que hay en mí busca cheques y balances.

Él guardó silencio un momento, acariciándole el pelo. ¿Acaso Hester no se daba cuenta de que había mucho más dentro de ella? Ella fantaseaba con una casa en el campo, sabía batear y había convertido a un hombre de carne y hueso en un manojo de ansias y deseos.

-No quiero ponerme filosófico, ¿por qué crees que elegiste dedicarte a los préstamos? ¿Tienes la misma sensación cuando rechazas una petición que cuando la apruebas?

-No, claro que no.

-Claro que no e-repitió él-. Porque, cuando apruebas una, tocas las ilusiones de los otros. Estoy seguro de que no te desvías ni un milímetro de las normas; eso es parte de tu encanto, pero apostaría a que te produce una gran satisfacción personal poder decir: «está bien, cómprense su casa, pongan su negocio, crezcan» .

Ella alzó la cabeza.

-Pareces comprenderme muy bien.

De pronto, se dio cuenta de que nadie la había comprendido. Y sintió un vuelco en el corazón.

-He pensado mucho en ti -la atrajo hacia sí, preguntándose si ella sentía lo bien que encajaban sus cuerpos-. Muchísimo. En realidad, no he pensado en otra mujer desde que te subí la pizza -ella sonrió y fue a acomodarse de nuevo sobre él, pero Mitch la detuvo-. Hester... -por extraño que fuera, se sentía tímido. Ella lo miraba con expectación, casi con paciencia, mientras él buscaba las palabras adecuadas-. El caso es que no, quiero pensar en otra mujer, ni estar con otra mujer... así -titubeó de nuevo y, al final, masculló un juramento-. Maldita sea, me siento como si estuviera otra vez en el instituto.

Ella sonrió cautelosamente.

-¿Vas a pedirme salir?

No era eso exactamente en lo que él estaba pensando, pero comprendió por la mirada de sus ojos que sería mejor ir despacio.

-Puedo buscar el anillo de mi promoción, si quieres.

Ella se miró la mano, apoyada con toda naturalidad sobre el corazón de Mitch. ¿Era absurdo sentirse tan conmovida? Aunque no lo fuera, sin duda era peligroso.

-Quizá sea mejor dejarlo en que yo tampoco quiero estar con nadie más así.

Él fue a decir algo, pero al final se contuvo. Hester necesitaba tiempo para convencerse de que aquello iba en serio. Solo había habido otro hombre en su vida, y en aquella época no era más que una niña. Para ser justo, tenía que dejarle espacio para decidir. Pero no quería ser justo. No, Mitch Dempsey no era el abnegado Comandante Zark.

-Está bien.

Había organizado y vencido suficientes guerras como para saber cómo planear la estrategia. Se ganaría a Hester antes de que ella se enterara siquiera de que había habido una batalla.

Atrayéndola hacia sí, se apoderó de su boca y comenzó el primer asedio.

Era una sensación extraña y maravillosa despertar por la mañana alIado de un amante... aunque dicho amante ocupara casi toda la cama.

Hester abrió los ojos y, quedándose muy quieta, disfrutó de aquella sensación.

Mitch tenía la cara enterrada contra su nuca y el brazo alrededor de su cintura, lo cual era una suerte, pues, si no, probablemente ella se habóa caído de la cama. Hesterse movió ligeramente y experimentó la excitante sensación de frotar su piel aún entumecida por el sueño contra la de él.

Nunca había tenido un amante; Un marido sí, pero su noche de bodas, su iniciación en la madurez sexual, no había sido como la noche que acababa de pasar con Mitch. ¿Era justo compararlas?, se preguntaba. ¿Acaso no era humano hacerla?

Esa primera noche, hacía mucho tiempo, había sido frenética y complicada debido a sus propios nervios y a las prisas de su marido. La noche anterior, con Mitch, la pasión había crecido poco a poco, como si hubieran tenido todo el tiempo del mundo para disfrutar. Hester no sabía que el sexo podía ser tan liberador. A decir verdad, no sabía que un hombre pudiera desear dar placer tanto como recibirlo.

Apoyó cómodamente la cabeza en la almohada y observó la tenue luz invernal que pasaba por las ventanas. ¿Serían diferentes las cosas esa mañana? ¿Se sentirían violentos D, peor aún, se comportarían como si nada hubiera pasado, menoscabando así la profundidad de lo que habían compartido? Lo cierto era que no sabía lo que era tener un amante... o serlo.

Estaba dándole demasiada importancia a una sola noche, se dijo, suspirando. Pero ¿cómo no iba a hacerlo, habiendo sido tan especial?

Tocó la mano de Mitch un momento y se dispuso a levantarse. Pero el brazo de él la retuvo.

-¿ Vas a alguna parte?

Ella intentó volverse, pero descubrió que las piernas de Mitch la tenían trabada.

-Son casi las nueve.

-¿Y? -sus dedos se desplegaron lánguidamente para acariciarla.

-Tengo que levantarme. Dentro de un par de horas he de ir a recoger a Rad.

-Hmm -él vio que su pequeño sueño de pasarse la mañana en la cama se desvanecía, y lo reconstruyó para adaptarlo a aquel par de horas-. Me gusta mucho tocarte -la soltó un momento, pero solo para que se diera la vuelta y pudieran mirarse cara a cara-. Y eres muy guapa, además -dijo mirando su cara con los ojos entrecerrados-. Y sabes... -la besó en los labios, sin violencia, ni descuido- sabes maravillosamente. Imagina -dijo, pasándole una mano por el costado- que estamos en una isla, en los mares del Sur, digamos. Nuestro barco naufragó hace una semana y somos los únicos supervivientes -cerró los ojos y le dio un beso en la frente-. Nos mantenemos a base de fruta y de peces que yo pesco hábilmente con un palo afilado.

-¿Y quién los limpia?

-Esto es una fantasía, no hay que preocuparse de detalles como ese. Anoche hubo una tormenta, una tremenda tormenta tropical, y tuvimos que acurrucamos juntos para protegemos del frío y del viento bajo el refugio que he construido.

-¿Tú? -ella sonrió-. ¿Y yo? ¿Hago algo útil?

-Tú puedes hacer lo que quieras en tus fantasías. Ahora, cierra el pico -se acurrucó contra ella y casi sintió el olor del aire salado-. Es por la mañana, y la tormenta lo ha dejado todo limpio. Las gaviotas se precipitan contra las olas. Nosotros estamos tumbados juntos sobre una vieja manta.

-Que tú salvaste heroicamente del naufragio.

-Ya lo vas pillando. Cuando nos despertamos, descubrimos que nos hemos abrazado durante la noche, atraídos el uno hacia el otro sin damos cuenta. El sol brilla con fuerza. Ha calentado nuestros cuerpos medio desnudos. Todavía aturdidos por el sueño, pero excitados, nos acercamos más el uno al otro. Y entonces... -sus labios se apartaron ligeramente de los de ella. Hester cerró los ojos, atrapada por la imagen que estaba pintando ante ella-. Entonces un cerdo salvaje nos ataca y yo empiezo a pele arme con él.

-¿Medio desnudo y desarmado?

-Sí. Me hiere con sus dientes, pero consigo matarlo con mis propias manos.

Hester entreabrió los ojos.

-Y, mientras tú te peleas con el cerdo salvaje, yo me tapo la cabeza con la manta y gimoteo.

-De acuerdo -la besó en la punta de la nariz-. Pero después te muestras muy, muy agradecida porque te haya salvado la vida.

-Pobre de mí, una mujer indefensa...

-Eso es. Estás tan agradecida, que rasgas los jirones de tu falda para vendarme las heridas, y luego... -hizo una pausa dramática-, me haces café.

Hester se retiró, extrañada y divertida.

-¿Te has inventado todo eso para te haga un café?

-No un simple café, sino el café de por la mañana, el primer café del día. La savia de la vida.

-Iba a hacerlo con o sin historia.

-Lo sé, pero ¿a que te ha gustado la historia?

Ella se apartó el pelo de la cara, pensativa.

-La próxima vez, seré yo quien pesque. -Vale.

Hester se levantó y, aunque sabía que era absurdo, deseó tener la bata a mano. Acercándose al armario, se la puso dándole la espalda.

-¿Quieres algo de comer?

Él se había sentado y se estaba pasando las manos por la cara cuando Hester se dio la vuelta.

-¿De comer? ¿Te refieres a huevos o algo así? ¿A comida caliente? -las únicas veces que tomaba un desayuno caliente eran aquellas en que conseguía reunir energía suficiente para arrastrarse hasta el bar de la esquina-. Señora Wallace, por un desayuno caliente te doy las joyas de la corona de Perth.

-¿Tanto por unos huevos con beicon?

-¿Beicon también? Dios mío, qué mujer.

Ella se echó a reír, convencida de que estaba bromeando.

-Vamos, date una ducha, si quieres. No tardaré mucho.

Mitch no estaba bromeando. La miró salir de la habitación y sacudió la cabeza. No esperaba que una mujer se ofreciera a cocinar para él como si fuera su obligación. Pero aquella, se dijo, era la mujer que había querido remendarle los vaqueros, creyendo que no podía comprarse unos nuevos.

Mitch salió de la cama y lentamente se pasó una mano por el pelo. La fría y profesional Hester Wallace era una mujer muy cálida y especial, y él no tenía intención de dejarla escapar.

Ella estaba revolviendo los huevos en la sartén cuando Mitch entró en la cocina. El beicon estaba escurriendo la grasa en un plato y el café ya estaba hecho. Él se quedó un momento en la puerta, sorprendido porque una escena doméstica tan senciPa lo conmoviera tanto. La bata de Hester era de franela y la cubría de los pies al cuello. Y, sin embargo, Hester nunca le había parecido tan atractiva. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de que era eso lo que andaba buscando: los aromas y los sonidos de las mañanas de domingo con la radio puesta sobre la encimera, la visión matutina de una mujer con la que había compartido la noche moviéndose a sus anchas por la cocina.

De niño, las mañanas de domingo eran casi acontecimientos formales: el almuerzo a las once, servido por un miembro uniformado del personal doméstico; zumo de naranja en vasos Waterford, huevos revueltos en platos Wedgewood. Le enseñaron a desplegar la servilleta de hilo irlandés sobre el regazo y a conversar educadamente. En los años posteriores, los desayunos dominicales se convirtieron en una búsqueda entre los armarios con la visión aún borrosa por el sueño, o en una rápida visita al bar más cercano.

Se sentía un idiota, pero deseaba decirle a Hester que aquel sencillo desayuno en la encimera de su cocina significaba tanto para él como la larga noche en su cama. Acercándose a ella, le rodeó la cintura con los brazos y le besó el cuello.

Era extraño cómo un solo beso podía acelerar el corazón y subir la temperatura de la sangre. Absorbiendo aquella sensación, ella se apoyó contra su pecho.

-Ya casi está. No me has dicho cómo te gustan los huevos, así que te los he hecho revueltos con un poco de orégano y queso.

Podría haberle ofrecido cartón y un tenedor de plástico para comérselo y lo habría aceptado igual. Mitch hizo que se diera la vuelta para mirarla y la besó largamente.

-Gracias.

Hester volvió a sonrojarse y se giró a tiempo de impedir que se quemaran los huevos.

-¿Por qué no te sientas? -sirvió café en unataza y se la dio-. Con tu savia vital.

Él se bebió la mitad de la taza antes de sentarse.

-Hester, ¿recuerdas lo que te dije sobre tus piernas?

Ella miró hacia atrás mientras ponía los huevos en un plato.

-Sí.

-Tu café es casi tan delicioso como tus piernas. Magníficas cualidades en una mujer.

-Gracias -dejó el plato frente a él y se acercó al tostador.

-¿Tú no vas a comer nada?

-No, solo una tostada.

Mitch miró el montoncillo dorado de los huevos y el beicon crujiente.

-Hester, no hacía falta que me prepararas todo esto si tú no ibas a comer.

-Da igual -puso una rebanada de pan tostado en un plato-. A Rad siempre le hago el desayuno.

Él la tomó de la mano cuando se sentó a su lado.

-Te lo agradezco mucho.

-Solo son un par de huevos -dijo ella, azorada-. Anda, cómetelos antes de que se enfríen.

-Esta mujer es una maravilla -dijo Mitch, obedeciéndola-. Cría ella sola a un hijo creativo y equilibrado, desempeña un trabajo de responsabilidad y encima sabe cocinar -Mitch se metió en la boca un pedazo de beicon-. ¿Quieres casarte?

Ella se echó a reír y volvió a llenar las tazas de café.

-Si solo hacen falta unos huevos revueltos para que te declares, me extraña que no tengas tres o cuatros esposas escondidas en el armario.

Él no estaba bromeando. Hester se habría dado cuenta si lo hubiera mirado a los ojos, pero estaba ocupada untándose de mantequilla la tostada. Mitch observó un momento sus manos hábiles, desprovistas de anillos. Había sido un modo estúpido de declararse y además no había servido para que Hester comprendiera que iba en serio. Era aún demasiado pronto, se dijo mientras seguía engullendo los huevos.

El truco consistía en lograr que ella se acostumbrara a su presencia y llegara a confiar en él lo suficiente como para creer que se quedaría a su lado para siempre. Y, además, quedaba aún lo principal, pensó alzando su taza. Ella tenía que necesitarlo. Nunca le haría falta para tener un techo y comida con que llenar los armarios. Para eso se las bastaba sola, y él la admiraba por ello. Con el tiempo, tal vez Hester llegara a necesitar su apoyo emocional y su compañía. Sería un comienzo.

El cortejo había de ser al mismo tiempo complejo y sutil. Ignoraba cómo proceder exactamente, pero estaba listo para empezar. Y ese día era tan bueno como cualquier otro.

-¿Tienes planes para después?

-Tengo que recoger a Rad a mediodía -ella seguía untando morosamente la tostada, pensando que hacía muchísimo tiempo que no desayunaba con un adulto y que aquel desayuno tenía por sí solo un intenso atractivo-. Luego, había prometido llevados a Josh y a él a ver una película, *La luna de Andrómeda*.

-¿Ah, sí? Es buenísima. Los efectos especiales son fantásticos.

-¿La has visto? -sintió una punzada de desilusión. Se había estado preguntando si querría acompañarlos.

-Dos veces. Hay una escena entre el científico loco y el científico cuerdo que te dejará impresionada. Y hay un mutante que parece una carpa. Es fantástico.

-Una carpa -Hester bebió un sorbo del café-. Qué bonito.

-Una gozada para los ojos. ¿Puedo ir con vosotros?

-Acabas de decir que la has visto dos veces.

-¿Y qué? Las películas que veo solo una vez son un rollo. Además, me gustaría ver cómo reacciona Rad cuando vea la batalla final en el espacio exterior.

-¿Es sangrienta?

-No, Rad podrá soportarla.

-No lo decía por Rad.

Riendo, Mitch la tomó de la mano.

-Yo estaré allí para protegerte. ¿Qué te parece? Yo invito a las palomitas -se llevó su mano a los labios-. Con mantequilla.

-¿Cómo iba a rechazar semejante oferta?

-Bien. Entonces, te echo una mano con los platos y luego bajo a sacar a Tas antes de que su vejiga nos cause algún serio inconveniente.

-No, baja ahora. Aquí no hay mucho que hacer, y seguramente Tas ya estará gimiendo en la puerta.

-De acuerdo -ambos se levantaron-. Pero, la próxima vez, cocino yo.

Hester recogió los platos.

-¿Mantequilla de cacahuete con mermelada?

-Me esforzaré para impresionarte.

Ella sonrió y le quitó la taza vacía.

-No tienes que impresionarme.

Él tomó su cara entre las manos mientras ella seguía allí de pie, con los platos en la mano.

-Sí, tengo que impresionarte -le lamió suavemente los labios y luego, bruscamente, su beso se hizo más profundo, hasta que ambos quedaron sin aliento. Cuando al fin la soltó, Hester tragó saliva.

-Buen modo de empezar.

Él sonrió y le besó la frente.

-Dentro de una hora subo.

Hester permaneció donde estaba hasta que oyó cerrarse la puerta y luego, lentamente, volvió a dejar los platos sobre la mesa. ¿Cómo demonios había ocurrido?, se preguntaba. Se había enamorado de él. Solo iba a estar fuera una hora, y ya quería que volviera.

Respiró hondo y se sentó de nuevo. Tenía que mantener la cabeza fría. No podía tomarse aquello demasiado en serio. Mitch era divertido, y amable, pero no iba en serio. No había nada permanente en su vida, más que Rad y ella. Años atrás, se había prometido que nunca lo olvidaría. Y ahora más que nunca tenía que recordarlo.

CAPÍTULO 9

-Rich, ya sabes que odio hablar de negocios antes de comer.

Mitch estaba sentado en el despacho de Skinner con Tas dormitando a sus pies. Aunque eran más de las diez y llevaba varias horas trabajando, no estaba listo para aventurarse en una charla profesional. Había tenido que dejar a sus personajes en la mesa de dibujo, metidos en un auténtico atolladero, e imaginaba que sufrían tanto por verse abandonados como él por dejarlos.

-Si vas a subirme el sueldo, me parece muy bien, pero podías haber esperado hasta después de comer.

-No te voy a subir el sueldo -Skinner ignoró el teléfono que sonaba encima de su mesa-. Ya te pago más de la cuenta.

-Bueno, pues si vas a despedirme, definitivamente podías haber esperado hasta después de comer.

-No voy a despedirte -Skinner frunció el ceño hasta que sus cejas se juntaron encima de la nariz-. Pero, si sigues trayendo a ese chucho, puede que cambie de idea.

-Tas es ahora mi agente. Todo lo que tengas que decirme, puedes decido delante de él.

Skinner se recostó en su silla y juntó las manos.

-¿Sabes, Dempsey?, alguien que no te conociera tan bien como yo pensaría que estás bromeando. El problema es que da la casualidad de que yo sé que estás loco.

-Por eso nos llevamos tan bien, ¿no? Mira, Rich, tengo a Mirium atrapada en una habitación llena de rebeldes de Zirial gravemente heridos. Como es telépata, ella tampoco se siente muy bien. Así que, ¿por qué no vas al grano para que pueda volver y llevarla al punto de crisis?

-Rebeldes de Zirial -dijo Skinner, pensativo-. ¿No estarás pensando en recuperar a Nirnrod el Mago?

-Se me ha pasado por la cabeza, y puede que lo haga si no me dices de una vez por qué me has hecho venir hasta aquí.

-Trabajas aquí -señaló Skinner. -Eso no es excusa.

Skinner resopló y dejó pasar el asunto.

-¿Sabes que Two Moon Pictures lleva algún tiempo negociando con Universal para conseguir los derechos para producir un largometraje sobre Zark?

-Claro. Desde hace año y medio, creo -como los regateos de las negociaciones no le interesaban, Mitch estiró las piernas y empezó a acariciar el flanco de Tas con el pie-. Lo último que me dijiste fue que a esos lechuguinos en remojo de Los Ángeles no les apetecía salir de sus jacuzzis para cerrar el trato -Mitch sonrió-. Eres un monstruo con las palabras, Rich.

-El trato se cerró ayer -dijo Rich llanamente-. Two Moons quiere a Zark.

La sonrisa de Mitch se desvaneció.

-¿Hablas en serio?

-Yo siempre hablo en serio -dijo Rich, observando su reacción-. Pensaba que ibas a mostrar más entusiasmo. Tu bebé va a ser una estrella del celuloide.

-Si te digo la verdad, no sé qué siento -levantándose de la silla, Mitch empezó a pasearse por la desordenada oficina de Rich. Al pasar junto a la ventana, subió la

persiana para dejar entrar los rayos oblicuos del sol invernal-. Zark siempre ha sido mío. No sé qué pensar de que vaya a Hollywood.

-Pues te pusiste muy contento cuando B. C. Toys sacó los muñecos.

-Los muñecos articulados -lo corrigió Mitch automáticamente-. Supongo que eso fue porque eran muy fieles al original -aquello era absurdo y lo sabía. Zark no le pertenecía. Él lo había creado, sí, pero Zark pertenecía a la Universal, igual que los demás superhéroes y villanos de la fértil imaginación de los demás creadores de la plantilla. Si, al igual que Maloney, Mitch decidía irse, Zark se quedaría en la Universal, encomendado a la imaginación de otro autor-. ¿Conservamos alguna libertad a nivel creativo?

-¿Temes que vayan a explotar a tu primogénito?

-Puede ser.

-Escucha, Two Moon ha comprado los derechos de Zark porque tiene potencial de taquilla tal y como es. No sería conveniente para el negocio cambiarlo. Seamos sinceros: los cómies son un gran negocio. Ciento treinta millones al año no son moco de pavo. El negocio está creciendo como no lo hacía desde los años cuarenta, y aunque sin duda pronto alcanzará su tope, seguirá siendo muy rentable. Esos tipos de la costa oeste puede que vistan como payasos, pero reconocen a un ganador en cuanto lo ven. Pero, si aun así te preocupa, puedes aceptar su oferta.

-¿Qué oferta?

-Quieren que escribas el guión.

Mitch se quedó helado.

-¿Yo? Pero si yo no escribo películas.

-Eres el autor de Zark. Al parecer, los productores se conforman con eso. Nuestros editores tampoco son estúpidos. Tacaños, sí -añadió, mirando el desgastado suelo de linóleo-, pero no estúpidos. Querían a alguien de la casa para el guión, y hay una cláusula en el contrato que dice que tenemos prioridad en ese aspecto. Two Moon aceptó a condición de que el guionista fueras en principio tú. Si la cosa no resulta, quieren que de todos modos actúes como asesor creativo.

-Asesor creativo -dijo Mitch, paladeando aquel título.

-Si yo fuera tú, Dempsey, me buscaría un agente bípedo.

-Puede que lo haga. Mira, vaya tener que pensado despacio. ¿Cuánto tiempo tengo?

-Nadie ha dicho nada de plazos. No creo que se les haya ocurrido la posibilidad de que digas que no. Pero, claro, ellos no te conocen como yo.

-Necesito un par de días. Hay alguien con quien tengo que hablar.

Skinner aguardó un momento.

-Mitch, una oportunidad como esta no se presenta todos los días ante tu puerta.

-Primero tengo que asegurarme de estar en casa cuando llame. Estaremos en contacto.

Cuando llueve, arrecia, pensó Mitch caminando junto a Tas. Aquel año había empezado como otro cualquiera, más bien anodino. Había planeado sentar la cabeza un poco y entregar el trabajo antes de plazo para tomarse tres o cuatro semanas de vacaciones para esquiar, beber brandy y quitar un poco de nieve en la granja de su tío. Había previsto conocer a una o dos mujeres atractivas en las pistas de esquí para hacer sus noches más interesantes. Había pensando en dibujar un poco, dormir mucho y deslizarse por las laderas. Todo muy sencillo.

Luego, en cuestión de semanas, todo había cambiado. En Hester había hallado todo lo que perseguía en su vida privada, pero aún no la había convencido de que él era

todo cuanto ella buscaba en un hombre. Ahora le ofrecían la mayor oportunidad de su vida profesional, pero no podía pensar en la una sin pensar en la otra.

En realidad, nunca había podido trazar una línea clara entre su vida profesional y su vida privada. Era el mismo hombre cuando se tomaba unas copas con los amigos que cuando consumía las horas de la madrugada con Zark. Si había cambiado en algo, era por culpa de Hester y Rad. Desde que se había enamorado de ellos, echaba en falta las ataduras que siempre había evitado, las responsabilidades que siempre se había quitado de encima sin contemplaciones.

Así pues, antes que nada fue a hablar con ella.

Entró en el banco con las orejas heladas por el frío. El largo paseo le había dado tiempo para pensar en todo lo que Skinner le había dicho, y ya empezaba a sentir una punzada de emoción. Zark en la gran pantalla, en Technicolor, con sonido estereofónico.

Se detuvo frente a la mesa de Kay.

-¿Ha comido ya?

Kay se apartó del ordenador.

-Qué va.

-¿Hay alguien con ella?

-Ni un alma.

-Bien. ¿A qué hora es su próxima cita?

Key pasó un dedo por la hoja de la agenda.

-A las dos y cuarto.

-Estará de vuelta a esa hora. Si Rosen pasa por aquí, dile que me he llevado a comer a la señora Wallace para discutir unos temas de financiación.

-Sí, señor.

Hester estaba revisando una larga columna de números cuando Mitch abrió la puerta. Sus dedos se movían velozmente sobre la calculadora, que repiqueteaba expeliendo una larga tira de papel.

-Kay, voy a necesitar la estimación de Construcciones Lorimar. ¿Y te importaría pedirme un sándwich? Me da igual de lo que sea, con tal de que me lo traigan rápido. Quiero entregar arriba estas cuentas antes de irme. Ah, y me hacen falta las transacciones de divisas de la cuenta Duberry. Mira el 1099.

Mitch cerró la puerta a su espalda.

-Dios mío, cómo me excitan estas cosas de los bancos.

-¡Mitch! -Hester levantó la mirada mientras las últimas cifras aún atravesaban su cabeza-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-Voy a sacarte de aquí. Tendremos que hacerlo rápido. Tas distraerá a los guardias -descolgó su abrigo de la percha de detrás de la puerta-. Vamos. Mantén la cabeza baja y actúa con naturalidad.

-Mitch, tengo que...

-Comer comida china y hacer el amor conmigo. En el orden que prefieras. Vamos, abróchate.

-Pero si no he acabado con estas cifras...

-No te preocupes, no saldrán corriendo -le abrochó el abrigo y agarró las solapas-. Hester, ¿sabes cuánto tiempo hace que no pasamos una hora solos? Cuatro días.

-Lo sé. Lo siento; es que he tenido mucho lío.

-Mucho lío -él señaló la mesa con la cabeza-. Eso nadie te lo discute, pero también has estado evitándome.

-No, no es cierto -la verdad era que había estado refrenándose, intentando demostrarse a sí misma que no necesitaba tanto a Mitch como parecía. Pero no le había

servido de nada. La prueba era que allí estaba, delante de él, con el corazón acelerado-. Mitch, ya te expliqué cómo me sentía porque... estuviéramos juntos con Rad en mi casa.

-Eso tampoco te lo discuto -aunque habría querido hacerlo-. Pero Rad está en el colegio y tú tienes derecho constitucional a una hora para comer. Ven conmigo, Hester -apoyó su frente en la de ella-. Te necesito.

Ella no podía negar, ni fingir que no quería estar con él. Sabiendo que tal vez se arrepintiera más tarde, decidió dejar de lado el trabajo.

-Me conformo con un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada. No tengo mucha hambre.

-Eso está hecho.

Quince minutos después, entraron en el apartamento de Mitch. Como de costumbre, las cortinas estaban descorridas para que el sol entrara a raudales. Hacía calor, pensó Hester quitándose el abrigo. Imaginaba que Mitch mantenía el termostato algo alto para estar a gusto descalzado y en camiseta de manga corta. Permaneció con el abrigo en las manos, preguntándose qué hacer.

-Trae, dame eso -Mitch tiró el abrigo descuidadamente sobre una silla-. Bonito traje, señora Wallace -murmuró, acariciando las solapas de la chaqueta de rayas azul oscuro.

Ella puso una mano sobre la de él, temiendo de nuevo que las cosas fueran demasiado rápido.

-Me siento...

-¿Una depravada?

Al ver el brillo de humor en sus ojos, ella se relajó un poco.

-Más bien como si acabara de escaparme por la ventana de mi cuarto a media noche.

-¿Lo hiciste alguna vez?

-No. Lo pensé muchas, pero nunca se me ocurría qué hacer después de escaparme.

-Por eso estoy loco por ti -besó su cautelosa sonrisa y sintió que sus labios se distendían-. Escápate por la ventana conmigo, Hester. Yo te enseñaré qué hacer -hundió las manos entre su pelo, y Hester sintió que su dominio de sí misma volaba por los aires junto con sus horquillas.

Deseaba a Mitch. Tal vez fuera una locura, pero ¡cuánto lo deseaba! En las largas noches que habían pasado desde la última vez, había pensado sin cesar en él, en su forma de tocarla, y ahora sus manos estaban allí de nuevo, como recordaba. Esta vez, ella fue más rápida que él y, quitándole el jersey por la cabeza, disfrutó de la carne prieta y cálida que se escondía debajo. Le mordió suavemente el labio, incitándolo, hasta que él le arrancó la chaqueta y le desabrochó precipitadamente los botones de la blusa.

Cuando al fin tocó su piel, no había suavidad ni paciencia en sus caricias. Pero ella ya no tenía miedo. Apretada contra él, asió la pasión con ambas manos. Ya no importaba que fuera de día o de noche. Estaba donde quería estar, donde necesitaba estar, por más que intentara fingir lo contrario.

Sí, aquello era una locura. Pero se preguntaba cómo había podido vivir tanto tiempo sin ella.

Él le desabrochó la falda y esta resbaló por sus caderas y cayó al suelo. Con un gemido de satisfacción, Mitch apretó la boca contra su garganta. ¿Cuatro días? ¿Solo hacía cuatro días? Parecían haber pasado siglos desde la última vez que habían estado juntos a solas. Ella se mostraba tan ardiente y fogosa como soñaba. Podía sentir su sabor mientras el deseo hacía presa en sus entrañas y giraba como un torbellino en su cabeza.

Quería que pasaran horas tocándose el uno al otro, pero la intensidad del momento, la falta de tiempo y los urgentes murmullos de Hester lo hacían imposible.

-El dormitorio -logró decir ella mientras Mitch)e bajaba los finos tirantes del sujetador por los hombros.

-No, aquí. Aquí -atrapó su boca y la tumbó en el suelo.

Mitch le habría dado mucho más. Aunque su cuerpo estaba alcanzando el límite de su resistencia, le habría dado más, pero ella lo envolvió y, antes de que pudiera recuperar el aliento, sintió sus manos en las caderas, guiándolo hacia ella. Hester hundió los dedos en su carne mientras murmuraba su nombre, y dentro de ella parecieron estallar galaxias.

Cuando recobró de nuevo la razón, su mirada se fijó en las motas de polvo que ondulaban en un rayo de sol. Estaba tumbada en una alfombra Aubusson de incalculable valor, con la cabeza de Mitch apoyada entre sus pechos. Era mediodía, el trabajo se acumulaba sobre su mesa, y acababa de pasar la mayor parte de su hora de comida haciendo el amor en el suelo. No recordaba haberse sentido nunca tan feliz.

Ignoraba que la vida pudiera ser así: una aventura, un carnaval. Durante años había creído que no había sitio para la locura del amor y el sexo en un mundo que orbitaba en tomo a las responsabilidades. Pero en ese momento empezó a darse cuenta de que podía tener ambas cosas. No sabía por cuánto tiempo. Quizá con un día fuera suficiente. Pasó los dedos por el pelo de Mitch.

-Me alegro de que me hayas invitado a comer.

-Creo que habrá que convertido en costumbre, a juzgar por el resultado. ¿Todavía quieres ese sándwich?

-No. No necesito nada -«salvo a ti». Suspiró, dándose cuenta de que tendría que aceptar ese hecho-. Tengo que volver.

-No tienes otra cita hasta las dos. Lo he comprobado. Tus cambios de divisas pueden esperar unos minutos más, ¿no crees?

-Supongo que sí.

-Vamos -se levantó y tiró de ella.

-¿Dónde?

-A darnos una ducha rápida. Luego, quiero hablar contigo.

Hester aceptó el albornoz que le ofreció y procuró no preocuparse por lo que iba a decirle. Conocía a Mitch lo suficiente para saber que estaba lleno de sorpresas. El problema era que no sabía si estaba preparada para otra más. Con los hombros tensos, se sentó a su lado en el sofá y aguardó.

-Tienes cara de estar esperando que te venden los ojos y te den el último pitillo.

Hester se echó hacia atrás el pelo mojado e intentó sonreír.

-No, pero es que estás tan serio...

-Ya te lo he dicho, también yo tengo mis momentos de seriedad -apartó las revistas de la mesa con el pie-. Hoy me han dado una noticia, y aún no sé qué pensar al respecto. Quería saber qué piensas tú.

-¿Se trata de tu familia? -preguntó ella, preocupada.

-No -la tomó de la mano-. Supongo que por cómo lo digo parecen malas noticias, pero no lo son. Por lo menos, eso creo. Una productora de Hollywood acaba de firmar con la Universal para hacer una película sobre Zark.

Hester se quedó mirándolo un momento y luego parpadeó.

-¿Una película? Pero eso es maravilloso, ¿no? Ya sé que Zark es un personaje de cómics muy popular, pero con una película sería aún más famoso. Deberías estar encantado, y orgulloso de que tu trabajo se traduzca a ese medio.

-No sé si lo lograrán, si conseguirán darle vida en la pantalla con el mismo tono y la misma emoción. No me mires así.

-Mitch, sé lo que sientes por Zark. Por lo menos, eso creo. Es tu creación. Es importante para ti.

-Para mí, es real -la corrigió él-. Lo es aquí -dijo, tocándose la sien-. Y, aunque parezca absurdo, también aquí -se llevó una mano al corazón-. Zark cambió mi vida, cambió el modo en que me veía a mí mismo y a mi trabajo. No quiero que lo estropeen, que lo conviertan en una especie de héroe de cartón piedra o, peor aún, en alguien infalible y perfecto.

Hester guardó silencio un momento. Empezaba a comprender que dar vida a una idea podía alterar una vida tanto como tener un hijo.

-Déjame preguntarte algo. ¿Por qué lo creaste?

-Porque quería crear un héroe, un héroe muy humano, con defectos y debilidades, y supongo que también con sólidos principios. Alguien en quien los críos pudieran identificarse porque fuera de carne y hueso, pero lo suficientemente poderoso como para defenderse y luchar por salir adelante. Los niños no tienen apenas capacidad de elección, ¿sabes? Recuerdo que, cuando era niño, deseaba poder decir «no, no quiero, no me gusta eso». Cuando leía, veía sobre todo que había posibilidades de escapar. Eso quería que fuera Zark.

-¿Crees haberlo conseguido?

-Sí. A nivel personal, conseguí lo que buscaba el día que salió el primer número. Profesionalmente, Zark ha llevado a la Universal a lo más alto. Produce millones de dólares al año.

-¿Y lo lamentas?

-No, claro que no.

-Entonces, no deberías lamentar que dé el siguiente paso.

Mitch se quedó pensando en silencio. Debería haber imaginado que Hester vería las cosas más claramente y atajaría hasta llegar al punto de vista más práctico de enfocar el asunto.

-Me han ofrecido encargarme del guión.

-¿Qué? -ella se irguió, con los ojos como platos-. Oh, Mitch, eso es maravilloso. Qué orgullosa estoy de ti.

Él siguió jugueteando con sus dedos.

-Aún no lo he hecho.

-¿Crees que no puedes?

-No estoy seguro.

Ella fue a decir algo, pero se detuvo. Al cabo de un momento, dijo cautelosamente:

-Es extraño, pero, si alguien me lo hubiera preguntado, habría dicho que tú eras el hombre más seguro de sí mismo que nunca he conocido. Además, pensaba que respecto a Zark eras demasiado susceptible como para dejar que otro hiciera el guión.

-Hay una pequeña diferencia entre escribir una historieta para un cómic y escribir el guión de un largometraje.

-¿Y?

Él se echó a reír.

-Conque aplicándome mi propia medicina, ¿eh?

-Tú sabes escribir, yo soy la primera en admitir que tienes una imaginación portentosa, y conoces mejor que nadie a tu personaje. No veo cuál es el problema.

-El problema es fastidiado. De todos modos, si no hago el guión, quieren que haga de asesor creativo.

-Yo no puedo decirte qué debes hacer, Mitch.

-¿Pero?

Ella se inclinó hacia él y le puso las manos sobre los hombros.

-Escribe el guión, Mitch. Te odiarás si no lo haces. No hay garantías, pero, si no aceptas el riesgo, tampoco hay recompensa.

Ella tomó de la mano y la miró fijamente.

-¿De veras lo crees?

-Sí, lo creo. Y también creo en ti -se acercó a él y lo besó en la boca.

-Cásate conmigo, Hester.

Ella se quedó helada un instante y luego, muy despacio, se apartó.

-¿Qué?

-Cásate conmigo -la agarró de ambas manos-. Te quiero.

-No, por favor, no hagas esto.

-¿Hacer qué? ¿Quererte? -la agarró con más fuerza al ver que ella intentaba desasirse-. Ya es tarde para eso, y creo que lo sabes. No miento cuando te digo que nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Quiero pasar mi vida contigo.

-No puedo -dijo ella casi sin aliento-. No puedo casarme contigo. No quiero casarme con nadie. No sabes lo que me estás pidiendo.

-El hecho de que no me haya casado no significa que no sepa lo que es el matrimonio -Mitch esperaba su sorpresa y hasta su resistencia. Pero al mirarla vio que había errado por completo. Lo que había en sus ojos era miedo-. Hester, yo no soy Allan y los dos sabemos que tú no eres la misma que eras cuando te casaste con él.

-Eso no importa. N o pienso pasar por eso otra vez. Y no permitiré que Rad pase por lo mismo de nuevo -se apartó y empezó a vestirse-. Eres un insensato.

-¿Yo? -intentando mantener la calma, Mitch se acercó a ella y empezó a abrocharle los botones de la camisa. Ella se quedó rígida-. Eres tú la que intenta justificarse basándose en cosas que ocurrieron hace años.

-No quiero hablar más de este asunto.

-Puede que no quieras, y puede que este no sea el mejor momento, pero tendrás que hablar de ello -aunque ella se resistía, la retuvo a su lado-. Tendremos que hablar de ello.

Ella deseaba huir y enterrar todo lo que habían dicho. Pero, por el momento, tenía que encararlo.

-Mitch, solo nos conocemos desde hace unas semanas y todavía nos cuesta acostumbramos a lo que está pasando entre nosotros.

-¿Y qué está pasando? -preguntó él-. ¿No eres tú quien dijo desde el principio que no quería un rollo pasajero?

Ella palideció y, dándose la vuelta, recogió la chaqueta del traje.

-Para mí no lo es.

-No, claro, ni para ti, ni para mí tampoco. ¿Es que no lo entiendes?

-Sí, pero...

-Hester, he dicho que te quiero. Ahora quiero saber qué sientes por mí.

-No lo sé -ella dejó escapar un gemido cuando la agarró de los hombros-. Te digo que no lo sé. Creo que te quiero. Hoy. Pero me estás pidiendo que arriesgue todo lo que he conseguido, la vida que he construido para Rad y para mí, por un sentimiento que puede cambiar de la noche a la mañana.

-El amor no cambia de la noche a la mañana -dijo él-. Puede languidecer hasta morir o ser alimentado. Eso depende de la gente. Yo quiero que te comprometas, quiero una familia, y quiero darte lo mismo a cambio.

-Mitch, todo esto va muy deprisa, demasiado deprisa para los dos.

-Maldita sea, Hester, tengo treinta y cinco años, no soy un adolescente con un calentón y sin dos dedos de frente. No quiero casarme contigo para tener sexo asegurado y el desayuno caliente, sino porque sé que entre nosotros puede haber algo, algo real, algo importante.

-Tú no sabes lo que es el matrimonio, solo estás fantaseando.

-Y tú solo recuerdas una mala experiencia. Hester, mírame. Mírame -le pidió otra vez-. ¿ Cuándo demonios vas a dejar de utilizar al padre de Radley como vara de medir?

-Es la única que tengo -se apartó de él otra vez e intentó recobrar el aliento-. Mitch, me siento halagada porque me desees...

-Al diablo con eso.

-Por favor -se pasó una mano por el pelo-. Tú me importas. De lo único que estoy segura en este momento es de que no quiero perderte.

-El matrimonio no es el final de una relación, Hester.

-Yo no puedo pensar en el matrimonio. Lo siento -el miedo fluctuaba en su voz hasta que se detuvo e intentó calmarse-. Si no quieres que nos veamos más, intentaré entenderlo. Pero preferiría... Espero que podamos dejar las cosas como están.

Él metió las manos en los bolsillos. Tenía la costumbre de forzar las cosas, y lo sabía. Pero detestaba perder el tiempo que podían pasar juntos.

-¿Cuánto tiempo más, Hester?

-¡Mientras dure! -ella cerró los ojos-. Sé que suena duro, y no es esa mi intención. Tú significas mucho para mí, más de lo que pensaba que volvería a significar un hombre.

Mitch le pasó un dedo por la mejilla y lo retiró húmedo.

-Un golpe bajo -murmuró, observando aquella lágrima.

-Lo siento. No quiero que las cosas sean así. No sabía que estuvieras pensando en eso.

-Ya lo veo -se rió con sorna-. En tres dimensiones.

-Te he hecho daño. No sabes cuánto lo siento.

-Déjalo. Me lo merecía. La verdad es que no pensaba pedirte que te casaras conmigo por lo menos hasta la semana que viene.

Ella fue a acariciarle la mano, pero se detuvo.

-Mitch, ¿podemos olvidamos de todo esto y seguir como hasta ahora?

Él extendió la mano y enderezó el cuello de su chaqueta.

-Me temo que no. Ya he tomado una decisión, Hester. Y procuro no tomar más que una o dos al año. Pero, cuando la tomo, no hay marcha atrás -la miró a los ojos con tal intensidad que Hester sintió que su mirada le llegaba a los huesos-. Voy a casarme contigo, tarde o temprano. Si tiene que ser tarde, no importa. Te daré algún tiempo para que te vayas acostumbrando a la idea.

-Mitch, no voy a cambiar de opinión. No sería justo que te dejara pensar lo contrario. No es un capricho. Es una promesa que me hice a mí misma hace mucho tiempo.

-Algunas promesas es mejor romperlas.

Ella sacudió la cabeza.

-No sé qué más decir. Ojalá...

Él le acercó un dedo a los labios para hacerla callar.

-Hablaremos en otro momento. Ahora, te llevaré al trabajo.

-No, no te molestes. De veras -dijo ella-. De todos modos necesito tiempo para pensar. Y me resulta más difícil estando contigo.'

-Eso es un buen comienzo -le puso la mano en la barbilla y observó su cara-. Estás guapa, pero la próxima vez no llores cuando te pida que te cases conmigo. Es malísimo

para mi ego -la besó antes de que pudiera decir nada-. Hasta luego, señora Wallace. Gracias por la comida.

Un poco aturdida, ella salió al pasillo.

-Te llamaré luego.

-De acuerdo. Estaré por aquí.

Mitch cerró la puerta y, dándose la vuelta, se apoyó contra ella. ¿Dolido? Se rascó un punto debajo del corazón. Sí, estaba dolido. Si alguien le hubiera dicho que enamorarse hacía que el corazón se retorciera de aquel modo, habría seguido evitándolo. Había sentido una punzada de dolor cuando su amor de Nueva, Orleáns lo dejó plantado. Pero aquello no lo había preparado para aquel mazazo.

Sin embargo, no pensaba tirar la toalla. Lo que tenía quehacer era diseñar un plan de ataque. Sutil, ingenioso e infalible. Miró a Tas pensativamente.

-¿Dónde crees que le gustaría ir de luna de miel a Hester? -el perro resopló y se puso panza arriba-. No -decidió Mitch-. Las Bermudas están muy vistas. Da igual, ya se me ocurrirá algo.

CAPÍTULO 10

-Radley, bajad el volumen, por favor -Hester se quitó la cinta métrica que llevaba colgada del cuello y la extendió sobre la pared. Perfecto, pensó con satisfacción. Luego, tomó el lápiz que llevaba tras la oreja y marcó el lugar donde irían las escarpias.

Los pequeños estantes de cristal que iba a colgar eran un regalo que se hacía a sí misma, completamente innecesario y que, sin embargo, le producía una intensa alegría. No consideraba el hecho de colgarlas una muestra de independencia o habilidad, sino una más de las tareas cotidianas que llevaba años haciendo. Con el martillo en una mano, colocó la primera escarpia. Le había dado dos golpes cuando llamaron a la puerta.

-Un momento -le dio un último golpe a la escarpia. De la habitación de Radley le llegaba ruido del fuego antiaéreo y el silbido de los misiles. Hester se sacó la segunda escarpia de la boca y se la guardó en el bolsillo-. Rad, nos van a detener por perturbar el descanso de los vecinos -abrió la puerta y vio que era Mitch-. Hola.

Mitch se alegró al ver su expresión de contento. Hacía dos días que no la veía, desde que le había dicho que la quería y que pretendía casarse con ella. En esos dos días, le había dado muchas vueltas a la cabeza y confiaba en que, a pesar de sí misma, Hester hubiera hecho lo mismo.

-¿Estás de obra? -preguntó, señalando con la cabeza el martillo.

-Solo estaba colgando una estantería -agarró el mango del martillo con ambas manos, sintiéndose como una adolescente-. Pasa.

Él miró hacia la habitación de Radley mientras ella cerraba la puerta. Parecía que se estaba desarrollando un bombardeo masivo.

-No me habías dicho que ibas a abrir un patio de recreo.

-Es uno de los sueños de mi vida. ¡Rad! ¡Han firmado la paz! ¡Alto el fuego! -lanzándole una sonrisa cautelosa a Mitch, le indicó una silla-. Radley se ha traído a Josh hoy, y Emie... Emie vive arriba y va a su clase.

-Sí, ya, el chico de los Bitterman. Lo conozco. Qué bonitas -dijo, mirando las estanterías.

-Son un regalo por cumplir un mes en el National Trust -Hester pasó un dedo por el filo de uno de los estantes.

-¿Una especie de bonificación?

-De autobonificación.

-Esas son las mejores. ¿Quieres que acabe yo?

-¿Cómo? -miró el martillo-. Ah, no, gracias. Ya lo hago yo. ¿Por qué no te sientas? Te traeré un café.

-Tú cuelgas la estantería y yo voy por el café -la besó en la punta de la nariz-. Y relájate, ¿quieres?

Solo había dado dos pasos cuando ella lo agarró del brazo.

-Mitch, estoy muy contenta de verte. Temía que... bueno, que estuvieras enfadado.

-¿Enfadado? -la miró, perplejo-. ¿Por qué?

-Por... -se interrumpió al ver que seguía mirándola con aquella expresión entre curiosidad y desconcierto que la hacía preguntarse si se lo habría imaginado todo-. Da igual -se sacó la escarpia del bolsillo-. Sírvete el café.

-Gracias -ella se dio la vuelta y Mitch sonrió. Había logrado justamente lo que pretendía: confundida. A partir de ese instante, Hester empezaría a pensar en él, en lo que se habían dicho. Y, cuanto más pensara en ello, más cerca estaría de entrar en razón.

Silbando entre dientes, entró en la cocina mientras Hester ponía la segunda escarpia.

Mitch le había pedido que se casara con él.

Ella recordaba todo cuanto había dicho, y lo que le había contestado. Y sabía que él se había sentido dolido y enojado. ¿Acaso no se había pasado dos días lamentándolo? Y, sin embargo, Mitch aparecía de pronto como si nada hubiera pasado.

Hester dejó el martillo y alzó la estantería. Tal vez había empezado a perder interés y se alegraba de que le hubiera dicho que no. Eso debía ser, se dijo, preguntándose por qué la idea no la tranquilizaba tanto como debería.

-Has hecho galletas -Mitch regresó con dos tazas y un platillo con galletas recién hechas apoyado en equilibrio sobre una de ellas.

-Sí, las hice esta mañana -ella miró hacia atrás, sonriendo, mientras ajustaba los estantes.

-Súbela un poco de la derecha -se sentó en el brazo de una silla y dejó la taza de Hester sobre la mesa para tomar una galleta de chocolate-. Buenísima -dijo tras dar el primer mordisco-. Y, aunque esté mal que yo lo diga, soy un experto.

-Me alegro de que te gusten -Hester retrocedió para mirar las estanterías.

-Es importante. Porque no sé si podría casarme con una mujer que no supiera hacer galletas -tomó una segunda y la examinó-. Bueno, puede que sí pudiera -dijo mientras Hester se volvía lentamente para mirado-. Pero sería muy duro -engulló la segunda y le sonrió-. Por suerte, no será problema.

-Mitch... -antes de que pudiera decir nada, Radley irrumpió en la habitación con sus dos amigos detrás.

-¡Mitch! -encantado de vedo, Radley se paró a su lado y Mitch le pasó el brazo por los hombros con toda naturalidad-. Acabamos de echar una guerra que no veas. Somos los únicos supervivientes.

-Eso da mucha hambre. Toma una galleta.

Radley tomó una y se la metió en la boca.

-Tenemos que subir a casa de Emie y conseguir más armas -tomó otra galleta y vio que su madre lo estaba mirando con el ceño fruncido-. No has traído aTas.

-Anoche se quedó viendo una película hasta tarde y está durmiendo.

-Vale -Radley se volvió hacia su madre-. Mamá, ¿podemos subir un rato a casa de Ernie?

-Claro. Pero no salgáis sin decírmelo antes.

-No. Chicos, id delante. Yo tengo que hacer una cosa.

Volvió corriendo a su cuarto mientras sus amigos trotaban hacia la puerta.

-Me alegro de que esté haciendo amigos nuevos -comentó Hester, recogiendo la taza-. Estaba preocupado por eso.

-Radley no es de esos niños a los que les cuesta hacer amigos.

-Sí, es cierto.

-Además, tiene suerte de tener una madre que deja que sus amigos vengan a casa y les hace galletas -bebió otro sorbo de café. La cocinera de su madre hacía pastelitos. Pero creía que Hester entendería que no era lo mismo-. Naturalmente, cuando nos casemos, tendremos que darle hermanitos y hermanitas. ¿Qué vas a poner en la estantería?

-Cosas inútiles -murmuró ella, mirándolo fijamente-. Mitch, no quiero discutir, pero creo que deberíamos aclarar esto.

-¿Aclarar qué? Ah, venía a decirte que ya he empezado el guión. Y por ahora va muy bien.

-Me alegro -dijo, confundida-. Mira, es maravilloso, pero creo que antes deberíamos hablar de este asunto.

-Claro, ¿de qué asunto?

Ella abrió la boca, pero su hijo la interrumpió de nuevo. Al ver que entraba, se alejó y puso un pequeño gato de porcelana en el estante de abajo.

-He hecho una cosa para ti en el cole -azorado, Radley se acercó con las manos a la espalda.

-¿Sí? -Mitch dejó su taza de café-. ¿Puedo veda?

-Es San Valentín, ¿sabes? -tras un momento de duda, le dio a Mitch una tarjeta hecha de cartulina, con una cinta azul-. A mamá le hice un corazón con encaje, pero como tú eres chico me parecía mejor una cinta -Radley arrastró los pies-. Se abre.

Sin saber si se le quebraría la voz, Mitch abrió la tarjeta.

-«Para Mitch, mi mejor amigo. Te quiero, Radley» -tuvo que aclararse la garganta, confiando en no ponerse en ridículo-. Es fantástico. Yo... eh... nadie me había hecho una tarjeta antes.

-¿De veras? -preguntó Radley, sorprendido-. Yo siempre se las hago a mamá. Dice que le gustan más que las compradas.

-A mí esta me gusta mucho más -le dijo Mitch. No sabía si a los niños de casi diez años les gustaba que los besaran, pero le pasó una mano por el pelo y le dio un beso de todos modos-. Gracias.

-De nada. Hasta luego.

-Sí -Mitch oyó que la puerta se cerraba y miró de nuevo el pliego de cartulina doblado.

-No sabía que te había hecho una tarjeta -dijo Hester suavemente-. Supongo que quería que fuera un secreto.

-Ha hecho un buen trabajo -en ese momento, no podía explicar lo que significaba para él aquel trozo de cartulina con una cinta. Levantándose, se acercó a la ventana con la tarjeta en la mano-. Me encanta ese crío.

-Lo sé -ella se humedeció los labios. Era cierto, lo sabía. Pero ello solo dificultaba las cosas-. En unas pocas semanas has hecho mucho por él. Sé que ninguno de los dos tiene derecho a esperar que estés ahí, pero quiero que sepas que significa mucho para nosotros contar contigo.

Él tuvo que contener un estallido de cólera. No quería su gratitud. Quería mucho más. «Cálmate, Dempsey», se dijo.

-El mejor consejo que puedo darte es que vayas acostumbrándote, Hester.

-Eso es precisamente lo que no puedo hacer -ella se acercó a él-. Mitch, tú me importas mucho, pero no puedo depender de ti. No puedo permitirme esperar nada, ni hacerme ilusiones.

-Eso ya me lo has dicho -dejó la tarjeta cuidadosamente sobre la mesa-. Y no quiero discutir.

-Lo que has dicho antes...

-¿Qué he dicho?

-Eso de cuando nos casemos.

-¿He dicho eso? -sonrió, enroscándose un mechón de su pelo alrededor del dedo-. No sé en qué estaría pensando.

-Mitch, tengo la sensación de que intentas confundirme.

-¿Y lo estoy consiguiendo?

«Quítale importancia al asunto», se dijo ella. Si Mitch quería convertido en un juego, ella le seguiría la corriente.

-Hasta el punto de confirmar lo que siempre he pensado de ti. Que eres un hombre muy raro.

-¿En qué sentido?

-Bueno, para empezar, hablas con tu perro.

-Y él me responde, así que eso no cuenta. Inténtalo otra vez -la atrajo un poco más hacia sí. Aunque ella no se diera cuenta, estaban hablando de su relación, y Hester parecía relajada.

-Te ganas la vida escribiendo cómics. Y los lees.

-Tú que te dedicas a la banca deberías comprender la importancia de una buena inversión. ¿Sabes lo que pagan los coleccionistas por el número doble de mi Defensores de Perth? La modestia me impide mencionar la cifra.

-Apuesto a que sí.

Él asintió ligeramente.

-Y estaré encantado de discutir con usted acerca del valor de la literatura en cualquiera de sus formas, señora Wallace. ¿Te he dicho alguna vez que en el instituto era capitán del equipo de debate?

-No -ella apoyó las manos en su pecho, atraída de nuevo por el cuerpo recio y disciplinado que se ocultaba bajo el viejo jersey-. Además, está hecho de que no has tirado un solo periódico ni una revista en los últimos cinco años.

-Estoy guardándolo para cuando venga la gran escasez de papel del segundo milenio.

-Además, tienes respuesta para todo.

-Solo hay una respuesta que quiera de ti. ¿Te he mencionado que me enamoré de tus ojos nada más enamorarme de tus piernas?

-No -ella esbozó una sonrisa-. Y yo nunca te he dicho que, la primera vez que te vi, por la mirilla, me quedé mirándote largo rato.

-Lo sabía -él sonrió-. Si miras bien por el agujerito, se ve una sombra.

-Ah -dijo ella, y no se le ocurrió qué más decir.

-¿Sabe, señora Wallace?, los niños pueden volver en cualquier momento. ¿Le importa que dejemos de hablar unos minutos?

-No -lo rodeó con los brazos-. No me importa en absoluto.

No quería admitir, ni siquiera ante sí misma, que en sus brazos se sentía segura y protegida. Pero así era. N o quería aceptar que había temido perderlo, que la aterrorizaba el hueco que habría dejado en su vida. Pero, a pesar de que aquel miedo se desvaneció al besarlo, era muy real.

Ella no podía pensar en el mañana, ni en el futuro que Mitch esbozaba con tanta facilidad hablándole de familia y matrimonio. Le habían inculcado que el matrimonio era para siempre y, sin embargo, la experiencia le había demostrado que no era más que una promesa tan fácil de hacer como de romper. Y no quería que en su vida hubiera más promesas rotas, más votos quebrantados.

Los sentimientos brotaban en su interior a borbotones, arrastrando con ellos anhelos y sueños deslumbrantes. Tal vez el corazón se lo había entregado a Mitch, pero seguía estando en poder de su voluntad. Al tiempo que sus manos se aferraban fuertemente a él, atrayéndolo hacia sí, se decía que su voluntad evitaría que ambos fueran infelices más adelante.

-Te quiero, Hester -murmuró él contra su boca, a pesar de que sabía que tal vez ella no quisiera escuchar esas palabras. Pero, tal vez si las decía muchas veces, ella empezaría a creérselas.

Quería que se comprometiera con él para siempre, no solo para un momento como aquel, robado a la luz del sol que entraba a raudales por la ventana, u otros semejantes

en la penumbra. Solo una vez con anterioridad había deseado algo tan intensamente. Pero había sido algo abstracto, algo nebuloso llamado arte. Al final, se había visto forzado a admitir que ese sueño nunca estaría al alcance de su mano.

Hester, en cambio, estaba en sus brazos. Podía abrazarla así y sentir el sabor dulce y cálido de las ansias que se agitaban en su interior. Ella no era un sueño, sino una mujer a la que amaba, deseaba y poseería. Si para conservarla tenía que utilizar artimañas hasta despojarla una a una de las capas de su resistencia, lo haría.

Alzó las manos hasta su cara, hundiendo los dedos en su pelo.

-Creo que los chicos están a punto de bajar.

-Seguramente,-ella buscó su boca otra vez. ¿Había sentido alguna vez antes aquella urgencia?-. Ojalá tuviéramos más tiempo.

-¿Te gustaría?

Ella tenía los ojos entrecerrados cuando Mitch se apartó.

-Sí.

-Entonces, deja que vuelva esta noche.

-Oh, Mitch -ella se precipitó entre sus brazos, apoyando la cabeza sobre su hombro. Por primera vez desde hacía una década, la mujer y la madre estaban en guerra-. Te deseo. Lo sabes, ¿verdad?

-Eso me había parecido.

-Me gustaría que pudiéramos pasar la noche juntos, pero está Rad.

-Ya sé lo que piensas de que me quede aquí con Rad en la otra habitación. Pero, Hester... -deslizó las manos por sus brazos y las posó sobre sus hombros-, ¿por qué no somos sinceros con él y le decimos que nos gustamos y queremos estar juntos?

-Mitch, es muy pequeño.

-No, no lo es. No, espera -continuó antes de que ella volviera a hablar-. No estoy diciendo que le quitemos importancia, sino que le digamos a Radley lo que sentimos el uno por el otro y que, cuando dos personas adultas se quieren así, necesitan demostrarlo.

En sus labios parecía tan sencillo, tan lógico, tan natural... Reuniendo sus pensamientos, ella retrocedió.

-Mitch, Rad te quiere, y te quiere con la inocencia y la falta de restricción de un niño.

-Yo también lo quiero a él.

Ella lo miró a los ojos y asintió.

-Sí, creo que sí, y, si es cierto, espero que lo entiendas. Temo que, si meto a Rad en esto en este momento, llegará a necesitarte más de lo que te necesita ya. Acabará pensando en ti como en...

-En un padre -concluyó Mitch-. Y tú no quieres que tenga un padre, ¿no es eso, Hester?

-Eso no es justo -sus ojos, normalmente claros y serenos, se enturbiaron.

-Puede que no, pero, si yo estuviera en tu lugar, pensaría en ello despacio.

-No hace falta que te pongas cruel solo porque no quiero acostarme contigo cuando mi hijo duerme en la otra habitación.

Él la asió de la camisa tan rápidamente que no le dio tiempo a reaccionar. Lo había visto enfadado, al límite de su aguante, pero nunca furioso.

-Maldita sea, ¿es que crees que solo estamos hablando de eso? Si solo quisiera sexo, no tendría más que bajar a mi casa y levantar el teléfono. El sexo es muy fácil, Hester. Lo único que hace falta son dos personas y un poco de tiempo libre.

-Lo siento -ella cerró los ojos, profundamente avergonzada-. Ha sido una estupidez, Mitch. Pero me siento entre la espada y la pared. Necesito tiempo. Por favor.

-Yo también. Pero tiempo para estar contigo -bajó las manos y se las metió en el bolsillo-. Te estoy presionando. Lo sé y no vaya parar, porque creo en nosotros.

-Ojalá yo pudiera decir lo mismo. Pero para mí hay demasiado en juego.

Y para él también, pensó Mitch, aunque no lo dijo.

-En fin, dejémoslo así por el momento. ¿Os venís Rad y tú a jugar a las máquinas de marcianitos esta noche a Times Square?

-Claro. Le encantará -volvió a acercarse a él-. Y a mí también.

-Eso dices ahora, pero cambiarás de idea cuando te haya humillado con mi insuperable destreza.

-Te quiero.

Él dejó escapar un largo suspiro, intentando contener el deseo de asirla de nuevo y negarse a irse.

-Cuando te acostumbres a ello, ¿me lo dirás?

-Serás el primero en saberlo.

Él recogió la tarjeta que le había hecho Radley.

-Dile a Rad que nos veremos luego.

-Se lo diré -él estaba casi en la puerta cuando ella lo siguió-. Mitch, ¿por qué no vienes a cenar mañana? Voy a hacer asado.

Él ladeó la cabeza.

-¿De ese con patatitas y zanahorias alrededor?

-Claro.

-¿Y galletas?

Ella sonrió.

-Si quieres...

-Tiene muy buena pinta, pero ya tengo planes.

-Ah -ella luchó con la necesidad de preguntarle cuáles, pero se recordó que no tenía derecho a hacerlo.

Mitch sonrió satisfecho, percibiendo su desilusión.

-¿Me invitarás otro día?

-Claro -ella intentó devolverle la sonrisa-. Supongo que Radley te habrá dicho que la semana que viene es su cumpleaños -dijo cuando Mitch llegó a la puerta.

-Solo cinco o seis veces -se detuvo con la mano en el picaporte.

-Va a hacer una fiesta el sábado por la tarde. Sé que le gustaría que vinieras, si puedes.

-Allí estaré. Mira, ¿por qué no nos vamos a las siete? Yo llevo las monedas.

-Estaremos listos -Mitch no iba a darle un beso de despedida, pensó ella-. Mitch, yo...

-Ah, casi se me olvidaba -él se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una cajita.

-¿Qué es eso?

-Es San Valentín, ¿no? -le puso la cajita en la mano-. Pues es el regalo de San Valentín.

-El regalo de San Valentín -repitió ella, desconcertada.

-Sí, la tradición, ¿recuerdas? Pensé en traerte bombones, pero imaginé que te pasarías el rato vigilando a Rad para que no comiera demasiados. Pero, si prefieres bombones, puedo devolver esto y...

-No -ella quitó la caja de su alcance y se echó a reír-. Aún no sé lo que es.

-Seguramente lo averiguarás si lo abres.

Al alzar la tapa, vio una fina cadena de oro con un corazón no más grande que una uña. Los diamantes que lo formaban brillaban suavemente.

-Oh, Mitch, es precioso.

-Algo me decía que te gustaría más que los bombones. Seguro que con los bombones pensabas en higiene dental.

-Qué exagerado -contestó ella, sacando el corazón de la caja-. Mitch, es realmente precioso, me encanta, pero es demasiado...

-Convencional, lo sé -la cortó él, quitándole el colgante-. Pero así soy yo.

-¿Ah, sí?

-Date la vuelta para que te lo ponga.

Ella obedeció, alzándose el pelo con una mano.

-Me gusta muchísimo, pero no espero que me compres cosa caras.

-Ya -frunció el ceño mientras abrochaba el cierre-. Yo tampoco esperaba los huevos con beicon, y te empeñaste en hacérmelos -tras asegurar el cierre, hizo que se diera la vuelta para mirarlo-. Y yo quiero verte con mi corazón alrededor del cuello.

-Gracias -tocó el colgante con un dedo-. Yo tampoco te he comprado bombones, pero tal vez pueda. regalarte otra cosa.

Sonriendo, lo besó suave y provocativamente, con una vehemencia que los sorprendió a ambos. Solo hacía falta un instante para perderse, para dejarse llevar por el deseo, por la imaginación. Con la espalda apoyada en la puerta, él deslizó las manos por su cara, por su pelo y sus hombros, y luego hasta sus caderas para apretarla contra sí. El fuego de la pasión se inflamó en un instante y, cuando Hester se apartó, Mitch se sintió abrasado por él. Sin apartar los ojos de ella, dejó escapar un largo y lento suspiro.

-Supongo que los críos estarán a punto de volver.

-En cualquier momento.

-Ya -la besó suavemente en la sien antes de darse la vuelta y abrir la puerta-. Hasta luego.

Bajaría a buscar a Tas, se dijo Mitch mientras recorría el pasillo. Y luego iría a dar un paseo. Un paseo muy largo.

Como había prometido, Mitch llegó con los bolsillos llenos de monedas de cuarto de dólar. El salón de juegos recreativos estaba atestado de gente y en él resonaban los pitidos, chiflidos y musiquillas de las máquinas de juegos. Hester permanecía a un lado mientras Mitch y Radley aunaban fuerzas para salvar al mundo de las guerras intergalácticas.

-Buen disparo, cabo -Mitch le dio al niño una palmada en el hombro cuando una nave Phaser II se desintegró con un destello de color.

-Te toca a ti -Radley le entregó los mandos a su oficial superior-. Cuidado con los misiles inteligentes.

-No te preocupes. Soy un veterano. -Vamos a superar el récord -Radley apartó los ojos de la pantalla el tiempo justo para mirar a su madre-. Luego, pondremos nuestras iniciales. ¿A que mola este sitio? Tiene de todo.

De todo, pensó Hester, incluidos algunos personajes de aspecto sórdido cubiertos de tatuajes y cuero. La máquina que había tras ella emitió un agudo chillido.

-No te alejes, ¿eh?

-Bueno, cabo, solo estamos a setecientos puntos del récord. Mucho ojo con los satélites nucleares.

-Señor, sí, señor -Radley apretó la mandíbula y tomó de nuevo los mandos.

-Buenos reflejos -le dijo Mitch a Hester viendo que Radley controlaba su nave con una mano y disparaba misiles tierra-aire con la otra.

-Josh tiene una videoconsola. A Rad le encanta ir a su casa a jugar a estas cosas -se mordió el labio inferior al ver que la nave de Radley se salvaba por los pelos de la aniquilación-. No me explico cómo se entera de lo que pasa. Ay, mira, ya ha pasado el récord.

Siguieron mirando en tenso silencio mientras Radley luchaba con bravura con su último oponente. Al final, la pantalla estalló en brillantes fuegos artificiales de sonido y color.

-Un nuevo récord -Mitch levantó a Radley en el aire-. Esto merece un ascenso. Sargento, inscriba sus iniciales.

-Pero tú te has hecho más puntos que yo.

-¿Quién lo dice? Anda, adelante.

Sofocado de orgullo, Radley pulsó las teclas que pasaban el alfabeto y escribió «R.A.W». «A» de Allan, pensó Mitch, pero no dijo nada.

-¿Quieres echar una partida, Hester?

-No, gracias. Prefiero mirar.

-A mamá no le gusta jugar -dijo Radley-. Le sudan las manos.

-¿Te sudan las manos? -repitió Mitch, sonriendo.

Hester miró a Rad con el ceño fruncido.

-Es por la presión. No soporto llevar sobre los hombros la responsabilidad de salvar el mundo. Sé que es un juego -dijo antes de que Mitch pudiera responder-. Pero me atrapa, por decirlo de algún modo.

-Es usted fantástica, señora Wallace -dijo él, y la besó.

Radley, que los estaba mirando, se quedó pensativo. Le parecía raro ver a Mitch besar a su madre. Pero no sabía si le gustaba o no. Entonces Mitch le puso la mano sobre el hombro. Aquello siempre le hacía sentirse bien.

-Bueno, ¿qué te apetece ahora? ¿La selva del Amazonas, la Edad Media o la caza del tiburón asesino?

-A mí me gusta la del ninja. Una vez vi una peli de ninjas en casa de Josh. Bueno, casi. La madre de Josh la quitó porque una de las chicas empezó a quitarse la ropa y esas cosas.

-¿Ah, sí? -Mitch contuvo la risa mientras Hester miraba a Radley espantada-. ¿Cómo se llamaba?

-Da igual -Hester lo agarró con fuerza de la mano-. Estoy segura de que los padres de Josh se equivocaron.

-Su padre creía que era de kung-fu. Y su madre se enfadó y le hizo ir a devolverla al videoclub. Pero a mí me siguen gustando los minjas.

-Vamos a ver si encontramos una máquina libre -Mitch se puso al lado de Hester-. No creo que esté traumatizado de por vida.

-Ya, pero me gustaría saber qué ha querido decir con «y esas cosas».

-A mí también -le pasó un brazo por los hombros mientras pasaban entre un grupo de adolescentes-. Quizá podamos alquilarla.

-Yo paso, gracias.

-¿No quieres ver *Los Ninjas de Nagasaki en pelotas*? -ella se giró y lo miró boquiabierta, y Mitch extendió las manos con las palmas hacia arriba-. Me lo he inventado, lo juro.

-Ya.

-Aquí hay una. ¿Puedo jugar a esta?

Mitch siguió mirando a Hester, sonriendo, mientras se sacaba un puñado de monedas del bolsillo.

Pasó el tiempo y Hester casi dejó de oír el ruido de las máquinas y la gente. Por complacer a Radley, echó un par de partidas a los juegos menos violentos, a los que no trataban de la dominación del mundo ni de la destrucción universal. Pero la mayor parte del tiempo la pasó observando a su hijo, contenta de vedo disfrutar de lo que para él era una auténtica noche en la ciudad.

Mientras Radley y Mitch permanecían inclinados sobre los mandos, cabeza con cabeza, pensó que debían de parecer una familia, y deseó poder creer aún en esas cosas. Pero, para ella, la familia y los compromisos de por vida eran cosas tan ilusorias como las máquinas que difundían luz y color a su alrededor.

El día a día, pensó con un leve suspiro. Eso era lo único en que podía pensar en ese momento. Al cabo de unas horas metería a Radley en la cama y se iría sola a su habitación. Ese era el único modo de asegurarse de que estarían los dos a salvo. Oyó que Mitch se reía y animaba a gritos a Radley, y apartó la mirada. No había otro modo, se dijo de nuevo. Por más que quisiera creer de nuevo, no podía arriesgarse.

-¿Qué tallas pinballs? -sugirió Mitch.

-No están mal -aunque tenían colores chillones y luces, a Radley no le parecían muy excitantes-. Pero a mamá le gustan.

-¿Eres buena?

Hester ahuyentó sus sombríos pensamientos.

-No soy mala del todo.

-¿Echamos una? -hizo tintinear las monedas en el bolsillo.

Ella no se consideraba muy competitiva, pero se dejó llevar por la mirada desafiante de Mitch.

-De acuerdo.

Siempre había tenido buena mano para las pinballs, tan buena que, de pequeña, ganaba a su hermano nueve veces de cada diez. Aunque aquellas máquinas eran electrónicas y mucho más sofisticadas que las de su niñez, no dudaba de que podría hacer una buena exhibición.

-Puedo darte ventaja, si quieres -sugirió Mitch mientras metía monedas en la ranura.

-Es curioso, yo iba a decirte lo mismo -con una sonrisa, Hester tomó los mandos.

Como por arte de magia, Hester dejó de oír los ruidos de alrededor y se concentró en mantener la bola en juego. Sus toques eran nerviosos y rápidos.

Mitch permanecía tras ella, con las manos metidas en los bolsillos de atrás, asintiendo mientras ella impulsaba la bola. Le gustaba su modo de inclinarse hacia la máquina, con los labios levemente abiertos y la mirada aguzada y alerta. De vez en cuando, sacaba la punta de la lengua entre los dientes o doblaba el cuerpo hacia delante como si quisiera seguir el curso rápido, errático, de la bola.

La pequeña bola plateada chocaba contra la goma haciendo sonar las campanas y encenderse las luces. Cuando la máquina se tragó su primera bola, ya había conseguido una puntuación notable.

-No está mal para una aficionada -comentó Mitch, guiñándole un ojo a Radley.

-Solo estaba calentando -sonriendo, ella se apartó.

Mitch tomó los mandos. Puesto de puntillas, Radley observaba las evoluciones de la bola. Molaba cuando se quedaba atascada en la parte de arriba de la máquina, vibrando entre los parachoques en un torbellino. Miró hacia atrás y, al ver las filas de máquinas; deseó haber pedido otra moneda antes de que su madre y Mitch empezaran a jugar. Aunque, si no podía jugar, al menos podía mirar. Se alejó un poco para echarle un vistazo a una máquina cercana.

-Parece que te gano por cien puntos –dijo Mitch, apartándose para dejarle sitio a Hester.

-No quería machacarte con la primera bola. Me parecía muy descortés -tiró de la varilla y empujó la bola.

Esta vez, le pareció haberle tomado de nuevo el tranquillo. No dejaba descansar la bola, mandándola de derecha a izquierda y luego hacia arriba, por el medio, donde pasaba por un túnel y chocaba con un dragón rojo. Aquello la devolvía a su niñez, cuando sus deseos eran sencillos y sus sueños dorados aún. Mientras la máquina se agitaba ruidosamente, se echó a reír, dejándose arrastrar por la partida.

Su puntuación subía y subía con tanto bullicio que a su alrededor se congregó una pequeña multitud. Antes de que se colara su segunda bola, la gente ya había elegido su bando.

Mitch tomó posición. Él, a diferencia de Hester, no bloqueaba sus oídos a las luces y los ruidos, sino que los usaba para bombear adrenalina. Estuvo a punto de perder la bola, causando sobresalto a su alrededor, pero logró mantenerla con la punta del propulsor y la lanzó con fuerza a un rincón. Esa vez, acabó cincuenta puntos por debajo de ella.

La tercera y última partida atrajo a más gente. Hester creyó oír que alguien hacía apuestas antes de desconectar y concentrarse en la bola y el toque. Estaba casi exhausta cuando volvió a apartarse.

-Te va a hacer falta un milagro, Mitch.

-No te pongas chulita -giró las muñecas como un concertista de piano, cosechando unos cuantos abucheo s y ovaciones a su alrededor.

Observando su técnica, Hester tuvo que reconocer que su modo de jugar era brillante. Aceptaba riesgos que podían haberle costado su última bola y los convertía en puntos ganadores. Permanecía con las piernas abiertas, relajado, pero Hester veía en sus ojos esa profunda concentración que tan familiar le resultaba en él y a la que, sin embargo, aún no se había acostumbrado. El pelo le caía sobre la frente, descuidado. En su cara había una leve sonrisa que le pareció al mismo tiempo complacida y temeraria.

Se descubrió mirándolo a él en lugar de a la bola mientras jugueteaba con el pequeño corazón de diamantes que llevaba sobre un jersey de cuello vuelto negro. Mitch era dé esos hombres con los que las mujeres soñaban y a los que convertían en héroes. Uno de esos hombres en los que una mujer podía llegar a confiar si se descuidaba. Con un hombre así, una podía pasarse años riendo. Las defensas de su corazón se debilitaron un poco más o y dejó escapar un suspiro.

La bola se perdió en la cueva del dragón con una serie de gruñidos.

-Te ha ganado por diez puntos -dijo alguien entre la gente-. Diez puntos, colega.

-Tenéis una partida gratis -dijo otro, dándole a Hester una palmadita amistosa en la espalda.

Mitch sacudió la cabeza, pasándose las manos por los vaqueros para secárselas.

-Respecto a esa ventaja... -dijo.

-Demasiado tarde -ridículamente satisfecha de sí misma, Hester enganchó los pulgares en las presillas de su pantalón y observó el marcador-. Magníficos reflejos. Es todo cuestión de muñeca.

-¿Echamos la revancha?

-No quiero humillarte otra vez -se dio la vuelta con intención de ofrecerle a Radley la partida gratis-. Rad, ¿por qué no...? ¿Rad? -se abrió paso entre los mirones que aún quedaban-. ¿Radley? -una leve punzada de pánico recorrió sU espina dorsal-. No está aquí.

-Estaba hace un minuto -Mitch le puso una mano en el brazo y escudriñó lo que veía del local.

-Me he descuidado -ella se llevó una mano a la garganta, donde el miedo se le había alojado ya, y empezó a caminar rápidamente-. Mira que sé que no debo perderlo de vista en un sitio así...

-Tranquila -dijo él con calma, a pesar de que Hester había conseguido contagiarle su miedo. Sabía lo fácil que era perder a un niño pequeño entre la multitud. Se oía todos los días en las noticias-. Estará por ahí, mirando las máquinas. Lo encontraremos. Yo iré por este lado, y tú por aquel.

Ella asintió y se dio la vuelta sin decir palabra. Había hasta seis y siete filas de personas en algunas de las máquinas. Hester se detuvo en todas ellas, buscando al niño rubio con el jersey azul. Lo llamaba alzando la voz por encima del ruido y el estrépito de las máquinas.

Al pasar junto a las grandes puertas de cristal, miró fuera, hacia las luces y las aceras atestadas de Times Square, y el corazón le dio un vuelco en el pecho. Radley no había salido, se dijo. Él nunca haría algo que le había prohibido expresamente muchas veces. A menos que alguien se lo hubiera llegado o.:.

Apretándose las manos con fuerza, se alejó de allí. No podía pensar así. Pero el local era tan grande y había tanta gente, tantos extraños... Y el ruido... El ruido era más ensordecedor de lo que recordaba. ¿Cómo iba a oír a Radley si la llamaba?

Se acercó a la siguiente fila, llamándolo. Oyó reír a un niño y se dio la vuelta. Pero no era Radley. Diez minutos después, cuando ya había recorrido la mitad del local, empezó a pensar que tenía que llamar a la policía. Aceleró el paso e intentó mirar a todas partes a la vez mientras iba de fila en fila. Había tanto ruido y las luces eran tan brillantes... Tal vez debiera volver sobre sus pasos. Quizá no lo había visto. Quizá estuviera esperándola junto a la maldita pinball, preguntándose dónde se habrían metido. Tal vez estuviera asustado. Podía estar llamándola. Podía estar...

Entonces lo vio en brazos de Mitch. Apartó a dos personas y corrió hacia ellos.

-¡Radley! -se abrazó a ellos y enterró la cara en el pelo de su hijo.

-Se había ido a ver jugar a uno -dijo Mitch, acariciándole la espalda-. Y se ha encontrado con alguien que conocía del colegio.

-Era Ricky Nesbit, mamá. Estaba con su hermano mayor y me han prestado un cuarto de dólar. Hemos ido a echar una partida. No sabía que estaba tan lejos.

-Radley -ella luchó con las lágrimas y mantuvo firme la voz-. Sabes que no debes alejarte de mí. Este sitio es muy gré;lnde y hay mucha gente. Necesito saber que no vas a irte por ahí.

-Yo no quería. Es que Ricky me ha dicho que era solo un momento. Iba a volver enseguida.

-Las normas son las normas, Radley, y no hay más que hablar.

-Pero mamá...

-Rad -Mitch movió al niño entre sus brazos-, nos has dado un buen susto a. tu madre y a mí.

-Lo siento -sus ojos se empañaron-. No quería asustaros.

-No vuelvas a hacerlo -dijo Hester con voz más suave, y le dio un beso en la mejilla-. La próxima vez, irás a la celda de castigo. Eres lo único que tengo, Rad -lo abrazó otra vez. Tenía los ojos cerrados, de modo que no vio que a Mitch le cambiaba de pronto la expresión-. No puedo permitir que te pase nada.

-No lo haré más.

«Lo único que tiene», pensó Mitch, dejando al niño en el suelo. ¿Tan cabezota era que no podía admitir, ni siquiera para sí misma, que ya tenía alguien más? Se metió las

manos en los bolsillos y procuró sofocar su enojo y su dolor. Pronto Hester tendría que hacerle sitio en su vida, o se lo haría él mismo.

CAPÍTULO 11

Mitch no sabía si hacía bien manteniéndose alejado de Hester unos días, pero necesitaba algún tiempo. No era su estilo examinarlo y analizarlo todo, sino sentir y actuar. No obstante, nunca habían sido sus sentimientos tan fuertes, ni sus actos tan irreflexivos.

Cuando podía, se sumía en el trabajo y en las fantasías que podía controlar. Cuando no, permanecía solo en su casa, viendo alguna vieja película en la tele u oyendo música en el estéreo a todo volumen. Seguía trabajando en el guión que no sabía si podría hacer, con la esperanza de que el reto que suponía lo disuadiera de subir dos pisos y exigirle a Hester Wallace que entrara en razón.

Ella lo quería y, sin embargo, no lo quería. Se abría a él y, pese a todo, seguía manteniendo cerrada la parte más preciada de su ser. Confiaba en él, pero no lo suficiente como para compartir su vida con él.

«Eres lo único que tengo, Rad». ¿Sería también lo único que quería?, pensaba Mitch. ¿Cómo podía una mujer tan lista y generosa basar el resto de su vida en un error que había cometido diez años antes?

La impotencia lo ponía furioso. Ni siquiera en Nueva Orleáns, al tocar fondo, se había sentido impotente. Había afrontado sus limitaciones, las había aceptado y a continuación había canalizado sus talentos en otra dirección. ¿Habría llegado el momento de encarar sus limitaciones respecto a Hester?

Se pasaba horas pensando en ello, considerando compromisos para desecharlos luego. ¿Podía hacer lo que ella le pedía, dejar las cosas tal y como estaban? Serían amantes, no se harían promesas, ni hablarían del porvenir. Podían mantener aquella relación mientras no hubiera ni asomo de lazos y ataduras. No, no podía hacer lo que Hester le pedía. Ahora que había encontrado a la única mujer que le importaba, no aceptaría tenerla a medias.

Lo sorprendió verse convertido de pronto en paladín del matrimonio. No podía decir que hubiera conocido muchos pactados en el cielo. Sus padres se llevaban bien. Tenían los mismos gustos, el mismo origen, las mismas miras. Pero Mitch no recordaba haber visto nunca pasión entre ellos. Afecto y lealtad, sí, y un frente común contra las ambiciones de su hijo, pero jamás la chispa y el burbujeo de la atracción erótica. Se preguntaba si solo sentía pasión por Hester, pero ya sabía la respuesta. Incluso allí sentado, solo, se la imaginaba veinte años después, sentada en el balancín del porche que le había descrito. Se veía envejeciendo a su lado, acumulando recuerdos y costumbres. No estaba dispuesto a perder todo aquello. Por más que le costara, por más obstáculos que tuviera que superar, no lo perdería. Mitch se pasó una mano por el pelo y recogió las cajas que tenía que subir dos pisos más arriba.

Ella temía que no apareciera. Se había operado un cambio sutil en él desde la noche que estuvieron en Times Square. Se mostraba extrañamente distante por teléfono y, a pesar de que ella lo había invitado a subir varias veces, siempre ponía alguna excusa.

Hester tenía la sensación de que lo estaba perdiendo. Sirvió ponche en vasitos de plástico y se recordó que sabía desde el principio que aquello era temporal. Mitch tenía derecho a vivir su vida, a seguir su camino. Ella no podía esperar que aceptara la

distancia que se sentía obligada a poner entre los dos, ni que comprendiera la escasez de tiempo y atenciones que podía dedicarle por culpa de Rad y del trabajo. Lo único que podía esperar era que siguieran siendo amigos.

Cielos, cuánto lo echaba de menos... Añoraba hablar con él, reírse juntos, incluso apoyarse, aunque fuera solo un poco.

Dejó la jarra en la mesa y respiró hondo. Todo aquello no importaba. No debía importar en aquel momento. Había diez niños bulliciosos y alegres en la otra habitación. Era responsable de ellos, se dijo. No podía quedarse allí, haciendo inventario de sus errores cuando tenía otras obligaciones.

Al entrar en el cuarto de estar con la bandeja en las manos, dos niños pasaron a toda prisa delante de ella. Otro dos estaban peleándose en el suelo, mientras los demás gritaban para hacerse oír por encima de la música que sonaba en el tocadiscos. Hester ya había notado que uno de los nuevos amigos de Radley llevaba un pendiente de plata y hablaba de chicas con desparpajo. Dejó la bandeja sobre la mesa y miró hacia el techo. «Por favor, dame unos cuantos años más de cómic s y mecanos. Aún no estoy preparada para lo demás».

-Descanso para beber -dijo en voz alta-. Michael, ¿por qué no dejas de hacerle llaves a Emie y bebes un poco de ponche? Rad, dejad al gatito. Se vuelven ariscos si se los toca demasiado.

Radley dejó de mala gana la pequeña bola de pelo blanquinegra en una cesta acolchada.

-Mola un montón. Es lo que más me gusta -tomó un vaso de la bandeja-. El reloj también me gusta mucho -extendió el brazo y apretó un botón que cambiaba la hora por el primero de una serie de videojuegos en miniatura.

-Pero no te distraigas jugando con él cuando estés en clase.

Resoplando, varios niños le dieron codazos a Radley. Hester acababa de convencerlos para que se sentaran a jugar a uno de los juegos de mesa de Radley cuando llamaron a la puerta.

-¡Voy yo! -Radley se levantó de un salto y corrió a la puerta. Aún le quedaba un deseo de cumpleaños por cumplir. Y, al abrir, se hizo realidad-. ¡Mitch! Sabía que vendrías. Mamá decía que seguramente estabas muy ocupado, pero yo sabía que al final. vendrías. Me han regalado un gatito. Le he puesto Zark. ¿Quieres verlo?

-En cuanto deje estas cajas -a pesar de que estaba en forma, empezaba a acusar el peso. Dejó las cajas en el sofá y, al darse la vuelta, se encontró con el gatito Zark en las manos. El animal ronroneó y se arqueó bajo sus dedos-. Qué bonito. Habrá que bajar y presentárselo a Tas.

-¿Y si se lo come?

-¿Bromeas? -Mitch agarró al gatito bajo el brazo y miró a Hester-. Hola.

-Hola -Mitch necesitaba un afeitado y tenía un agujero en la costura del jersey, pero estaba guapísimo-. Ya pensábamos que no venías.

-Dije que estaría aquí y aquí estoy -acarició distraídamente las orejas del gato-. Yo cumplo mis promesas.

-También me han regalado un reloj -Radley alzó el brazo-. Pone la hora y la fecha y todo eso, pero también se puede jugar al buscaminas y al rugby.

-Conque al buscaminas, ¿eh? -Mitch se sentó en el brazo del sofá y observó la pantalla del reloj de Radley-. Ya no te aburrirás cuando vayas en el metro, ¿no?

-O al dentista. ¿Quieres jugar?

-Luego. Siento haber llegado tarde. Me he liado en la tienda.

-Da igual. Aún no nos hemos comido la tarta porque estábamos esperando. Es de chocolate.

-Estupendo. ¿No me vas a preguntar por tu regalo?

-Se supone que no debo hacerlo -lanzó una mirada de reojo a su madre, que estaba ocupada intentando evitar que sus amigos se pelearan otra vez-. ¿De verdad me has traído algo?

-No, qué va -riendo al ver su expresión, Mitch le revolvió el pelo-. Claro que sí. Está ahí, en el sofá.

-¿Cuál es?

-Todos.

Radley puso los ojos como platos.

-¿Todos?

-Van todos juntos. ¿Por qué no abres ese primero?

Como no tenía tiempo, ni materiales, Mitch no había envuelto las cajas en papel de regalo. Apenas se había acordado de tapar con cinta adhesiva la marca y el modelo, pero había disfrutado enormemente de la experiencia, nueva para él, de comprarle regalos a un niño. Radley empezó a abrir la pesada caja de cartón con ayuda de sus amigos más curiosos.

-¡Vaya, un ordenador! -Josh asomó la cabeza por detrás del hombro de Radley-. Robert Sawyer tiene uno igual. Se puede jugar a un montón de cosas con él.

-Un ordenador... -Radley miró asombrado la caja abierta y se volvió hacia Mitch-. ¿De verdad es para mí? ¿Para siempre?

-Pues claro; es un regalo. Aunque espero que me dejes jugar con él de vez en cuando.

-Te lo dejo cuando tú quieras -le rodeó el cuello con los brazos, olvidándose de que sus amigos lo estaba mirando-. Gracias. ¿Podemos conectado ahora mismo?

-Creía que nunca lo dirías.

-Rad, tendrás que despejar la mesa de tu habitación. Esperad -añadió Hester cuando los niños echaron a correr hacia el cuarto de Radley-. Eso no significa que lo tiréis todo al suelo, ¿vale? Hacedlo con cuidado, y Mitch y yo llevaremos el ordenador.

Se alejaron entre gritos de guerra y Hester pensó que durante algún tiempo se encontraría sorpresas bajo la cama y la alfombra de Radley. Pero se preocuparía por eso más tarde. En ese momento, cruzó la habitación y se acercó a Mitch.

-Eres muy generoso.

-Radley es un chico muy listo. Necesita uno de estos.

-Sí -miró las cajas todavía cerradas-. Quería comprarle uno, pero no me decidía.

-No pretendía ser una crítica, Hester.

-Lo sé -se mordió el labio, evidenciando su nerviosismo-. También sé que este no es momento de hablar. Y que tenemos que hacerlo. Pero, antes de llevar esto al cuarto de Rad, quiero decirte que me alegro mucho de que estés aquí.

-Aquí es donde quiero estar -le pasó un dedo por la mandíbula-. En algún momento tendrás que hacerte a la idea.

Ella tomó su mano y le besó la palma.

-Puede que no sientas lo mismo después de pasar un rato con un montón de niños de diez años -sonrió al oír un ruido en la habitación de Radley-. ¿Estás preparado?

El ruido fue seguido de un tumulto de voces que discutían apasionadamente.

-Adelante.

-Vale -Hester respiró hondo y alzó la primera caja.

La fiesta se había acabado. El último niño invitado acababa de irse con sus padres. Un extraño y maravilloso silencio había caído sobre la habitación. Hester permanecía

sentada en una silla, con los ojos entrecerrados, mientras Mitch yacía tumbado en el sofá, con los suyos completamente cerrados. En el silencio, podía oír el tec1eteo del ordenador nuevo de Radley y los maullidos de Zark, acurrucado en el regazo de su hijo. Exhalando un suspiro de satisfacción, observó el cuarto de estar.

Estaba manga por hombro. Por todas partes había tirados vasos y platos de plástico. Había restos de patatas fritas y ganchitos en los cuencos, pero, sobre todo, pisoteados en la alfombra. Entre los juguetes considerados dignos de atención por los niños había esparcidos jirones de papel de regalo. Hester no quería ni imaginarse cómo estaría la cocina.

Mitch abrió un ojo y la miró.

-¿Hemos ganado?

-Absolutamente -Hester se levantó con desgana-. Ha sido una victoria brillante. ¿Quieres una almohada?

-No -tomándola de la mano, tiró de ella para que se sentara a su lado.

-Mitch, Radley está...

-Jugando con el ordenador -dijo él, besándole suavemente el labio inferior-. Apuesto a que acabará derrumbándose e instalando los programas educativos antes de acostarse.

-Ha sido una gran idea mezclárselos con los otros.

-Es que soy un chico muy listo -la tomó en sus brazos, y ella se recostó en la curva de su hombro-. Además, imaginé que te convencería el lado práctico del aparato, y que Rad y yo podríamos jugar tranquilos.

-Me extraña que tú no tengas uno.

-La verdad es que... cuando he ido a comprárselo a Rad me ha gustado tanto que he comprado dos. Para equilibrar mis cuentas domésticas -dijo al ver que Hester lo miraba, sorprendida-. Y modernizar mi sistema de archivos.

-Tú no tienes sistema de archivos.

-¿Lo ves? -apoyó la mejilla en su pelo-. Hester, ¿sabes cuál es uno de los diez mejores inventos de la civilización?

-¿El horno microondas?

-La siesta. Y este sofá es comodísimo.

-Necesita un buen tapizado.

-Pero cuando estás tumbado, no se nota -la enlazó por la cintura-. Échate conmigo un rato.

-Tengo que recoger todo esto -pero se le cerraban los ojos.

-¿Por qué? ¿Esperas a alguien?

-No. Pero ¿tú no tienes que bajar a sacar a Tas?

-Le di a Ernie un par de pavos para que le diera un paseo.

Hester se acurrucó en su hombro.

-Qué listo eres.

-Ya te lo decía yo.

-Yo ni siquiera he pensado en la cena -murmuró ella mientras empezaba a adormecerse.

-Podemos comemos la tarta.

Sonriendo, ella se sumió en el sueño a su lado.

Radley entró en la habitación un momento después, con el gatito enroscado entre sus brazos. Quería decides cuál había sido su última puntuación, pero se quedó de pie delante del sofá, acariciando las orejas del gato, observando a su madre y a Mitch pensativamente. A veces, cuando tenía una pesadilla o estaba malo, su madre dormía

con él. Yeso siempre hacía que se sintiera mejor. Tal vez dormir con Mitch hacía que su madre se sintiera mejor.

Se preguntaba si Mitch quería a su madre. Le daba un cosquilleo en el estómago cuando lo pensaba. Quería que Mitch se quedara y fuera su amigo. Si se casaban, ¿significaría eso que acabaría marchándose? Tenía que preguntado, decidió. Su madre siempre le decía la verdad. Cambiándose el gatito de brazo, tomó un cuenco con patatas y se lo llevó a la habitación.

Era casi de noche cuando Hester se despertó. Al abrir los ojos, se encontró con los de Mitch. Parpadeó, intentando orientarse. Entonces él la besó, y ella lo recordó todo.

-Debemos de haber dormido una hora -murmuró.

-Casi dos. ¿Qué tal estás?

-Aturdida. Siempre me siento aturdida si duermo durante el día -se desperezó y oyó reír a Radley en su cuarto-. Debe de estar aún con el ordenador. Creo que nunca lo he visto tan feliz.

-¿Y tú? ¿Eres feliz?

-Sí -trazó la línea de sus dedos con la punta del dedo-. Soy feliz.

-Si estás aturdida y eres feliz, puede que este sea el momento perfecto para pedirte otra vez que te cases conmigo.

-Mitch...

-¿No? Está bien, esperaré hasta que pueda emborracharte. ¿Queda algo de tarta?

-Un poco. ¿No estás enfadado?

Mitch se pasó las manos por el pelo y se sentó.

-¿Por qué?

Hester le puso las manos sobre los hombros y apoyó la mejilla contra la de él.

-Siento no poder darte lo que quieres.

Mitch la apretó entre sus brazos. Luego, con un esfuerzo, la soltó.

-Bien. Eso significa que vas cambiando de opinión. Yo quiero una boda por todo lo alto.

-¡Mitch!

-¿Qué?

Ella se apartó y sacudió la cabeza, conteniendo una sonrisa.

-Nada. Creo que es mejor no decir nada. Anda, come un poco de tarta. Yo voy a recogerlo todo.

Mitch observó la habitación, que, en su opinión, se encontraba en un estado aceptable.

-¿De verdad quieres limpiado esta noche? -¿No querrás que lo dejé así hasta mañana? -dijo ella, y luego se detuvo-. Olvídalo. No me acordaba de con quién estaba hablando.

Mitch achicó los ojos.

-¿Insinúas que soy desordenado?

-No, qué va. Estoy segura de que la decoración tipo basurero tiene su atractivo. Desde luego, a ti te encanta -empezó a recoger los platos de papel-. Será por haber tenido criadas de pequeño.

-La verdad es que es por no haber podido desordenar nunca mi cuarto de pequeño. Mi madre no soportaba el desorden -a él siempre le había gustado, pero ver limpiar a Hester también tenía su atractivo-. En mi décimo cumpleaños, contrató a un mago. Nos sentamos en sillitas plegables; los niños, con traje; las niñas, con vestiditos de organdí, y contemplamos la actuación. Luego se sirvió un almuerzo ligero en la terraza. Había

tantos sirvientes alrededor que, cuando acabó la fiesta, no había ni una sola miga que recoger. Supongo que ahora intento resarcirme y se me va la mano.

-Puede que un poquito -ella le besó en ambas mejillas. Qué hombre tan extraño era, pensó. Tan tranquilo y espontáneo por un lado, y tan atormentado por otro. Ella estaba convencida de que la infancia afectaba a la vida adulta, incluso hasta la vejez. Era la fuerza de ese convencimiento lo que la impulsaba a hacer cuanto podía por Radley-. Tienes derecho a tu desorden, Mitch. No permitas que nadie te lo quite.

Él le besó la mejilla.

-Supongo que tú también tienes derecho a tu limpieza y tu orden. ¿Dónde está la aspiradora?

Ella se retiró, frunciendo el ceño.

-¿Sabes lo que es una aspiradora?

-Muy graciosa -le dio un pellizco justo de bajo de las costillas. Hester se apartó, chillando-. Ah, conque tienes cosquillas, ¿eh?

-Ni se te ocurra -le advirtió ella, levantando el montón de platos de plástico como un escudo-. No quiero hacerte daño.

-Vamos -él se agachó como un luchador-. A tres asaltos.

-Te lo advierto -percibiendo el brillo de sus ojos, retrocedió a medida que él avanzaba-. Puedo ponerme violenta.

-¿Me lo prometes? -se abalanzó hacia ella, inclinándose hacia su cintura. Hester alzó instintivamente los brazos. Los platos, manchados de tarta y helado, le dieron de lleno en la cara-. Oh, Dios -riendo a carcajadas, Hester se dejó caer en una silla que había tras ella. Abrió la boca para hablar, pero volvió a retorcerse de risa.

Mitch se pasó muy despacio una mano por la cara y observó el churrete de chocolate. Al verlo, Hester cruzó los brazos sobre la tripa y, sin poder contenerse, soltó otra carcajada.

-¿Qué pasa? -Radley entró en el cuarto de estar y miró extrañado a su madre. Hester señaló con el dedo. Radley alzó los ojos y se quedó mirando fijamente a Mitch-. Vaya -hizo girar los ojos y empezó a reírse-. La hermana de Mike siempre se mancha la cara de comida. Pero solo tiene dos años.

Hester, que había logrado recuperar el control, rompió de nuevo a reír. Atragantándose por la risa, atrajo a Radley hacia sí.

-Ha sido... ha sido un accidente -logró decir, y volvió a reírse.

-Ha sido una puñalada trapera -dijo Mitch-. Y exige una repuesta inmediata.

-No, por favor -Hester extendió una mano, aunque sabía que estaba demasiado débil para defenderse-. Lo siento, lo juro. Ha sido un reflejo, nada más.

-Y esto también -él se acercó y, aunque ella bajó la cabeza detrás de Radley, consiguió alcanzarla y la besó. Besó su boca, su nariz, sus mejillas, mientras ella reía y forcejeaba. Cuando acabó, había conseguido transferir buena parte del chocolate a su cara. Radley echó un vistazo a su madre y se deslizó hasta el suelo, partiéndose de risa.

-Estás loco -dijo ella mientras se limpiaba el chocolate con el dorso de la mano.

-Y tú estás preciosa llena de chocolate, Hester.

Tardaron más de una hora en ponerlo todo de nuevo en orden. Por votación popular, acabaron compartiendo una pizza como la noche que se conocieron, y después pasaron el resto de la noche probando los regalos de cumpleaños de Radley. Cuando este comenzó a dar cabezadas sobre el teclado del ordenador, Hester logró convencerlo para que se fuera a la cama.

-Menudo día -Hester dejó el gatito en su cesto a los pies de la cama de Radley y salió al pasillo.

-Yo diría que recordará siempre este cumpleaños.

-Yo también -se llevó una mano al cuello, que notaba ligeramente tenso, y se lo frotó-. ¿Te apetece una copa de vino?

-Yo la sirvo -la llevó hacia el cuarto de estar-. Tú siéntate.

-Gracias -Hester se dejó caer en el sofá, estiró las piernas y se quitó los zapatos. Sí, sin duda recordaría aquel día. Y en algún momento durante su transcurso había llegado a la conclusión de que también podía tener una noche que recordar.

-Aquí tienes -Mitch le alcanzó una copa de vino y se deslizó a su lado en el sofá. Sujetando su copa con una mano, hizo que Hester se moviera para apoyarse contra él.

-Qué bien se está -ella dio un suspiro y se llevó la copa a los labios.

-Sí, se está muy bien -se inclinó y le besó suavemente el cuello-. Ya te he dicho que este sofá era muy cómodo.

-A veces se me olvida lo que es relajarse así. Todo está hecho; Radley se ha ido a la cama feliz y mañana es domingo y no hay nada urgente en que pensar.

-¿No te apetece salir por ahí a bailar y divertirte?

-No -ella estiró los hombros-. ¿Ya ti?

-Yo estoy bien aquí.

-Entonces, quédate -ella apretó los labios un momento-. Quédate esta noche.

Él guardó silencio. Dejó de masajearle suavemente el cuello y luego empezó de nuevo, muy despacio.

-¿Estás segura de que es lo que quieres?

-Sí -respiró hondo y se volvió para mirarlo-. Te echaba de menos. Quisiera saber qué está bien y qué mal, qué es lo mejor para todos nosotros. Pero de lo que estoy segura es de que te echaba de menos. ¿Vas a quedarte?

-No vaya ir a ninguna parte.

Ella se recostó contra él, alborozada. Durante largo tiempo permanecieron como estaban, medio soñando, en silencio, con la luz de la lámpara brillando suavemente tras ellos.

-¿Sigues trabajando en el guión? -preguntó ella al cabo de un rato.

-Mmm-hmm -Mitch pensó que podía acostumbrarse a aquello, a tener a Hester acurrucada a su lado de noche, al fulgor de la lámpara, con el olor de su pelo invadiéndole los sentidos-. Tenías razón. Me habría odiado a mí mismo si no hubiera intentado escribirlo. Supongo que tenían que pasárseme los nervios.

-¿Nervios? -ella sonrió-. ¿Tú?

-Me pongo muy nervioso cuando me pasa algo extraño o importante. La primera vez que hice el amor contigo, estaba como un flan.

Aquello sorprendió a Hester y, al mismo tiempo, hizo aún más dulce el recuerdo de aquella noche.

-No se notaba.

-Créeme, te lo garantizo -él acarició la parte exterior de su muslo levemente, con una naturalidad que resultaba seductora-. Temía meter la pata y echar a perder lo más importante que me había pasado en la vida.

-No metiste la pata. Hiciste que me sintiera muy especial.

Ella se levantó y le tendió la mano. Apagó las luces y se fueron a la habitación.

Mitch cerró la puerta. Hester abrió la cama. Él sabía que podía ser así cada noche, el resto de sus días. Ella estaba a punto de creerlo también. Él lo sabía, lo vio en sus ojos cuando se acercó a ella. Hester lo miró fijamente mientras él le desabrochaba la blusa.

Se desnudaron en silencio, pero el aire ya había empezado a zumbar. Aunque sus nervios se habían calmado, el deseo parecía más afilado que nunca. Ya sabían lo que podían darse el uno al otro. Se deslizaron juntos en la cama y se abrazaron.

Era tan delicioso el modo en que Mitch la rodeaba con sus brazos para atraerla hacia sí, cómo se encontraban sus cuerpos, mezclando su calor... Ella ya conocía el tacto de su cuerpo, su firmeza, su fortaleza. Sabía lo fácilmente que se amoldaba su cuerpo al de él. Echó la cabeza hacia atrás y, con los ojos fijos en él, le ofreció la boca. Besar a Mitch era como deslizarse por un río fresco hacia el agua blanca y bullente del mar.

De la garganta de Mitch surgió un profundo gemido al sentir que Hester se apretaba contra su cuerpo. Ella seguía siendo tímida, pero ya no se mostraba vacilante ni reservada. Ya no había en ella más que dulzura y ofrenda.

Así era siempre que se encontraban. Delicioso, sorprendente, maravilloso. Mitch puso la mano tras su nuca y ella se inclinó sobre él. La lengua de Hester conservaba aún la leve aspereza del vino. Mitch la saboreó mientras ella exploraba su boca. Él sentía en el interior de Hester una audacia que antes no estaba allí, una confianza nueva que la impulsaba a venir a él con sus propias exigencias y deseos. Su corazón estaba abierto, pensó Mitch mientras ella besaba ávidamente su garganta. Y ella se sentía libre. Eso era lo que él quería: que se sintiera libre. Que ambos se sintieran libres. Con algo parecido a una risa, se colocó sobre ella y comenzó a arrastrarla a la locura.

Ella no lograba saciarse de él. Pasaba las manos y la boca frenéticamente por su cuerpo, casi con ferocidad, pero no conseguía colmar aquella ansia. ¿Cómo iba a saber que un hombre podía ser tan excitante, tan delicioso? ¿ Cómo iba a saber que el olor de su piel haría que la cabeza le diera vueltas y que sus deseos se aguzaran? Con solo oír que murmuraba su nombre, su ansia se encendía.

Entrelazados, rodaron sobre las sábanas, enredándose en la manta, apartándola a un lado porque hacía rato que no necesitaban su calor. Él se movía tan rápido como ella, descubriendo nuevos secretos para deleitarla y atormentarla. Ella lo oyó susurrar su nombre mientras llenaba de besos su pecho. Sintió que su cuerpo se tensaba y se arqueaba al mover las manos más abajo.

Tal vez aquel poder siempre había estado dentro de ella, pero Hester estaba segura de que había surgido aquella noche. El poder de excitar a un hombre más allá de las formas civilizadas y, quizá, también más allá de la cordura. De cualquier modo, se sintió arrastrada por el placer cuando Mitch la atrapó bajo su cuerpo y dejó que el deseo tomara las riendas.

La boca de él, caliente y ávida, recorría su cuerpo. Exigencias, promesas y súplicas giraban como un torbellino en la cabeza de Hester, pero no podía hablar. Hasta el aliento le faltaba mientras él seguía impulsándola más y más alto. Se aferró a él con todas sus fuerzas, como si fuera un salvavidas en medio del mar embravecido.

Luego, los dos se hundieron.

CAPÍTULO 12

El cielo estaba nublado y amenazaba con nieve. Adormilada, Hester dejó de mirar la ventana y extendió el brazo hacia Mitch. La cama a su lado estaba revuelta, pero vacía.

¿Se había ido durante la noche?, se preguntó pasando la mano por las sábanas donde él había dormido. Al principio, sintió desilusión. Habría sido tan agradable despertarse con él por la mañana... Luego, retiró la mano y se la puso bajo la mejilla.

Quizá fuera mejor así. No sabía cómo habría reaccionado Radley. Y, si al despertarse hubiera tenido allí a Mitch, sin duda cada vez le habría sido más difícil no invitarlo a pasar la noche. Solo ella sabía lo mucho que se había esforzado para no tener que necesitar a nadie. Ahora, después de tantos años de lucha, empezaba a ver progresos reales. Había logrado darle a Radley un buen hogar, en un barrio agradable, y tenía un trabajo sólido y bien remunerado. Seguridad, estabilidad. No podía arriesgar de nuevo todas aquellas cosas por el embrollo sentimental que suponía depender de alguien. Y, sin embargo, ya empezaba a depender de Mitch, pensó retirando las mantas. Por más que la razón le decía que era mejor que se hubiera ido, lamentaba que no estuviera allí. Y lamentaba, mucho más de lo que él se imaginaba, ser suficientemente fuerte como para mantenerse apartada de él.

Se puso la bata y fue a ver si Radley quería desayunar. Los encontró juntos, inclinados sobre el teclado del ordenador, mientras lucecitas de colores explotaban en la pantalla.

-Este chisme falla -dijo Mitch-. Ese tiro era mortal.

-Te has pasado un kilómetro.

-Le voy a decir a tu madre que necesitas gafas. Mira, esto es directamente un boicot. ¿ Cómo voy a concentrarme con este estúpido gato mordisqueándome los pies?

-No sabes jugar -dijo Radley, altanero, cuando la última nave de Mitch cayó derrotada.

-¿Que no sé jugar? Yo te enseñaré si sé jugar -agarró a Radley y, levantándolo, le dio la vuelta-. A ver, ¿qué dices ahora? ¿Falla el aparato o no?

-No -riendo, Radley apoyó las manos en el suelo-. A lo mejor eres tú quien necesita gafas.

-Voy a tener que soltarte. No me dejas elección. Ah, hola, Hester -agarrando las piernas de Radley con un brazo, le sonrió.

-¡Hola, mamá! -aunque se estaba poniendo rojo, Radley parecía encantado cabeza abajo-. Le he ganado tres veces. Pero en realidad no está enfadado.

-¿Cómo que no? -Mitch lo levantó y lo dejó caer suavemente sobre la cama-. Me siento humillado.

-Le he dado una paliza -dijo Radley con satisfacción.

-No puedo creer que me lo haya perdido -ella les ofreció una sonrisa cautelosa. Radley parecía contento de que Mitch estuviera allí. En cuanto a ella, le costaba mucho esfuerzo sofocar la alegría-. Supongo que después de tres grandes batallas, querréis desayunar.

-Ya hemos comido -Radley se inclinó hacia el suelo para recoger al gatito-. Le he enseñado a Mitch a hacer tostadas francesas. Dice que están muy ricas.

-Eso ha sido antes de que me timaras.

-Yo no te he timado -Radley rodó sobre la cama y se colocó al gato sobre la tripa-. Mitch ha fregado la sartén y yo la he secado. Íbamos a prepararte a ti una, pero como seguías durmiendo...

La idea de que los dos hombres de su vida trastearan en la cocina mientras ella dormía la dejó confundida.

-Supongo que no esperaba que os levantarais tan pronto.

Mitch se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros.

-Hester, siento decirte esto, pero son más de las once:

-¿Las once?

-Sí. ¿Qué tal si comemos?

-Bueno, yo...

-Piénsatelo. Supongo que debería bajar y ocuparme de Tas.

-Lo haré yo -Radley se levantó y empezó a dar brincos-. Puedo darle la comida y sacarlo a dar un paseo. Sé hacerlo, tú me enseñaste.

-Por mí, bien. ¿Tú qué dices, Hester?

Ella aún estaba aturdida.

-De acuerdo. Pero abrígate.

-Sí -Radley recogió su chaqueta-. ¿Puedo traer a Tas cuando vuelva? Aún no conoce a Zark.

Hester miró la pequeña pelota de pelo, pensando en los grandes colmillos blancos de Tas.

-No creo que a Tas le apetezca mucho conocer a Zark.

-A Tas le encantan los gatos -le aseguró Mitch, recogiendo del suelo el gorro de esquí de Radley-. Y no lo digo en el sentido gastronómico, claro -se metió la mano en el bolsillo para sacar las llaves.

-Ten cuidado -le dijo ella a Radley cuando este salió agitando las llaves de Mitch. La puerta se cerró con un golpe.

-Buenos días -dijo Mitch, envolviéndola en sus brazos.

-Buenos días. Podías haberme despertado.

-Me dieron ganas -le pasó las manos por la espalda-. Iba a hacer café y a llevarte una taza. Pero Radley se levantó y, casi sin darme cuenta, me encontré batiendo huevos.

-Y... ¿no le extrañó que estuvieras aquí?

-No -la besó en la punta de la nariz. Luego, apretándola contra su costado, la condujo a la cocina-. Apareció cuando estaba calentando el agua y me preguntó si iba a preparar el desayuno. Tras una breve negociación, decidimos que él era el más cualificado de los dos. Todavía queda un poco de café, pero creo que será mejor que lo tiremos y hagamos más.

-Seguro que está bueno.

-Me encanta la gente optimista.

Ella estuvo a punto de sonreír mientras abría el frigorífico para sacar la leche.

-Pensaba que te habías ido.

-¿Habrías preferido que me fuera?

Ella sacudió la cabeza, pero no lo miró.

-Esto es muy duro, Mitch. Cada vez es más duro.

-¿El qué?

-Intentar no querer que estés aquí, así, todo el tiempo.

-Di una sola palabra y me mudaré con perro y todo.

-Ojalá pudiera. De verdad, ojalá. Mitch, esta mañana, al entrar en el cuarto de Rad y veros juntos, he sentido que algo encajaba. Me he quedado allí, pensando que podría ser así siempre.

-Y así será, Hester.

-Tú estás muy seguro -sonriendo, ella sedio la vuelta y apoyó las manos sobre la encimera-. Estás absolutamente seguro, y casi desde el principio. Tal vez sea eso lo que me asusta.

-Cuando te vi, Hester, sentí que una lucecita se encendía para mí -se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros-. No siempre he tenido claro qué quería en la vida, y a veces las cosas no han salido como yo esperaba, pero contigo estoy seguro -apretó los labios contra su pelo-. ¿Me quieres, Hester?

-Sí -con una largo suspiro, ella cerró los ojos-. Sí, te quiero.

-Entonces, cásate conmigo -la obligó suavemente a girarse para mirado cara a cara-. No te pido que cambies nada, salvo de apellido.

Ella deseaba creerlo, creer que era posible emprender una nueva vida una vez más. El corazón le martilleaba contra las costillas cuando rodeó a Mitch con los brazos. «Aprovecha la oportunidad», parecía decide. «No rechaces el amor». Sus dedos se tensaron-. Mitch, yo... -sonó el teléfono, y Hester dejó escapar el aliento que había estado conteniendo- Lo siento.

-Yo también -musitó él, pero la soltó.

A Hester aún le temblaban las piernas cuando descolgó el teléfono, colgado de la pared.

-¿Diga? -el aturdimiento se disipó de repente. Y, con él, la alegría-. Allan...

Mitch se dio la vuelta rápidamente. La voz de Hester era tan suave y firme como su mirada. Pero se había enroscado el cordón del teléfono alrededor de la mano, como si quisiera anclarse.

-Bien -dijo ella-. Estamos los dos bien. ¿Florida? Creía que estabas en San Diego.

Había vuelto a mudarse, pensó Hester mientras escuchaba aquella voz familiar e inquieta, como siempre. Escuchaba con fría paciencia mientras Allan le contaba lo bien que le iban las cosas.

-Rad no está en este momento -le dijo, aunque él no se lo había preguntado-. Si quieres felicitarlo por su cumpleaños, le diré que te llame -hubo una pausa, y Mitch notó que su mirada cambiaba, y que la rabia se apoderaba de ella-. Ayer -ella apretó los dientes y dejó escapar entre ellos un largo suspiro-. Tiene diez, Allan. Los cumplió ayer. Sí, estoy segura de que te cuesta hacerte a la idea.

Guardó silencio de nuevo y escuchó. Una rabia sorda se le había alojado en la garganta. Cuando volvió a hablar, su voz sonó hueca.

-Felicidades. ¿Que si me parece mal? -se echó a reír, sin importarle lo que pensara-. No, Allan, me da absolutamente igual. Está bien, buena suerte. Lo siento, no puedo mostrar más entusiasmo. Le diré a Radley que has llamado.

Colgó, reprimiendo cuidadosamente las ganas de estrellar el teléfono. Lentamente desenroscó el cable que empezaba a clavársele en la mano.

-¿Estás bien?

Ella asintió y, acercándose a la cocina, se sirvió un café que no le apetecía.

-Llamaba para decir que va a volver a casarse. Creía que iba a importarme.

-¿Y te importa?

-No -dio un sorbo de café solo. Su amargor le sentó bien-. Lo que haga me trae sin cuidado desde hace años. Ni siquiera sabía que era el cumpleaños de Radley -la rabia subió bullendo a la superficie, por más que se esforzaba por sofocarla-. Ni siquiera sabe cuántos años tiene -dejó la taza bruscamente y el café se derramó-. Radley dejó de existir para él en cuanto salió por la puerta. Lo único que tuvo que hacer fue cerrarla tras él.

-¿Y eso qué importa ahora?

-Radley es su hijo.

-No -Mitch sintió que la furia se apoderaba de él-. Eso es algo de lo que tienes que olvidarte. Acéptalo de una vez. Ese hombre no hizo más que engendrar a Radley. Y eso no conlleva automáticamente ningún lazo afectivo.

-Tiene una responsabilidad.

-Pero no la quiere, Hester -intentando conservar la paciencia, la tomó de las manos-. Se ha desvinculado absolutamente de Rad. No es nada admirable, y desde luego no lo ha hecho por el bien de su hijo. Pero ¿preferirías que entrara y saliera de la vida de Radley cuando se le antojara, dejando al chico confundido y dolido?

-No, pero...

-Quieres que se preocupe, y no se preocupa -aunque ella no apartó las manos, Mitch notó un cambio-. Te estás alejando de mí.

Era cierto. Lo lamentaba, pero no podía evitarlo.

-No quiero hacerlo.

-Pero lo haces -esa vez, fue él quien se apartó-. No ha hecho falta más que una llamada.

-Mitch, por favor, intenta comprenderlo.

-Eso hago -su voz parecía tener un filo que Hester no había oído nunca-. Ese hombre te dejó, y eso duele, pero pasó hace mucho tiempo.

-No es por el dolor que me causó -dijo ella, pasándose una mano por el pelo-. O puede que sí, en parte. No quiero volver a pasar por eso nunca más, por ese miedo, por esa sensación de vacío. Yo lo quería. Tienes que comprender que tal vez fuera joven y estúpida, pero lo quería.

-Nunca lo he dudado -dijo él, aunque no le gustara oírlo-. Una mujer como tú no hace promesas a la ligera.

-No. Cuando las hago, procuro cumplirlas -tomó de nuevo la taza de café con ambas manos, para calentárselas-. No sabes cuánto deseaba salvar mi matrimonio, lo mucho que lo intenté. Cuando me casé con Allan, renuncié a una parte de mí misma. Me dijo que íbamos a mudamos a Nueva York, que haríamos las cosas a lo grande, y me fui con él. Dejar mi casa, mi familia y mis amigos fue lo peor que he hecho nunca, pero me fui porque él quería. Casi todo lo que hice durante nuestro matrimonio lo hice porque él quería. Y porque era más fácil seguirle la corriente que negarme. Construí mi vida alrededor de la suya. Luego, a los veinte años, descubrí que no tenía vida en absoluto.

-Y te hiciste una para Radley y para ti. Tienes derecho a sentirte orgullosa de ello.

-Lo estoy. Me ha costado ocho años, ocho años, sentir que vuelvo a pisar terreno firme. Y ahora apareces tú.

-Ahora aparezco yo -dijo él lentamente, mirándola-. Y no te quitas de la cabeza la idea de que socavaré el suelo bajo tus pies otra vez.

-No quiero convertirme en esa mujer otra vez -dijo ella desesperadamente, buscando respuestas mientras intentaba hacerle comprender-. Una mujer que concentra todas sus metas y sus deseos alrededor de otra persona. Esta vez, si me encontrara sola de nuevo, no sé si podría soportarlo.

-Escúchate a ti misma. ¿Prefieres quedarte sola a arriesgarte a que las cosas no funcionen cincuenta años? Mírame bien, Hester. Yo no soy Allan Wallace. No te estoy pidiendo que te entierres para hacerme feliz. Te quiero tal y como eres ahora, y quiero pasar mi vida contigo.

-Las personas cambian, Mitch.

-Y pueden cambiar juntas -respiró hondo-. O separadas. ¿Por qué no me dices qué quieres hacer cuando por fin te aclares?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla al ver que él se alejaba. No tenía derecho a pedirle que volviera.

No podía quejarse, se decía Mitch mientras, sentado ante su ordenador nuevo, jugueteaba con la siguiente escena del guión. El trabajo iba mejor de lo que esperaba... y más rápido. Le estaba resultando fácil sumirse en las tribulaciones de Zark y olvidarse de sus problemas.

En ese momento, Zark estaba esperando junto a la cama de Leilah, rezando porque sobreviviera al raro accidente que había dejado intacta su belleza, pero dañado su cerebro. Naturalmente, cuando se despertara, sería una extraña. La que había sido su mujer durante dos años se convertiría en su peor enemigo, y su mente, tan brillante como siempre, se volvería malvada y retorcida. Los planes y los sueños de Zark quedarían destruidos para siempre. Galaxias enteras estarían en peligro.

-¿Tú crees tener problemas? -masculló Mitch-. Pues a mí las cosas no me van como la seda, precisamente.

Achicando los ojos, observó la pantalla. La ambientación era buena, pensó pasando a la página anterior. No le costaba imaginarse aquella habitación de hospital del siglo XXIII. Tampoco le costaba imaginarse la angustia de Zark, ni la locura que empezaba a germinar en el cerebro adormecido de Leilah. Lo que le costaba imaginarse era su vida sin Hester.

-Idiota -a sus pies, el perro bostezó, dándole la razón-. Debería bajar a ese maldito banco y sacarla a rastras. A ella le encantaría, ¿a que sí? -fijo riendo mientras se apartaba de la máquina y se desperezaba-. Apuesto a que sí -siguió dándole vueltas a aquella posibilidad y, al final, se sintió incómodo-. Podría hacerlo, pero seguramente los dos lo lamentaríamos. No hay mucho que hacer, salvo razonar, y eso ya lo he hecho. ¿Qué haría Zark?

Mitch se recostó en la silla y cerró los ojos. Zark, aquel héroe con ribetes de santo, ¿se resignaría? ¿ Como defensor de la ley y la justicia se retiraría graciosamente? No, decidió Mitch. En lo tocante al amor, Zark era un pardillo. Leilah seguiría arrojándole polvo astral en la cara, y él seguiría empeñado en recuperarla.

Por lo menos, Hester no había intentado envenenarlo con gas nervioso. Leilah había intentado eso y mucho más, y Zark seguía loco por ella.

Mitch observó el póster de Zark que había pegado en la pared para inspirarse.

«Estamos en el mismo barco, amigo, pero yo tampoco pienso sacar los remos y empezar a bogar. Y Hester va a encontrarse metida en aguas turbulentas».

Miró el despertador de la mesa, pero entonces recordó que se había parado dos días antes. Estaba seguro de haber mandado su reloj de pulsera a la lavandería, junto con los calcetines. Como quería saber cuánto tiempo faltaba para que Hester llegara a casa, entró en el cuarto de estar. Allí, sobre la mesa, había un antiguo reloj de repisa de chimenea al que le tenía tanto cariño que incluso se acordaba de darle cuerda. Mientras lo miraba, oyó a Radley en la puerta.

-Justo a tiempo -dijo al abrir-. A ver cuánto frío hace -frotó las mejillas de Radley con los nudillos-. Dos grados.

-Hace sol -dijo Radley, quitándose la mochila.

-Te apetece ir al parque, ¿eh? -Mitch aguardó a que Radley dejara la chaqueta cuidadosamente doblada sobre el brazo del sofá-. Puede que a mí también me venga bien, después de tomar un reconstituyente. La señora Jablanski, la de la puerta de al lado, ha hecho galletas. Le doy pena porque nadie me prepara comida caliente, así que me he hecho con unas cuantas.

-¿De qué son?

-De mantequilla de cacahuete.

-¡Vale! -Radley se fue corriendo a la cocina. Le gustaba la mesa de madera de ébano y cristal ahumado que Mitch tenía junto a la pared. Sobre todo, porque a Mitch no le importaba que manchara de huellas el cristal. El niño se sentó, contento con la leche con galletas y la compañía de Mitch-. Tenemos que hacer un rollo de trabajo sobre los estados -dijo con la boca llena-. A mí me ha tocado Rhode Island. Es el estado más pequeño. Yo quería Texas.

-Rhode Island -Mitch sonrió, dándole un mordisco a una galleta-. ¿Qué tiene de malo?

-Rhode Island no le interesa a nadie. En Texas tienen El Álamo y esas cosas.

-Bueno, tal vez yo pueda echarte una mano. Nací allí.

-¿En Rhode Island? ¿De verdad? -el pequeño estado pareció adquirir nuevo interés.

-Sí. ¿Cuánto tiempo tienes?

-Dos meses -dijo Radley encogiéndose de hombros mientras tomaba otra galleta-. Tenemos que hacer dibujos. Eso está bien, pero también hay que hablar de la industria, los recursos naturales y todo ese rollo. ¿Cómo es que te mudaste?

Él se dispuso a contestar con una broma, pero decidió ceñirse al código de sinceridad de Hester.

-No me llevaba muy bien con mis padres. Ahora nos llevamos mejor.

-A veces la gente se va y no vuelve.

El niño hablaba con tanta naturalidad que Mitch se sorprendió contestando del mismo modo:

-Lo sé.

-A mí antes me preocupaba que mamá se marchara. Pero no se ha marchado.

-Tu madre te quiere -Mitch le pasó una mano por el pelo.

-¿Vas a casarte con ella?

Mitch se detuvo.

-Bueno, yo... -¿qué podía decirle?-. Supongo que lo he pensado -sintiéndose absurdamente nervioso, se levantó para calentar un poco de café-. En realidad, lo he pensado mucho. ¿A ti qué te parecería?

-¿Vivirías con nosotros todo el tiempo?

-De eso se trata -sirvió el café y volvió a sentarse al lado de Radley-. ¿Te molestaría?

Radley lo miró con sus ojos oscuros y repentinamente inescrutables.

-La madre de un amigo mío volvió a casarse. Kevin dice que desde que se casaron ya no se lleva bien con su padrastro.

-¿Tú crees que, si me caso con tu madre, tú y yo dejaríamos de ser amigos? -agarró a Radley de la barbilla-. No soy amigo tuyo por tu madre, sino por ti. Te prometo que eso no cambiara cuando sea tu padrastro.

-Tú no serías mi padrastro. Yo no quiero un padrastro -la barbilla de Radley tembló-. Yo quiero uno de verdad. Los de verdad no se van.

Mitch deslizó las manos bajo los brazos de Radley y, alzándolo, lo sentó sobre sus rodillas.

-Tienes razón. Los de verdad no se van -dijo, acurrucándolo contra sí-. Yo no sé mucho de ser padre, ¿sabes? ¿Vas a enfadarte conmigo si de vez en cuando meto la pata?

Radley sacudió la cabeza y se apretó contra él.

-¿Se lo podemos decir a mamá?

Mitch se echó a reír.

-Sí, buena idea. Recoja su abrigo, sargento. Vamos a una misión muy importante.

Hester estaba hundida hasta los codos en números. Por alguna razón, le estaba costando un gran trabajo sumar dos y dos. Ya no le parecía tan importante como antes. Y eso, estaba segura, era señal inequívoca de problemas. Repasó los archivos, tasó y computó, y luego volvió a cerrados sin sentir nada en absoluto.

Era culpa de Mitch, se dijo. Era culpa suya que no lograra más que llevar a cabo aquellos gestos rutinarios sin dejar de pensar que tendría que seguir haciéndolos día tras día los siguientes veinte años. Mitch había hecho que se cuestionara su vida. La había hecho enfrentarse al dolor y la rabia que intentaba enterrar. Le había hecho desear lo que había jurado desterrar para siempre.

¿Y ahora qué? Apoyó los codos en el montón de archivos y se quedó con la mirada perdida. Estaba enamorada, más enamorada de lo que había estado nunca. El hombre al que amaba era excitante, amable y formal, y le estaba ofreciendo un nuevo comienzo.

Eso era lo que temía, admitió. De eso era de lo que intentaba huir. Antes no había comprendido que, todos aquellos años, no había culpado a Allan, sino a ella misma. Contemplaba la ruptura de su matrimonio como un error personal, como un fracaso íntimo. Y, en lugar de arriesgarse a fracasar de nuevo, le estaba dando la espalda a su única y verdadera esperanza.

Se decía que era por Radley, pero solo en parte era cierto. Al igual que el divorcio había sido un fracaso íntimo, comprometerse sin reservas con Mitch era un miedo íntimo. Él tenía razón, se dijo. Tenía razón sobre muchas cosas, desde el principio. Ella no era la misma mujer que se casó enamorada con Allan Wallace. Ni siquiera era la misma que había luchado por encontrar un asidero cuando se encontró sola con un hijo pequeño.

¿Cuándo iba a dejar de castigarse? Ahora mismo, decidió, levantando el teléfono. En ese preciso instante. Marcó con mano firme el número de Mitch, pero su corazón vacilaba. Se mordió el labio inferior y oyó sonar y sonar la línea.

-Ay, Mitch, ¿es que nunca elegimos el buen momento? -colgó el teléfono y se prometió no perder el coraje. Dentro de una hora estaría en casa y le diría que estaba lista para empezar de nuevo.

Al oír que Kay la llamaba, descolgó de nuevo el aparato.

-Dime, Kay.

-Señora Wallace, ha venido alguien a verla con respecto a un préstamo.

Frunciendo el ceño, Hester miró su agenda.

-No tengo a nadie citado.

-Pensé que podía recibido.

-Está bien, pero llámame dentro de veinte minutos. Tengo que acabar unas cosas antes de irme.

-Sí, señora.

Hester recogió su mesa y se disponía a levantarse cuando Mitch entró en el despacho.

-¿Mitch? Iba a... ¿Qué haces aquí? ¿Y Rad?

-Está esperando en la entrada, con Tas.

-Kay me ha dicho que alguien quería verme.

-Sí, yo -se acercó a la mesa y dejó sobre ella un portafolios.

Ella hizo amago de tocarle la mano, pero él parecía extrañamente serio.

-Mitch, no hace falta que digas que vienes a pedir un préstamo.

-Es que eso es a lo que vengo.

Ella sonrió y se recostó en la silla.

-No seas tonto.

-Señora Wallace, ¿es usted la encargada de los préstamos en este banco?

-Mitch, de verdad, esto no es necesario.

-Lamentaría mucho tener que decirle a Rosen que me has obligado a acudir a la competencia -abrió el portafolio s-. He traído la información financiera habitual en estos casos. Supongo que tendrás los impresos necesarios para solicitar una hipoteca.

-Claro, pero...

-Entonces, ¿por qué no sacas uno?

-Está bien -ya que quería jugar, le seguiría la corriente-. Así que quieres pedir un préstamo hipotecario. ¿Vas a comprar la propiedad para invertir, para alquilarla o para montar un negocio?

-No, por motivos estrictamente personales. -Entiendo. ¿Tienes contrato de compra venta?

-Aquí lo tienes -sintió una punzada de satisfacción al ver que ella se quedaba boquiabierta.

Hester le quitó los papeles de la mano y los estudió atentamente.

-Es de verdad.

-Pues claro que es de verdad. Di la entrada hace un par de semanas -se rascó la barbilla, recordando-. Veamos, creo que fue el día que hiciste el asado y no pude ir. No has vuelto a invitarme, por cierto.

-¿Te has comprado una casa? -ella volvió a mirar los papeles-. ¿En Connecticut?

-Aceptaron la oferta. Acabo de recibir los papeles. Supongo que el banco querrá tasarla. Hay una tarifa para esas cosas, ¿no?

-¿Qué? Ah, sí. Yo rellenaré los papales.

-Bien. Mientras tanto, te he traído unas fotos y un plano -los sacó del portafolio s y los puso sobre la mesa-. A lo mejor quieres echarles una ojeada.

-No entiendo.

-Empieza por mirar las fotos.

Ella tomó las fotos y de pronto vio la casa de sus sueños. Era grande y espaciosa, con porches alrededor y altos ventanales. La nieve cubría las siemprevivas junto a los peldaños de la entrada y se extendía, blanca e impoluta, sobre el tejado.

-Hay un par de edificios anejos que no se ven. Un establo y una gallinero..., los dos vacíos, por el momento. La parcela tiene unas dos hectáreas, y hay árboles y un riachuelo. El tipo de la inmobiliaria dice que hay buena pesca. El tejado necesita unos arreglos, y hay que cambiar los canalones. Por dentro le vendría bien una mano de pintura o de papel y unas cuantas reformas de fontanería. Pero está en buen estado -la miró mientras hablaba. Ella no levantó los ojos. Siguió mirando las fotos, hipnotizada-. Lleva en pie ciento cincuenta años. Supongo que aguantará un poco más.

-Es preciosa -se le llenaron los ojos de lágrimas, pero logró contenerlas-. Realmente preciosa.

-¿Lo dices desde el punto de vista del banco?

Ella sacudió la cabeza. Mitch no iba a ponérselo fácil. Y no debía, admitió ella. Ya se había encargado ella de ponérselo difícil a ambos.

-No sabía que pensabas mudarte. ¿Y tu trabajo?

-Puedo montar la mesa de dibujo en Connecticut tan fácilmente como aquí. El viaje no es muy largo, y yo no paso mucho tiempo en la oficina, precisamente.

-Eso es verdad -tomó un lápiz, pero en lugar de anotar la información necesaria se limitó a pasárselo entre los dedos.

-Me han dicho que hay un banco en la ciudad. No es tan grande como el National Trust. Es un banco independiente, pequeñito. Me parece que alguien con experiencia podría conseguir un buen puesto allí.

-Yo siempre he preferido los bancos pequeños -tenía que tragarse el nudo que sentía en la garganta-. Y las ciudades pequeñas.

-Hay un par de buenos colegios. La escuela elemental está cerca de una granja. Me han dicho que a veces las vacas saltan la valla y se meten en el patio.

-Parece que has pensado en todo.

-Creo que sí.

Hester miró las fotografías, preguntándose cómo había podido encontrar Mitch lo que siempre había querido y cómo era posible que ella tuviera tanta suerte.

-¿Estás haciendo esto por mí?

-No -esperó hasta que ella lo miró-. Lo estoy haciendo por nosotros.

A ella se le llenaron de nuevo los ojos de lágrimas.

-No te merezco.

-Lo sé -la tomó de las manos y la hizo levantarse-. Así que serías una idiota si rechazaras un trato tan bueno.

-Odiaría sentirme idiota -ella apartó las manos y, rodeando el escritorio, se acercó a él-. Quiero decirte algo, pero antes me gustaría que me besaras.

-¿Es así como negociáis los préstamos aquí? -tomándola por las solapas, la atrajo hacia él-. Tendré que informar sobre usted, señora Wallace. Más tarde.

Al besarla, sintió su fuerza, su rendición y su alegría. Con un leve sonido de placer, deslizó las manos hasta su cara y sintió que sus hermosos labios se curvaban lentamente en una sonrisa.

-¿Significa esto que me das el préstamo?

-Hablaremos de negocios enseguida -siguió abrazándolo un momento y luego se apartó-. Antes de que entraras, estaba sentada aquí. En realidad, llevaba varios días sentada aquí sin dar pie con bola por tu culpa.

-Sigue, creo que esta historia va a gustarme.

-Cuando no estaba pensando en ti, estaba pensando en mí misma y, como en los últimos doce años me he esforzado por no pensar en ello, me ha costado bastante -siguió dándole las manos, pero se apartó otro paso-. Me he dado cuenta de que lo que nos pasó a Allan y a mí estaba destinado a pasar. Si hubiera sido más lista, o más fuerte, habría podido admitir hace mucho tiempo que lo que había entre nosotros solo podía ser temporal. Tal vez, si no se hubiera marchado como lo hizo... -se interrumpió, sacudiendo la cabeza-. Pero, en fin, eso no importa ahora. Esa es precisamente la conclusión que he sacado: que ya no importa. Mitch, no quiero pasar el resto de mi vida preguntándome si lo nuestro habría funcionado. Prefiero pasármelo intentando hacer que funcione. Antes de que entraras, había decidido preguntarte si todavía querías casarte conmigo.

-La respuesta a esa pregunta es sí, con condiciones.

Ella iba a lanzarse en sus brazos y de pronto se quedó parada.

-¿Condiciones?

-Sí. Tú eres bancaria, así que sabrás de condiciones, ¿no?

-Sí, pero esto no es una transacción.

-Será mejor que me escuches, porque lo que voy a decirte es muy importante -pasó las manos por sus brazos y luego las dejó caer-. Quiero ser el padre de Rad.

-Si nos casamos, lo serás.

-Creo que, en ese caso, el término que suele usarse es «padrastro». Y Rad y yo hemos decidido que no nos mola.

-¿Decidido? -dijo ella lentamente, en guardia de nuevo-. ¿Has hablado de esto con Rad?

-Sí, he hablado de esto con Rad. Fue él quien sacó el tema, pero yo de todos modos tenía ganas de hablar con él. Esta tarde me preguntó si iba a casarme contigo. ¿Querías que le mintiera?

-No -se detuvo un momento y luego sacudió la cabeza-. No, claro que no. ¿Qué te dijo?

-Básicamente, quería saber si seguiría siendo su amigo, porque ha oído que a veces los padrastros cambian un poco cuando ponen un pie en la puerta. Una vez aclarado ese punto, me dijo que no quería que fuera su padrastro.

-Oh, Mitch -ella se sentó al borde de la mesa.

-Quiere un padre de verdad, Hester, porque los padres de verdad no se van.

Los ojos de Hester se ensombrecieron lentamente antes de cerrarse.

-Entiendo.

-En mi opinión, tienes que tomar otra decisión. ¿Vas a dejar que lo adopte? -ella abrió los ojos de pronto, sorprendida-. Ya has decidido dejar que comparta tu vida. Quiero saber si también vas a compartir a Rad del todo. Ser su padre a efectos emocionales no será ningún problema. Solo quiero que sepas que quiero serlo legalmente. Y no creo que tu exmarido ponga pegas.

-No, seguramente no.

-Tampoco creo que las ponga Rad. Pero, ¿qué me dices de ti?

Hester se apartó de la mesa y dio unos pasos por el despacho.

-No sé qué decir. No me salen las palabras adecuadas.

-Pues di cualquier cosa.

Ella se dio la vuelta, exhalando un profundo suspiro.

-Supongo que lo mejor que puedo decir es que Radley va a tener un padre maravilloso en todos los sentidos. Y que te quiero muchísimo.

-Con eso servirá -Mitch la abrazó, aliviado-. Sí, con eso servirá -luego la besó otra vez, con fuerza. Rodeándolo con los brazos, ella se echó a reír-. ¿Significa esto que me concedes el préstamo?

-Lo siento, pero no.

-¿Qué?

-No obstante, aprobaré una solicitud conjunta de usted y de su esposa -tomó su cara entre las manos-. Nuestra casa, nuestro compromiso.

-Creo que con esas condiciones podré vivir... -la besó suavemente en los labios- los próximos cien años, más o menos -apretándola contra sí, dio una rápida vuelta-. Vamos a decírselo a Rad -se acercaron a la puerta con las manos unidas-. Oye, Hester, ¿qué te parece ir de luna de miel a Disneyland?

Ella se echó a reír y cruzó la puerta con él.

-Me gustaría muchísimo. ¡Más que nada en el mundo!

FIN